

JOAN KNOTTY

A TRES TECLAS



A TRES TECLAS

A tres teclas

Joan Knotty

© Joan Knotty

1ª Edición, agosto 2019

Diseño de Cubierta: Joan Knotty

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS

Cornuda 2.0

Día de cafeína

Nueva vida

De caballeros y princesas

Protocola para rupturas

Puertas que se cierran

Reloj marca las horas

Ganas de cariño

Corazón valiente

Los mil y un...

Bienvenida Yaya

Quiero más

El mundo se para

Cara o cruz

Demasiado café

Secretos

Bendita rutina

Qué bien sienta...

Un te quiero para recordar

Hago chas y aparezco...

Sobre la ciudad

Un solo corazón

Caramelos que dejan huella

Ojos que no ven...

... Corazón que no siente

Blanco profundo

[Perdiendo el rumbo](#)

[Salto al vacío](#)

[Señales](#)

[Llega el clan Fernández](#)

[Una mirada color miel](#)

[Viva la vida](#)

[Un pícaro acompañante](#)

[Una ceremonia para no olvidar](#)

[Algo contigo](#)

[Faros en mitad de la noche](#)

[Bizcocho de chocolate](#)

[Piel con piel](#)

[Despedidas](#)

[Promesas que cumplir](#)

[De vuelta al hogar](#)

[Alzando el vuelo](#)

[Quién es @ristóteles](#)

[Solo tres teclas](#)

[Y ahora ¿qué?](#)

[El amor es sencillo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

SINOPSIS

Dicen que en la vida hay tres amores: el primer amor, el amor imposible y el amor de tu vida. En un año, yo , Lucía, perdí al primero, maduré con el segundo y encontré al tercero. Y lo encontré más cerca de lo que pensaba...
A tres teclas.

Cornuda 2.0

En la actualidad, las rupturas son más difíciles gracias a *Facebook*. Antes si tu novio te era infiel pues se enteraba tus amigos más cercanos, ahora gracias a las redes sociales, tus cuernos son de dominio público.

Y allí estaba yo, en medio del salón de mi apartamento, con mi portátil encendido, contemplando como subían los Me gusta de la nueva foto de perfil del que hasta ayer era mi novio. En ella se le veía besando a su nueva chica, el amor de su vida, según su estado: *Desde que te conocí supe lo que era el verdadero amor, ¿por qué has tardado tanto? Gracias por aparecer.* Era nauseabundo. ¿No hay ningún botón en *Facebook* para marcar Vomitar? ¿Qué debía hacer? No se me ocurría ninguna frase que poner en mi estado que no fuera cornuda 2.0 y etiquetarlos a los dos. Mis sentimientos en ese momento iban desde la ira hasta la humillación, pasando por la frustración, la desolación, la rabia, impotencia... Vamos que si cada sentimiento era un color, esa tarde tenía la paleta de colores entera en mi interior. No entendía como Julián podía haber terminado con nuestra relación con tanta facilidad. Es cierto que no atravesábamos nuestro mejor momento, pero pensé que era una crisis más que pronto superaríamos, no imaginé que sería el final de nuestra relación.

Mientras me debatía con qué frase se definía mejor el estado en que me encontraba, a mi móvil no dejaban de llegar notificaciones ¿120 notificaciones de *WhatsApp*? ¿El mundo se había vuelto loco?

Alicia Hermana: *¿Estás bien? Acabo de ver su estado.*

Mamá: *Tú eres más guapa*

Jaime cuñado: *Acabo de verlo, lo podemos echar del país si quieres*

Isabel prima: *Vales mucho*

Marcos primo: *Eres más guapa, hay más peces en el mar, si quieres te presento un amigo*

Y así hasta 120, me había convertido en la cornuda oficial del año. Necesitaba una dosis de buen humor. Decidí hablar con las chicas, siempre eran mi salvavidas. Habíamos creado un grupo de *WhastApp* al que estábamos enganchadas las 24 horas.

Yo: *¿Estáis?*

Ana: *Si*

María: *Presente*

Yo: *¿Lo habéis visto?*

(silencio)

Ana: *¿Cómo estás?*

Yo: *Creo que bien para haber sido humillada públicamente*

María: *Si nos abres la puerta, te damos un abrazo*

Abrí la puerta y allí estaban ellas, con una botella de ron, kilos de chucherías y una caja llena de películas. Al verlas, por fin lloré y todas las lágrimas que había guardado desde que Julián me dijo que lo dejábamos salieron de golpe.

- Menos mal que es viernes – soltó Ana -. Al menos ese capullo te ha dejado en un buen día

Reí, no podía hacer otra cosa, así era Ana, práctica hasta la médula. No sé si por ellas, por el ron, las chuches o las pelis, pero conforme avanzaba la noche que me hubiera dejado mi ex por una Barbie de silicona parecía lo mejor que me había pasado en la vida.

- Creo que Julián tiene razón por los motivos por los que me dejó - me atreví a decir.

- ¿Tú eres imbécil? - dijo María -. No sé los motivos que te dijera pero a la vista está que sólo eran excusas para lavar su conciencia.

- María tiene razón - continuó Ana -. No le hagas caso, no merece la pena ni que le dediques un segundo más de tu vida.

- Ya, pero no he dejado de pensar, que en parte tenga razón, a ver, no lo justifico, no está bien lo que ha hecho, pero y los motivos por los que me ha dejado... Los motivos por los que me ha dejado...Puede tener razón – guardé silencio recordando la última de nuestras conversaciones y pegué un trago al vaso de ron que tenía delante -. Al menos podía haberme guardado un poco de luto y haber esperado unos días para subir la foto. Siete años de relación, al menos se merecen siete días de luto.

- Pero ¿qué te dijo que te tiene tan preocupada? - insistió María.

- Me dijo que era infantil, que mirara esta habitación, esta casa, que no había pasado de los quince años, por mis ropas, mis libros, mi casa, mi familia, mi trabajo - guardé silencio mientras miraba mi apartamento y volvía a ahogar mis penas en alcohol.

Es cierto que mi apartamento no tenía la típica decoración. Me gustaba leer y había ido decorando las paredes con marcos donde mostraba portadas de mis libros favoritos. Mi ropa era muy normal, vaqueros y camisetas anchas, prefería ir cómoda a sufrir. Y era cierto que a mis 30 años vivía en un apartamento encima de la casa de mis padres, pero era totalmente independiente. La relación con mi familia es especial. Mi hermana y mi madre son unas de mis mejores amigas ¿por qué no iba a hablar con ellas todos los días? Son las personas que más me conocen. Y sí mi trabajo era el mismo desde que terminé la Universidad. Comencé a trabajar en una biblioteca a media jornada. En principio iba a ser eventual mientras buscaba una editorial, pero lo eventual se convirtió en fijo y las tardes que pasaba buscando otro trabajo se convirtieron en tardes para leer, navegar por la red y escribir. En el último año me había hecho bloguera, no de las *influencers*, una donde criticaba los libros que leía y me había hecho fiel seguidora de un *blogger* que cada día tenía más influencia: @ristoteles. Mientras yo lo idolatraba Julián lo odiaba. También odiaba que dedicara el tiempo a este tipo de cosas, siempre decía que nunca me darían de comer.

- Lucía, no vayas ahí - replicó María -. No eres infantil, eres diferente, solo eso, y quizás a algunas personas la diferencia los asusta. No pienses en ello de verdad. Es una simple excusa para justificar lo que ha hecho.

- Eso dice mi parte racional, pero ya ha sembrado la duda. No sé, lo único que quiero es una relación como la de mis abuelos o la de mis padres. Una

relación sencilla, no me hace falta sentir dinosaurios en el estómago, pero si tener a alguien que con solo mirarnos sepamos qué nos pasa. ¿Tan complicado es eso?

- No, cariño, no es complicado - sentenció Ana.

Guardé silencio, si no es complicado, entonces ¿por qué no lo tenía? A Julián lo conocí cuando empecé la Universidad. Nunca había sido de tener novios. Había sido una chica centrada en mis estudios, mis libros y mis amigas. Algún troteo de vez en cuando, pero nada serio. Así había pasado la adolescencia. Luego llegó él, fue mi primer amor, la primera vez que sentí mariposas en el estómago cuando alguien me dio la mano, mi primer beso, mi primer cine en la última fila, fue mi primera vez en todo. También era la primera vez que me rompían el corazón. Tras siete años nuestra relación se resumía a una foto en *Facebook* donde anunciaba que ya no me quería, no sólo eso, si no que ni siquiera sintió algo por mí tan fuerte como para llamarlo amor. No sabía cuál de los dos estaba más herido si mi ego o mi corazón.

Día de cafeína

El sol se colaba ya por la ventana de mi habitación. Me encantaba despertarme los fines de semana sin el ruido del despertador y sintiendo la luz del sol en mi rostro. Me moví para levantarme y tropecé con un importante dolor de cabeza, el ron estaba pasando factura. Me dirigí como un zombi hacia la cocina para prepararme café. Justo en el momento en el que la cafetera pitó, llamaron a mi puerta.

- Buenos días princesa - y allí estaban mamá, María y mi hermana.

- Pasad - les dije-. Os estaba echando de menos.

Justo cuando iba a cerrar la puerta, llegaba Ana corriendo.

- Traigo mi taza - afirmaba mientras sonreía-. Hoy no podía faltar, es un día importante.

Lo del café ya se había convertido en un ritual. Los fines de semana cuando mi cafetera sonaba tenía a todas mis chicas llamando a la puerta. Ellas lo llamaban desayuno de chicas, yo lo llamaba tener mucho morro. Así que tenía que preparar café para todos menos para Alicia que odiaba el café y siempre tomaba un exótico que té, que por supuesto, también tenía que comprar.

Ana, María y yo habíamos sido vecinas toda la vida. Nos llevamos apenas tres años de diferencia, soy la menor de ellas. Siempre hemos salido las tres juntas hasta que comenzaron las parejas. Ana fue la primera en casarse, y ya tiene dos hijos. Mujer y madre perfecta, todo un ejemplo a seguir, es la sensatez del grupo. María es todo lo contrario, es espontaneidad, locura, ella no cree en las relaciones estables, o al menos eso dice. Ella sostiene que la vida se hizo para vivirla y no sufrir y los hombres solo traen problemas. No le hemos conocido nunca una pareja que le dure más de dos días. Mi hermana Alicia siempre ha estado con nosotras. De la misma edad que Ana, fueron compañeras de clase, lleva ya tres años viviendo con Jaime, su novio, y le faltan solo dos meses para dar el sí quiero en el altar. Su condición de hermana mayor parece que le da derecho a juzgar todo lo que hago, pero pese

a ello, siempre ha estado ahí para mí, para cuidarme y protegerme. Mi madre es mi todo, es el valor y la confianza que me faltan para hacer las cosas. Mis amigas la adoran por su sensatez, su tolerancia, su dulzura, por sus consejos. No ha habido una crisis personal de una de nosotras en la que mi madre no haya formado parte.

- ¿Te dijo que eras infantil? - escuché que preguntaba mi madre.

Asentí con la cabeza y justo en ese momento me sonroje al ser consciente del pijama que llevaba, una camiseta de *Harry Potter* y unos pantalones de la Pantera Rosa, ni siquiera había combinado el pantalón con la camiseta. Alicia, mi hermana, parecía notó mi rubor y se hizo eco de él.

- Has de reconocer que tu pijama es un poco infantil - terminó diciendo.

Lo sabía, sabía que iba a estar de parte de Julián.

- No sé por qué es infantil, la verdad, además es el que me puedo permitir con el sueldo de mi trabajo – afirmé.

Mientras terminaba la frase era consciente de mi error. Julián también criticó mi trabajo afirmando que era el de una persona inmadura.

- No sé qué pijama he de llevar para parecer un adulto –aclaré.

María me miró y sonrió. Conocía esa mirada.

- Cariño, los adultos no llevamos pijama, así podemos hacer mejor las cosas de adultos.

Todas reímos, así era María.

Mi madre se acercó sigilosamente y me abrazó.

- Para mí siempre serás mi niña- me susurró-. No eres infantil, solo te falta un poco más de confianza en ti misma. Vales mucho y el día que lo descubras te convertirás en una gran mujer.

Sonreí. Siempre tenía la palabra justa para llenarme de tranquilidad. Seguimos allí un buen rato, peleando por el café, los dulces, los kilos que se iban a posar en nuestro trasero y mil cosas más. Y son estos momentos los

que me gustaría que duraran para siempre, momentos que están llenos de risas y amistad.

- ¡Lucía! - me gritó María -. Ya estás en la Luna otra vez, chiquilla espabila que esta noche paso a recogerte. Nos vamos de fiesta.

- María, no tengo el cuerpo para fiestas - le contesté -. Lo que menos me apetece es salir y pasear mi cornamenta por la calle. Todo el mundo me va a preguntar por él.

- Creo que no, habrá otra novedad - comenzó a decir María. Todas la miramos esperando que prosiguiera -. Mi hermano Pablo ha vuelto.

Ana preguntó nerviosa

- ¿Vuelto para quedarse o a pasar una temporada?

- Vuelto, vuelto - sentenció María -. Ha comprado una casa en el barrio.

Ana se movió inquieta en su silla, mi hermana derramó el café, solo mi madre y yo permanecimos tranquilas. Hubo una época en la que Ana y mi hermana estuvieron perdidamente enamoradas de Pablo, ellas y todas las féminas en la edad del pavo de nuestro colegio. Ana y Alicia tuvieron su propia historia con él, donde nunca nos enteramos qué pasó entre ellos tres. Cuando llegué a la adolescencia Pablo ya tenía novia y estaba a punto de irse a la Universidad, apenas lo conocí y no me dio tiempo a sufrir el efecto Pablo.

- Está bien, te acompaño - dije -, pero solo porque eres tú y vas a necesitar mi ayuda.

- Cariño - dijo mi madre -, tú no tienes por qué avergonzarte, no has hecho nada malo. Simplemente esta relación no ha funcionado, eso no es algo de lo que tengas que avergonzarte. Levanta esa cabeza y sal con orgullo. Ningún hombre, ni ninguna situación merecen que agaches la cabeza. Recuérдалo siempre.

No me quedó más remedio que abrazarla. ¿Qué podía hacer?

Cuando las chicas se marcharon revisé mi perfil en *Facebook*. Los Me gusta de las fotos de mi ex no dejaban de subir. Y decidí que ya sabía qué

poner en mi nuevo estado; una carita sonriente porque al mal tiempo, buena cara. Y levanté mi cabeza porque supe que aunque él no me quisiera, yo valía mucho y ¡tenía ganas de demostrarlo!

Nueva vida

El día transcurrió tranquilo, procuré no entrar más en ninguna red social, así evitaba todo tipo de contacto con mi ex. También guardé el móvil, no quería leer más mensajes que me invitaran a la autocompasión. Decidí dedicarme el día. Comí todo el chocolate que quise, de mil maneras: galletas, pasteles, helados, en sándwich, en taza... Me tumbé en el sofá a dormir a deshoras. Leí, escuché música, vi la tele, hice de todo, con tal de no pensar, de no pararme y sentir pena de mí.

No es que fuese una chica muy romántica, no creía en cuentos de hadas, ni príncipes azules, creía en las personas reales, con defectos y virtudes pero sobre todo con capacidad de amar. Había crecido en un hogar donde el respeto y el amor eran los pilares y buscaba lo mismo. Quería a alguien que me mirara como papá miraba a mamá. Y pérdida en mis pensamientos no me di cuenta que se hizo la hora en la que había quedado con María y su hermano hasta que sonó el timbre de mi apartamento.

- ¡Ya voy! – grité.

- ¡Espero que estés lista! - escuché al otro lado de la puerta - .Ya vamos tarde.

Empecé a maldecir por lo bajo mientras me dirigía corriendo hacia mi habitación. Busqué unos vaqueros oscuros, una camisa verde, chaqueta, botines... Ya llevaba diez minutos y María no dejaba de golpear la puerta. Solté mi pelo y lo cepille para darle brillo, metí el maquillaje al bolso y abrí la puerta. En tan sólo quince minutos estaba decente para ir de fiesta.

- Que guarra que eres- dijo María al verme -. Te pones cualquier cosa y estás estupenda.

Era cierto. No es que sea excesivamente guapa, era una chica normal, pero debía de dar gracias a tener un cuerpo bien proporcionado que hacía que cualquier prenda me quedara bien.

- Anda vamos - le respondí- ¿y tu hermano? - miré hacia los lados y no vi a nadie -. Si él se raja me quedo en casa.

- Nos espera en el coche - dijo María.

Allí, apoyado sobre el coche, se encontraba Pablo. Alto, castaño, barba de dos días, ojos color miel, tenía que reconocer que era atractivo. Entendí perfectamente como algunas mujeres enloquecieron por él pero no era mi tipo. A mí siempre me habían atraído más los que tenían cara de malotes, ese punto de pillos, buscavidas, Julián tenía ese lado aventurero que Pablo no. Pablo era más bien como ese amigo al que le cuentas todas las travesuras que haces con el chico malo.

- Vamos, tenemos que recoger a alguien - dijo antes de arrancar el coche.

- ¿No habrás invitado ya a una chica? - empezó a chillar María -. No llevas ni un día aquí y ya tienes un lío, madre mía no me lo puedo creer.

- No - dijo él con total tranquilidad -, es un amigo.

Paramos el coche en un hotel próximo, y justo en la puerta, se encontraba el amigo de Pablo. Era un chico de la misma altura que él, casi de la misma complexión, pelo dorado y ojos de un azul intenso. Abrió la puerta y se sentó a mi lado. Pablo hizo las presentaciones, Víctor era su nombre. De forma ágil besó a María, sentada en el asiento de copiloto. No pude ver su expresión, pero no me hizo falta, babea por él. Sonreí, se presentaba una noche interesante viendo como María seducía a Víctor ante los ojos de su hermano. Víctor acaparó toda la conversación, cosa que agradecí, contó sus últimos viajes por América Latina, aproveché para echar un vistazo a mi perfil en *Facebook*. Mi carita sonriente había obtenido unos cuantos Me gusta, unos aplausos y algún que otro comentario gracioso. Escuché un poco de los viajes de Víctor, arrollaba con tanta seguridad que desprendía. Me imaginé recorriendo los mismos lugares que él, viviendo las mismas aventuras y no fui capaz. Todavía me quedaba mucho trayecto para desprender la misma seguridad que la persona que se sentaba a mi lado. Quizás por eso la relación con Julián no funcionó, por no creer en mi misma, por seguir igual durante tantos años y no avanzar con mi vida. Y ahora no solo no avanzaba sino que parecía que había vuelto a los veinte años, estaba de nuevo soltera camino de un bar. Tenía ante mí la posibilidad de tener una nueva vida y lo único que quería realmente era que la anterior no hubiese desaparecido. Me gustaba mi antigua vida, en ésta me encontraba perdida.

No me percaté de que habíamos llegado a nuestro destino hasta que María me sacó de mis pensamientos.

- Tranquila Lucia - me dijo.

Seguramente allí, en el bar al que siempre acudíamos los sábados en la noche, estaría mi ex con su novia, y casi todos nuestros conocidos. Qué curioso, nueva vida con viejos hábitos, cerré los ojos, suspiré hondo y me decidí a enfrentarme a la exposición pública de mi infidelidad. Me llevé una grata sorpresa al encontrarme en la puerta a Ana y mi hermana.

- No podíamos dejarte sola - soltó Ana.

Alicia se acercó a mi oído y me susurró: - Eso y queríamos volver a ver al buenorro de Pablo.

- Solo me faltaba que hubiera venido también mamá – repliqué mientras ponía los ojos en blanco.

Ambas enseguida se agarraron a los brazos de Pablo y se metieron al bar. Se notaba la complicidad entre ellos, el tiempo no había hecho estragos y enseguida las anécdotas de su adolescencia surgieron. María se detuvo a saludar a unos amigos y allí me encontraba, sola ante la puerta del bar, dudando si entrar o salir corriendo y justo en ese momento, noté el calor de su mano en mi espalda. No hizo falta que me girara, sabía que era Víctor, muy suavemente se acercó a mi oído para decirme.

- No estás sola, hoy seré tu caballero, libraré todas las batallas necesarias por ti.

Me agarró fuerte de la cintura, y con la otra mano que le quedaba libre abrió la puerta del bar y nos impulsó a los dos hacia dentro.

De caballeros y princesas

Víctor no se despegó de mí hasta que logramos alcanzar la mesa en la que estaba el resto del grupo. Notaba las miradas de todos los curiosos puestas en mi espalda, justo donde su mano descansaba. Vi la mirada interrogante que me dirigió Alicia cuando nos sentamos. Pero no pude decir nada porque Víctor volvió a sentarse junto a mí, tan cerca que notaba cada centímetro de su cuerpo pegado al mío.

La velada comenzó sin muchos más sobresaltos. Bebimos, charlamos, el ambiente se relajó o al menos me sentí más relajada. ¿Cómo no hacerlo teniendo a mis amigas y a un caballero a mi entera disposición? En todo momento Víctor estuvo allí, como uno más del grupo. Ana y Alicia tenían acaparado a Pablo, hubo un momento en el que dudé si él realmente estaba bien o un poco agobiado. Intenté saber un poco más de su vida pero era imposible, entre el ruido del bar, ellas dos y la cantidad de gente que pasaba a saludarlo, no pudimos cruzar más de una palabra. Llevaba razón María al decir que iba a ser toda una novedad. Ella se incorporó al grupo y vino acompañada por Carlos. La historia de María y Carlos es muy larga, es de esos amores cómo el perro del hortelano, ni come ni deja comer. Intuí que la presencia de Víctor había despertado los celos de Carlos y, esa noche, había decidido marcar su territorio. Recorrí todo el bar con la mirada buscando a Julián. Miré el rincón donde nos solíamos poner y no había rastro de él. Eran ya cerca de las doce por lo que pensé que ya no vendría. Nunca le gustaba salir tan tarde. Volví a centrarme en la conversación de la mesa que giraba en torno a un *blogger*, que estaba de moda, al que admiraba.

- ¿Conocéis a @ristóteles? - preguntó Pablo con curiosidad.

- Por supuesto - se apresuró a decir Alicia -, es el que tu lees Lucía.

- ¿Qué opinas de su último artículo? - dijo Pablo dirigiéndose a mí.

- No estoy totalmente de acuerdo con él sobre la reflexión que hace de la generación en la que vivimos. Él habla que hemos crecido con la inmediatez y pedimos que todo sea así. Creo que generaliza demasiado - me atreví a decir.

- Si, pero... - comenzó Pablo

- Si pero nada - interrumpió Alicia -. No es momento para estos temas, no le deis más fama a ese personaje. Tiene que ser un personaje al no dar la cara por sus escritos. Seguro que un *friki* de esos de ordenador.

- No creo - afirmé -. Seguro que lo hace por mantener el anonimato. El anonimato da libertad y permite ser más crítico y certero.

- No sé qué decirte - dijo Ana -. Lo que es cierto que con tanta publicidad, quien sea se está forrando. ¿A ver si vas a ser tú Lucía el tal personaje? Mira que todos sabemos que tienes un blog.

- Por supuesto - afirmé entre risas - ¿No ves como nado en billetes?

Todos reímos. Fue justo en ese momento cuando la puerta del bar se abrió y lo vi. Vi a Julián agarrado de la mano de la que era el amor de su vida y un vuelco me dio el corazón. Hacía menos de una semana que esa mano la sujetaba yo. Todos guardaron silencio esperando mi reacción. No dije nada tampoco. Sólo baje la vista, no quería seguir contemplando esa imagen de exuberante felicidad.

No sabes realmente cuando se te rompe el corazón, si cuando te dejan o cuando tienes la certeza de que esa relación ya no va a volver nunca más o en ambas ocasiones. En ese momento supe con toda seguridad que lo Julián sentía por mí había muerto, que todos los te quiero y los besos que nos dimos ya no iban a existir. ¿Qué se hace con todos esos recuerdos? ¿Se guardan hasta que no duelan? Sentí un vacío enorme en el pecho y unas ganas de correr, de salir de allí y esconderme en el último de los rincones del mundo. De pronto una mano fuerte me agarró por la cintura, volví de golpe a la realidad, a la mesa con mis amigas. Noté como Víctor me acariciaba la espalda con tanta ternura que me provocó una sonrisa sincera.

Para todos fue evidente mi dolor porque el silencio seguía presente en la mesa hasta que María lo rompió.

- ¿Quieres que nos vayamos?

- No- contesté -, no hace falta, además ¿dónde vamos a ir a estas horas si no hay otro bar abierto en el barrio? No vamos a recorrer la ciudad buscando

otro sitio. Además este siempre ha sido nuestro bar.

Todos reímos, pero una risa falsa, nerviosa e incómoda.

- No merece la pena que pienses más – afirmó Alicia -. Él se lo pierde.

Realmente no tenía muy claro que se perdía, porque contemplando lo que contemplaba él se lo estaba pasando divinamente bien. No dejaba de abrazar a su nueva chica delante de todos los que hasta ayer consideraba mis amigos y que hoy regalaban los oídos a la nueva pareja. Me levanté con la intención de ir al baño y acto seguido se levantaron todas detrás de mí.

- No - les dije -, necesito un momento a solas.

Lo necesitaba, necesitaba manifestar todo el dolor y no provocar la pena en tantos ojos que me contemplaban. Todo lo digna que pude me fui hacia el baño, pasando muy próximo a la pareja feliz y allí encerrada en el aseo volví a llorar por la pareja que pudimos ser y no seremos, por las promesas que se quedaron sin cumplir, por los sueños olvidados, por tantos besos que ya no volvería a dar, lloré por mí y por mi corazón roto. No sé cuánto tiempo estuve, unos golpes en la puerta me devolvieron a la realidad. Al salir, allí estaba ella, la que ocupaba mi lugar, mirándome con ¿lástima?, ¿rencor? ¿asco?. Trague saliva, limpié mis lágrimas, respiré hondo y le dediqué la mejor de mi sonrisas. Me preparé mentalmente para que me montara una escena, una de esas en la que ella triunfaría y yo saldría humillada. En ese momento unas manos fuertes me agarraron por la cintura. Era Víctor.

- Amor - dijo -, te estaba buscando.

Y con las mismas estampó un delicado beso en mis labios que hizo vibrar todo mi mundo. No pude ver la cara de ella, esperaba que fuera de sorpresa ¡ya tendría algo nuevo de lo que hablar con Julián! La chica infantil que él dejó había sido besada por un Adonis, por pena sí, pero eso ellos no lo sabían.

- Gracias - le dije a Víctor.

- De nada, ha sido todo un placer - afirmó -. Cuando quieras repetimos - dijo mientras me guiñó un ojo -. Además cumplo mis promesas, te dije que hoy sería tu caballero.

Guardé esa frase en el fondo de mi corazón, donde se guardan todas las frases que encierran una futura promesa.

Cuando regresamos a la mesa allí estaban todos esperando. La velada transcurrió sin más sobresaltos, risas y copas, risas y sonrisas tímidas, un corazón roto en mil pedazos y la mano cálida de Víctor en mi espalda.

Protocola para rupturas

Me desperté al día siguiente un poco desorientada. El domingo era el día que Julián y yo solíamos pasar juntos. Normalmente despertaba en su casa, él siempre decía que mi apartamento era un lugar demasiado pequeño para los dos. Estuve más de una hora en la cama, pensando, sin saber qué hacer. Imaginé cómo sería el despertar de ellos, seguro que la despertaba con besos y haciéndole el amor. Los imaginé felices, riendo, riéndose de la pobre tonta a la que habían engañado durante meses. En ese momento me asaltaron muchas preguntas ¿Desde cuándo la conocía? Y ¿Desde cuándo eran amantes? ¿Habría hecho el amor conmigo pensando en ella? No quise seguir pensando. La rabia y el coraje me invadieron y no tuve más ganas de pensar en ellos, ni un minuto más les dedicaría. Tendría que empezar de nuevo, me costaría pero lo haría. Estaba decidida a ello y qué mejor manera que comenzar haciendo limpieza. Sacar todo lo viejo para dejar paso a lo nuevo.

Comencé por el armario. Saqué toda la ropa que me recordaba a él, que me había regalado y aquella que ya no me venía. Cuando me di cuenta tenía un gran montón de ropa en el suelo y mi armario casi vacío, era una muy buena excusa para ir de compras y renovar vestuario. Lo mejor de todo que ya había pasado casi la mañana. Saqué libros, discos, joyas, peluches y todo tipo de regalos que se acumulan de una relación tan larga como la nuestra. Lo empaqueté todo en bolsas y lo apilé junto a la puerta de la entrada para sacarlo a la basura. Estaba tan ensimismada en la limpieza de mis recuerdos que no me di cuenta de la hora. Eran ya las cinco de la tarde y ni siquiera había comido. Piqué algo en la cocina rápidamente y continúe con mi tarea. Eran ya pasadas las ocho de la noche cuando terminé con todo. Miré a mi alrededor y el apartamento estaba más despejado. Y yo agotada. Un buen baño sería reparador. Me senté en el sofá para descansar y me percaté de que durante todo el día había tenido el móvil apagado. ¡20 llamadas perdidas de las chicas! A veces se volvían locas.

Yo: Hola

Ana: Ya está bien que des señales de vida

Yo: Lo siento, se me olvidó encender el móvil

Ana: *¿Se te olvidó?*

María: *Cariño, eso solo se olvida si has tenido una noche loca de sexo y quieres repetirla durante el día*

Ana: *María que bruta*

María: *Qué pasa, ¿tú no tienes noches de esas? ¡Eso lo da la soltería!*

Ana: *¿Dónde has estado? Nos tenías preocupadas*

Yo: *En casa, he hecho limpieza*

María: *Cuando quieras te vienes a la mía*

Yo: *No, de esa no. He tirado todo lo que me recordaba a Julián, todo lo que tenía que ver con él ¿Es lo que hay que hacer en una ruptura, ¿no? No sé el protocolo a seguir en estos casos.*

Ana: *Cariño, no hay un protocolo, simplemente hay que hacer lo que a una le apetece y le sienta bien, ¿tú estás mejor?*

Yo: *La verdad que sí, pero creo que necesito ir de compras. He dejado mi armario muy vacío.*

María: *Dalo por hecho*

Yo: *Ahora tengo que tomar una decisión. Había cogido el móvil para ello*

Ana: *¿Qué vas a hacer?*

Yo: *No sé si borrar su móvil y bloquearlo de las redes sociales*

María: *Si*

Ana: *Si*

Yo: *¿Seguro?, ¿y si algún día necesito hablar con él?*

María: *¿Para qué vas a necesitar hablar con él?*

Yo: *No sé, hemos sido pareja durante muchos años, hemos compartido cosas, no se puede terminar así de la noche a la mañana. Debería de haber proceso de separación. No estoy preparada.*

Ana: *Lucía, él ya te sacó de su vida. Ahora mismo él no quiere que formes parte de ella, si no hubiera hecho las cosas de otra manera.*

María: *Tiene razón*

Yo: *Entonces ya está, lo borro y ¿se termina todo?*

Se hizo un silencio en el grupo de *WhatsApp*. Entendí que sí.

María: *Algún día quizás, cuando a ti no te duela, podrás hablar con él.*

Ana: *Si ahora mismo lo tuvieras delante, ¿podrías tener una conversación con él como las de antes? ¿Le tendrías la misma confianza después de lo que te ha hecho?*

Guardé silencio. No sólo me había dejado sino que ya estaba con otra, en menos de 24 horas. Me sentí todavía más estúpida. Había estado confiando en él ciegamente mientras él seguramente me la estaba pegando con otra. Y la rabia y la furia me invadieron.

Yo: *Tenéis razón. Gracias*

Cogí el móvil, respiré hondo, entré en *Facebook* y bloqueé su perfil sin antes ver cómo había colgado un álbum con las fotos de su primer domingo con ella. Busqué su número de teléfono, y conté hasta tres, fui a borrarlo pero no pude. Volví a contar hasta tres, y no pude. Volví a contar y apreté la tecla de borrar.

Yo: *Ya está. Está hecho.*

Ana: *Muy bien pequeña*

María: *Ahora a desfogarse, que te lo mereces, a conocer hombres*

Ana: *Estoy orgullosa de ti*

Fui a la cocina a por una copa de vino. Bien se merecía una celebración. Escuché varias notificaciones en el móvil, pensé que eran las chicas, pero me llevé una grata sorpresa al consultarlo:

Yo: *¡No os lo vais a creer!*

Ana: *¿el qué? ¿Qué ha pasado ahora? ¿No habrá ido el cabrón a tu casa?*

Yo: *No, mejor*

María: *Cuenta, por favor*

Yo: *Víctor me acaba de invitar a cenar.*

María: *Por favor, di que sí y tíratelo, por todas nosotras, por favor, y nos lo cuentas. No, mejor grábalo. Por favor, di que sí, ese hombre es puro fuego*

Ana: *¿Qué vas a hacer?*

Yo: *No sé*

Ana: *Puedes salir con él, sin necesidad de tener sexo con él. No escuches a María.*

María: *El sexo con ese hombre no es una necesidad, es una obligación*

Yo: *Creo que voy a decir que sí a la cena. Os dejo, os cuento mañana, me ha dicho que pasa en media hora y tengo que arreglarme.*

Ana: *Disfruta*

María: *Haz todo lo que yo le haría*

Mientras me arreglaba no dejaba de pensar si estaría bien salir tan pronto con alguien, de hecho ni siquiera sabía cómo actuar, no había tenido citas, sólo con Julián. Respiré hondo, me relajé e intenté pensar que más que una cita sería una reunión con un viejo amigo. Que Víctor quisiera cenar conmigo no significaba que quisiera algo más. Simplemente le di lástima por la situación de ayer, sí, seguramente sería eso, e intenté convencerme, y mientras mi cabeza pensaba eso, mi estómago bailaba de nervios y mi espalda recordaba el calor de su mano.

Una vez lista me senté en el sofá a esperar. Había optado por un look informal, después de la limpieza de mi armario tampoco tenía tanto donde elegir. Me sorprendió ver que había llegado a *Facebook* una notificación. ¿@ristóteles? ¿El bloguero que seguía durante más de un año y al que admiraba había aceptado mi amistad por fin? Me levanté del sofá y me puse a bailar de alegría, justo en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Puertas que se cierran

Allí estaba él, parecía incluso más atractivo que la noche anterior. Me saludó con dos ligeros besos en la mejilla y me abrió la puerta de su coche para que subiera. La verdad que se comportaba como todo un caballero, recordé la frase que me dijo la noche anterior y un escalofrío recorrió mi espalda.

- ¿Estás bien?

- Si - dije, intentando parecer segura, pero realmente era un gran manojo de nervios.

- Espero que no te moleste, pero he reservado cena en el restaurante del hotel en el que me alojo. Antes he de pasar por casa de Pablo, tengo que recoger unos papeles que he de llevarme mañana.

- No hay problema - dije tímidamente.

No me importaba pasar por casa de Pablo, esa visita hacia que nuestra cita tuviera menos carácter de romántica y fuera más como un encuentro entre amigos. Al menos quise interpretarlo así. Los dos guardábamos silencio. Intenté buscar un tema de conversación, algo de lo que pudiéramos hablar tranquilamente. Me quedé en blanco. Me di cuenta que no lo conocía de nada. Estaba sentada en un coche con un completo desconocido. No sabía de qué hablar, ni siquiera cómo comportarme. Antes de aceptar su invitación tenía que haber recordado que tener citas no era tan sencillo. ¿Y si buscaba sexo como decía María? Recordé que había reservado en su hotel. Esperaba que Víctor no fuera del tipo de hombres que piensan que invitar a cenar a una mujer le da derecho a practicar sexo con ella. No estaba preparada para tener sexo con nadie todavía. No es que fuera una puritana, pero siempre había pensado que el sexo es algo muy íntimo y es mejor compartirlo con una persona hacia la que tienes sentimientos. Cuando mis pensamientos tomaron ese giro, deje que las inseguridades comenzarán a apoderarse de mí. Estaba a punto de entrar en modo pánico cuando Víctor habló:

- Tranquila, no va a pasar nada que tu no quieras que pase.

- ¿Tan evidente soy?

- Sí - me respondió -, esa es una de las muchas cosas que me atraen de ti.

Sonreí. Le agradecía el piropo. No hay nada mejor para un corazón herido saber que eres atractiva para un hombre y más si es un hombre como Víctor.

Llegamos a casa de Pablo. Me sorprendió gratamente. Había comprado una vieja casa que había restaurado con un gusto exquisito. No me llamó la atención el interior, era más bien de gustos sencillos, pero las vistas al jardín eran espectaculares. Un gran ventanal dejaba ver una puesta de sol sobre las montañas digna de las mejores fotografías.

- Pensé que vendrías solo - fue lo primero que dijo Pablo al recibirnos. Noté en su voz cierto desagrado.

- Sí, hemos quedado para cenar - contestó Víctor rápidamente, rodeando mi cintura con su brazo.

Justo en ese momento tan incómodo escuché una risa familiar detrás de Pablo.

- ¿Por qué no cenáis con nosotros? - era María, mi salvadora. Me separé de Víctor y corrí a abrazarla.

Se hizo un silencio y de nuevo surgió ese ambiente incómodo que no entendí. Quizás Pablo era tan amante de su intimidad que no deseaba que estuviera allí. Pablo y Víctor se dirigieron hacia lo que entendí que sería su despacho sin decir una palabra, dejándonos a nosotras dos solas.

- Estás preciosa nena - me soltó María -. Vas muy guapa, ¿seguro que no quieres guerra?

- Calla - le contesté -, en menudo lío me he metido.

Comencé a contarle todas mis dudas sobre la cena, la cita, el posible encuentro sexual y cualquier otra inseguridad que pasara por mi cabeza.

- Lucía, eres única - me soltó riéndose a carcajadas -. Por lo que veo Víctor te quiere para él solito esta noche, pero si quieres puedo insistir para que cenéis con Pablo y conmigo.

- ¿Podrías? - le pregunté - ¿tu hermano se molestaría?

- Insistiré para que os quedéis. No te preocupes por Pablo. Creo que Víctor no pretende nada extraño contigo. No creo que quiera atarte a su cama y fustigarte con un látigo, aunque no sé, después de que le arruines sus planes para la cena, no sé yo.

- ¡María! - grité -. No me asustes más.

Justo en ese momento salieron del despacho, Víctor sujetaba una carpeta marrón en sus manos. Rápidamente María se sujetó a uno de los brazos de Pablo.

- Deberías invitarlos a cenar hermanito, que no se diga que eres un mal anfitrión.

- Ya tenemos planes - contestó Víctor.

- Pero los planes siempre se pueden cambiar - respondió rápidamente María -. Podemos pasar una velada agradable los cuatro. Ayer no pude hablar casi con Lucía - comenzó a decir en modo niña pequeña - y sacarla otro día de su casa es un horror - . Diciendo eso se agarró a mi brazo y miró con ojos de súplica a los dos amigos.

Reí por la actuación y puse también ojos de súplica.

- Por mí no hay problema - comenzó a decir Pablo -. Es decisión vuestra.

Víctor me miró y asintió sonriendo. Mi rostro se iluminó, mi interior se había relajado. Todavía no estaba preparada para estar a solas con un hombre. Mientras María y su hermano se dirigían hacia la cocina para preparar todo, Víctor se acercó sigilosamente a mí.

- No es la velada que tenía pensado para nosotros pero no me importa, lo único que quiero, por ahora, es pasar más tiempo cerca de ti para que me conozcas y puedas confiar en mí.

Fue casi como un susurro junto a mi oído, tan dulce, tan delicado, que me recordó a los cantos de sirenas y me quedé, atrapada en esa dulce melodía.

La cena fue exquisita y la compañía impecable. Hablamos los cuatro atropelladamente de nuestra infancia, de recuerdos que nos venían a la

cabeza, de grupos favoritos de música, lecturas, películas que habíamos visto. María y yo conocíamos todas nuestras anécdotas y reímos como locas recordando algunas. Así durante la conversación pude descubrir más cosas de Víctor, que era asesor financiero, que su película favorita era *Blade Runner*, su grupo de música *AC&DC* y su libro *El señor de los anillos*. ¡No eran de mis favoritos pero al menos ya sabría de qué hablarle!

Cuando ya estábamos a punto de despedirnos de los dos hermanos, María me preguntó:

- Lucía, ¿no te interesaría un trabajo por las tardes?

- ¿En qué estás pensando? - le contesté.

- Pablo está buscando una persona que le ayude a corregir los textos de sus escritos - prosiguió María

-¿Escribes? - pregunté dirigiéndome a Pablo.

- Sí - contestó él -. Soy psicólogo y pedagogo. Me he especializado en la infancia. Publico cuentos infantiles y colaboro semanalmente con varios periódicos y blogs. A veces voy saturado, sobre todo ahora que estoy terminando un libro diferente. Casi no tengo tiempo para corregir errores. No es mucho el trabajo. Lo puedes hacer desde casa. Tampoco es mucho el sueldo, no sé si te interesa.

Antes de que él terminara ya estaba abrazándolo. Se sorprendió, yo también, creo que todos. Era mi manera de darle las gracias por dejarme trabajar en una de las cosas que más amaba.

- Por supuesto que quiero - dije - y aunque no me pagues. Vamos, sin problema, ¿cuándo empiezo? ¿Ya mismo?

- Sabía que te iba a encantar - dijo María abrazándome - lo sabía. Cuando me dijo Pablo que buscaba a alguien, sólo pensé en ti.

Víctor también me abrazó y volvió a susurrarme al oído:

-Las cosas buenas le pasan a la gente buena.

Me sentí bien, muy bien. Me estaba empezando a acostumbrar a este

hombre.

-Si quieres te llamo mañana - dijo Pablo, haciendo que regresara a la realidad y tuviera que separarme de los brazos de Víctor -, y concretamos todo.

El viaje a casa lo hice con una sonrisa enorme en la cara. Hacía tiempo que no recordaba un día tan agradable. Víctor y yo no hablamos durante el camino, no hacía falta. No era de esos silencios incómodos en los que no tienes nada que decir, todo lo contrario, era un silencio lleno de tantas cosas, lleno de infinitud de conversaciones que nos quedaban pendientes. Sólo nos mirábamos y sonreíamos, nada más, sin palabras nos decíamos tantas cosas.

Cuando nos despedimos me dio un ligero beso en los labios, un simple roce que me hizo desear más. Ni un adiós ni un hasta luego. Se marchaba por trabajo y no sabía cuándo podría regresar. Cerré la puerta de mi casa con una sensación agrídulce. Quería más de Víctor ¿Y si mis dudas lo alejaban? Iba a girarme para abrir la puerta y gritarle que pasara cuando el móvil sonó.

Número desconocido: *Este beso es por ti y por mí. El de ayer fue por ellos. ¿Te he dicho ya que me encantan tus labios? La próxima vez que te vea creo que voy a tomar un poco más de ti..*

Yo: ¿Víctor?

Víctor: *Si, ¿alguien más te ha besado en las últimas 48 horas?*

Yo: *No, sólo tú*

Víctor: *Así espero que siga siendo.*

Sonreí

Víctor: *Sueña, princesa.*

Eso hice, soñar. Soñar con él y conmigo, soñar con mi nuevo trabajo, soñar con las posibilidades que se me abrían.

Reloj marca las horas

Había pasado un mes, solo 30 días desde que Julián me dejó, desde que había conocido a Víctor y había comenzado a trabajar para Pablo y desde que @aristoteles me siguió en *Facebook*. Dicen que el tiempo lo cura todo, y ahí estaba yo, dándome tiempo.

Había encontrado una nueva rutina para ir completando los huecos vacíos que mi ex había dejado. Durante las mañanas me centraba en mi trabajo en la biblioteca, las tardes las dedicaba a revisar los artículos de Pablo. También me había apuntado a Pilates, cualquier cosa con tal de no estar sola en casa. Los viernes por la noche eran de las chicas. Lo peor eran los fines de semana, Ana se lo dedicaba a su familia y María a cualquier fiesta o viaje que le pareciera de su interés, aunque siempre me invitaba a ir, lo rechazaba, todavía no me sentía preparada para tanta actividad social. Como quedaba poco tiempo para la boda de Alicia, había decidido ocupar el resto del tiempo en ayudarla. Pasábamos el fin de semana metidas en casa de mis padres organizando cosas, que si las mesas del banquete, las lecturas de misa, los regalos que se van a dar, que si ahora un vídeo para no sé qué... Nunca había imaginado que organizar una boda podría dar tanto trabajo.

De Víctor cada día recibía un mensaje de *WhatsApp*:

Hoy tu beso me persigue

Tengo ganas de más

Justo en este momento acaricio tu mano, ¿lo notas? ...

Daba igual la hora, cuando llegaba una notificación a mi móvil, mi corazón se aceleraba un poquito. Siempre lograba sacarme una sonrisa y los colores. ¡Creo que nunca en mi vida me había sonrojado tanto! De @aristoteles no había vuelto a saber nada. Me siguió en mis perfiles, pero nada más, ni un mensaje ni un comentario, ni un me gusta. Pero que me siguiera había hecho que tuviera interés en retomar mi Blog y ahora donde quiera que iba llevaba mi viejo portátil por si la inspiración me llegaba, pero ésta se estaba haciendo de rogar. Fue lo primero que compré cuando obtuve mi primer sueldo. Estaba casi obsoleto, creo que algunas memorias USB

tenían más capacidad que mi ordenador, pero le tenía un especial cariño, por haberlo conseguido a través de mi esfuerzo.

Así había pasado un mes, un mes en el que no había vuelto a llorar por Julián, un mes en el que pensé que comenzaba a superar la ruptura. Había llenado mis días con tanta actividad que no había dejado hueco para echarlo de menos.

Ese sábado, como todos los últimos, había quedado con Alicia para continuar con su boda, aunque en esta ocasión, mi hermana estaba especialmente nerviosa. Esa mañana había tenido una prueba del vestido y le estaba estrecho. Los nervios le habían hecho comer y engordar. Y esa tarde no era de sus mejores tardes.

Mamá, ella y yo estábamos sentadas delante de mi viejo portátil terminando de organizar las mesas de los invitados.

- A tus amigas las sentamos juntas, Ana vendrá con su marido e hijos, María ha dicho que traerá a su hermano. ¿Tú que vas a hacer Lucía?

- Pues ir a tu boda, ¿qué quieres que haga?

- Me refiero a que si vendrás sola o acompañada.

- No lo sé, ¿lo tengo que decidir ya?

- ¡Pues claro que tienes que decidirlo ya! Tengo que saberlos invitados que vienen, ¿tendré que organizar las mesas? ¿No se lo has dicho a Víctor?

- No, ¿cómo se lo iba a decir a Víctor? He cenado una noche con él, ¿qué le digo? ¿Te vienes a la boda de mi hermana? ¿No es algo muy formal para alguien que apenas conozco? ¿Cómo lo presento? Mirad familiares, este es el reemplazo de Julián. Ni siquiera sé si estará en la ciudad. No sé Ali, ya te lo digo luego.

- ¿Cómo que me lo dices luego? - dijo elevando la voz más de lo necesario.

- Ali, calma - dije -. No es para ponerse así.

- Siempre igual - continuó -, es tan típica tu respuesta. Siempre lo

postergas todo, nunca tomas una decisión, entiendo perfectamente que Julián se hartara.

Me levanté con tanta fuerza de la mesa que la volqué y todo lo que había sobre ella, incluido mi portátil. Miré a Alicia, no me lo podía creer, tenía tanta rabia dentro por las palabras que había dicho. Que mi propia hermana hubiera dicho eso me acababa de romper. Cuando fijé la vista en el suelo, vi mi portátil roto. La pantalla estaba partida y algunas teclas se habían salido del teclado. Y entonces lloré, lloré como nunca lo había hecho.

- Lo siento - escuché decir a Alicia - No quería decir.

- Por favor, ahora no es momento - dijo mi madre - vete, es mejor, déjame sola con ella.

Sentí los brazos cálidos de mi madre llevarme hasta el sofá, en su regazo, dejé que las últimas lágrimas salieran.

- Ya pequeña - me dijo - ya pasó.

- ¿También piensas eso? - le pregunté.

- No - me dijo -. No pienso que seas una inmadura, ni indecisa, ni que Julián se hartara de ti por eso. Cada uno tenemos nuestro ritmo en la vida. No todos tenemos que saber lo que queremos en el mismo momento. Ninguna vida es igual. Si Julián se fue no es porque algo en ti anda mal. Ni en él tampoco. Es cierto que no hizo las cosas de la manera más correcta. Pero hay cosas que tienen un fin, vuestra relación, la vida cariño, la vida tiene fin. Hasta tu viejo portátil, ¿qué pensamos que nunca te desharías de él!

Sonreí.

- Estoy un poco perdida mamá- me sinceré - no sé por dónde seguir.

- Cariño, todos alguna vez nos hemos perdido. Es normal. Aunque parezcamos las personas más seguras del mundo. ¿Te crees que Alicia no tiene sus dudas? ¿Qué te crees que ha sido esa escena que nos ha montado? ¿Y Julián? Él seguramente esté tan perdido como tú, por eso actúa así. No es malo perderse, pero no te quedes ahí, encuéntrate. Descubre lo que amas y cuando lo hagas aférrate a ello con el alma si hace falta.

Recogí mis cosas y me fui. Necesitaba estar sola. Pasé el resto de tarde sentada en el sofá, pensando en todo lo que había pasado. Eran cerca de las 9 de la noche cuando llamaron a la puerta. No había nadie, sólo un pequeño paquete en la entrada. Lo abrí. Contenía una tablet nueva y una tarjeta:

Lo siento, pequeña. ¿Me perdonas?

Entré. Cogí mi móvil y respondí.

Yo: *Si*

Alicia Hermana: *Lo siento. Te quiero. Puedes ir a la boda como quieras y con quien quieras. No hace falta que me digas nada. Tómate tu tiempo.*

Yo: *Gracias*

Dudé unos segundos en mandar el siguiente mensaje:

Yo: *¿Me acompañas el 1 de julio a una boda?*

No obtuve respuesta, ni siquiera confirmación de que lo hubiera leído.

Mientras esperaba configuré mi nueva *tablet* y aproveché para cambiar el estado en mis redes sociales: *A la deriva*. Llegó el primer Me gusta, de @ristóteles, una sonrisa pícaro apareció en mis labios. En ese momento mi móvil vibró.

Víctor: *Será un placer. Te tengo una sorpresa*

Yo: *No me dejes con la intriga*

Víctor: *En una semana estoy por allí. Esta vez para varios meses. Hay un proyecto que requiere mi dedicación completa. Me vas a tener que ayudar a buscar apartamento.*

Quizás no fuese ya tan a la deriva, quizás había un horizonte hacia el que me dirigía.

Yo: *Será un placer.*

Ganas de cariño

La semana pasó. Con Alicia las cosas se habían normalizado. De nuevo era sábado, y como venía siendo habitual, allí me encontraba preparando café para todas mis chicas.

- ¿Y no has sabido nada más de él? - dijo María.

- No, ese fue el último mensaje - dije -, a lo mejor se arrepiente y no quiere aparecer por la ciudad.

- ¿Tu eres tonta? - dijo Ana, que se había vuelto fija también en las charlas de los sábados.

- Yo que sé - comencé a decir -, yo que sé, es que no quiero pensarlo - y sonreí.

Sí quería pensarlo, de hecho había pasado toda la semana pensando en Víctor, pero no lo iba a reconocer delante de ellas, aunque me torturaran de mil maneras.

- Pero mírala como sonrío - gritó María - ¡A ti el cuerpo te pide guerra!

- Por favor María - dijo mi madre- ¿Qué vocabulario es ese? Es mejor decir que la niña tiene ganas de cariño.

- Mamá - grité para que se callara mientras mi rostro enrojeció por la ocurrencia.

Todas rieron por mi vergüenza. Justo en ese momento sonó el timbre de casa.

- Abre a la pesada de tu hermana - gritó María bien fuerte para que fuera escuchado por la persona que se encontraba tras la puerta.

Pero al abrir no fue a Alicia a la que me encontré sino a un repartidor con un gran ramo de rosas. Recogí el ramo y firmé la entrega mientras las chicas

no paraban de gritar de la emoción, hasta mi madre se unió a sus gritos.

- Por favor abre la tarjeta ya y deja de buscar un jarrón - gritó María desesperada.

Siendo sincera, era la primera vez que me habían regalado flores y ¡me había encantado! Sabía quién las enviaba, abrir la tarjeta solo iba a confirmar mi certeza. Intenté apartarme un poco de las chicas por tener algo de intimidad y allí estaba la respuesta a todas las preguntas de mi semana.

¿Te apetece una cita de dos? Te recojo a las siete. Víctor

Una sonrisa tonta se instaló en mí cara, unas mariposas en mí estómago y un deseo ardiente en mi bajo vientre. Tan ensimismada estaba con la nota que ni escuchaba los gritos de mis amigas ni me di cuenta que la puerta continuaba abierta hasta que escuché una voz grave decir:

- ¿Se puede?

- ¡Pablo! - gritó Ana - ¿Qué haces aquí?- preguntó lo que todas pensamos.

- Vine a traerte unos artículos que necesitaba para el lunes - dijo todo serio extendiendo su mano y dándome una memoria USB.

- Anda hermanito - dijo María -, déjate de tonterías y tómate un café con nosotras.

Entre todas habían conseguido que Pablo se sentara, servido un café y mi madre ya había empezado con su habitual tercer grado para saber qué había sido de su vida. Mientras yo había aprovechado para poner las rosas en agua y guardar la tarjeta sin tener que desvelar su contenido.

- Me acabo de comprar la lencería más sexy que podáis imaginar para mi noche de bodas - gritó Alicia desde la puerta que todavía continuaba abierta.

Todas nos giramos para verla y contemplamos como ésta se puso colorada como un tomate al ver a Pablo entre las chicas.

- ¿La podemos ver? - dijo éste mirando a Alicia con ojos traviosos.

Alicia ni corta ni perezosa sacó la lencería y nos la enseñó a todos, en

especial a Pablo. Me sorprendió la confianza que había entre ellos. Sabía que de jóvenes había tonteado, pero no tenía constancia de que hubieran seguido con la relación para tener ese grado de intimidad y camaradería.

Siguieron charlando un buen rato entre ellos. Creí escuchar como las chicas lo invitan al café de la semana siguiente. No estaba muy pendiente de su conversación, sólo pensaba en la tarjeta que tenía guardada, en cada una de sus frases y en las ganas locas que tenía de que llegaran las siete de la tarde.

- ¿Os marcháis? - dije al ver como se levantaban.

- Sí - dijo Ana - te dejamos para que te prepares para tu cita.

Cada una a su manera me deseó suerte para la velada con Víctor. El último en irse fue Pablo, al despedirse me dijo:

- Me gusta tu casa

- Eres el primero que me lo dice. Mi ex siempre la odiaba.

- Me gusta tu casa - sonrió mientras lo volvía a afirmar.

Lo vi marcharse escaleras abajo mientras escuchaba como llamaba a Alicia para quedar a comer. Definitivamente tendría que preguntarle a mi hermana más sobre su relación con él. Esperaba que Alicia no cometiera una locura a un mes de la boda. Conocía a mi hermana y temí lo peor.

Miré el reloj, conté las horas para volver a verlo. Deseo que estuviera ya a mi lado para hacer realidad todo lo que había anhelado durante esta semana. Pasé todo el día preparándome para nuestro encuentro. Saqué mil veces el armario para ver que me ponía hasta que por fin me decidí por un vestido negro entallado de una sola manga y unas sandalias rojas de tacón medio.

Estaba sentada en el sofá hecha un manojo de nervios cuando el reloj marcó las siete y justo en ese momento el timbre sonó. Respiré hondo y allí estaba, tan atractivo y sensual como lo recordaba. No dijimos nada, nos miramos a los ojos durante unos segundos y esta vez fui yo la que se lanzó a sus labios dándole el beso que había ansiado desde que me dejó en casa la última vez. Cuando logramos despegarnos me dijo:

- Esta noche promete. Estás preciosa

Sonreí, como últimamente lo hacía cada vez que pensaba en él. Sí, pensé, esta noche promete.

Corazón valiente

Subimos a su coche casi sin hablar, no quería romper la magia del momento. Cuando llevábamos ya unos minutos vi como cogía la carretera para dejar la ciudad, sorprendida le pregunté.

- ¿A dónde me llevas?

- Pensaba que no me lo ibas a preguntar - dijo con tono burlón - . A uno de mis lugares favoritos, no muy lejos de aquí.

No pregunté más, no quise saber. Me relajé y me dejé llevar. Esta noche no quería pensar en miedos, ni inseguridades, ni en nada que me impidiera disfrutar de él y de mí.

- Si quieres puedes poner la radio o busca entre la música que llevo.

Puse la radio, no quería complicarme mucho, me apetecía simplemente divertirme, sin pensar. Apoyé la cabeza en la puerta y me dediqué a ver pasar el paisaje ante mis ojos. Nos dirigíamos hacia una hermosa puesta de sol junto al mar.

- He de confesarte un secreto - le comenté al rato.

- ¿Muy grave? - me preguntó sonriendo

- Creo que no. He de reconocer que no he visto tu película favorita, *Blade Runner*, pero tengo el libro. Lo compré.

- ¿Compraste el libro por mí?

- No, lo siento.

- Eso duele - dijo mientras se llevaba una de las manos al corazón.

- No seas tonto - dije - lo compré hace tiempo por un artículo que leí de @ristoteles

- *“Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la*

puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir”^[1] - recitó de memoria- ¿Sabías que esa frase es un monólogo que improvisó el actor? Es una de mis partes favoritas.

Me sorprendió, era justo así como comenzaba el artículo de @ristóteles. Recordé que Víctor y él aparecieron en mi vida en el mismo momento. ¿Tendría que ver algo Víctor con @ristóteles? Quise preguntárselo, pero después desistí. Seguramente sería una casualidad.

- Ya sé lo que haremos en nuestra próxima cita - me dijo sacándome de mis pensamientos

Lo miré con cara de sorpresa.

- Ver *Blade Runner*. No puedo dejar que andes por ahí sin haber visto la película.

Sin darnos cuenta habíamos llegado a nuestro destino. Se trataba de un local, situado en una cala. Era idílico. Un hotelito pequeño, con una terraza amplia que terminaba en una playa de arena suave, iluminada por farolillos, con hamacas para tumbarse y un pequeño escenario de madera. Víctor saludó al dueño con un gran abrazo y enseguida nos condujeron a las mejores hamacas desde donde ver el espectáculo. Sin pedir nada un camarero nos trajo unos ricos mojitos. Me agradaba el afecto con el que todo el mundo lo trataba. Y mientras bebíamos y contemplábamos el mar comenzó la música. Víctor me contó que se trataba de un artista brasileño que había tenido el gusto de conocer en uno de sus viajes y con el que había quedado en más de una ocasión. Habían prometido verse cuando esté llegara a España. Me dijo el nombre, Felipe Cordeiro, pero no lo conocí, no sabía nada de música brasileña.

Entre la música, los mojitos, el sonido de la playa me encontraba totalmente relajada. En una de las canciones Víctor me invitó a bailar. Noté su mano justo al final de mi cintura y su cuerpo pegado totalmente al mío, sentí un calor y un deseo irreconocible. Movía sus caderas al son de la música, pegándolas a mi cuerpo a cada nota, y mientras, cantaba en mi oído:

Saudade de você

*Saudade de você
Eu quero ver você
Eu quero ver bem perto de mim^[ii]*

Invadida de un deseo extraño, con el poco aliento que me quedaba para parecer normal, le pregunté qué significaba. Su respuesta la susurró tan cerca de mi cuello que noté como sus labios dibujaban cada una de las letras:

Te extraño, Te quiero a ti, te quiero bien cerca de mí.

Ardí aún más en deseo si era posible. Después del baile, nos dirigimos hacia nuestras hamacas, pero siempre rozándonos, cualquier excusa era buena para notar su cuerpo pegado al mío. La cena la sirvieron también allí, marisco y pescado del mejor, acompañado de un buen vino blanco. Él insistió en no beber más para poder coger el coche. Pero la última copa nunca llegaba, después de la cena vinieron más mojitos con el cantante y su grupo, que se sentaron con nosotros a compartir anécdotas. Y así nos pilló la madrugada, entre copas y risas, con la playa de fondo y el calor de nuestros cuerpos que no se querían despegar. A altas horas Víctor insistió en marcharnos, pero el dueño del local no nos dejó. Nos ofreció alojamiento en su hotel. Antes de aceptar, Víctor me miró buscando mi consentimiento, yo asentí. Él pidió dos habitaciones separadas, me decepcioné. Pensé que todo el deseo que había sentido en la playa mientras bailábamos no era recíproco. Cogimos las llaves y subimos al primer piso los dos en silencio. Cuando llegamos a mi puerta, se paró, me miró a los ojos y dijo:

- No tengo prisa- me dio un suave beso en los labios -. Conmigo va a pasar lo que tú quieras que pase.

Se perdió en la puerta de su habitación dejándome apoyada en la mía con un deseo incontrolable. Tenía dos opciones arriesgarme, seguirlo y tener una noche de pasión o entrar en mi cuarto y dejarme devorar por miedos e inseguridades. Levanté la vista, miré hacia su puerta y noté el latir de mi corazón muy fuerte, gritándome casi. Mi corazón valiente quería arriesgar. Di un paso firme y llamé. Por una vez en la vida sabía lo que quería.

Los mil y un...

Me abrió sin camisa, conforme me acerqué a él me agarró fuerte y me presionó contra la puerta que se cerró tras entrar nosotros. Comenzó a besarme primero suavemente, sólo el roce de sus labios contra los míos. Mi cuerpo se acercaba al de él pidiendo más contacto.

- ¿Estás segura? - me preguntó entre beso y beso.

-Si- acerté a responder.

Sus besos se intensificaron, se hicieron más fuertes, más profundos. Su lengua saboreaba cada rincón de mi boca. Sentí sus manos recorrer todo mi cuerpo por encima de la tela de mi vestido, dejando por cada tramo que pasaban un rastro de calor y deseo. Descendió hasta mis pies y nunca imaginé que el gesto de desabrochar unas sandalias fuera tan erótico. Cuando me descalzó subió acariciando la parte interna de mis piernas, sólo podía mirarlo y contener mi respiración que a cada caricia suya se aceleraba. Al llegar a la altura de mi sexo lo tocó suavemente y casi me hizo gritar allí mismo que quería más. Continuó subiendo sus manos por mi cintura, esta vez por debajo de la ropa, hasta llegar a mis pechos. Con un ligero gesto me levantó los brazos con su mano y sacó mi vestido. Me dejó en ropa interior junto a él, haciendo que mi piel ardiente entrara en contacto con la suya.

Continuaron los besos y las caricias por ambas partes, y en cada una de ellas gemía de placer. Entre caricia y caricia soltó mi sujetador dejando libre mis senos, jugó con ellos, mis pezones dentro de su boca, mis pezones pellizcados por sus dedos, mis pezones en cualquier situación eran un centro de placer inmenso que aumentan el ardor de mi bajo vientre. Hasta que las caricias llegaron a mi sexo. Fueron suaves, circulares, primero por encima de mis braguitas, luego, las separó para situar sus dedos en mi clítoris. Lo masajé con tanta delicadeza que hizo que me retorciera de placer. Sólo podía pegarme a su cuerpo con todo mi ser y dejarme llevar por estas oleadas de pasión. Abrió los labios de mi pubis para tener mejor acceso a mi sexo, y lo que comenzó acariciando con dos dedos ahora lo hacía con toda la mano, cada vez más fuerte, cada vez con más intensidad, haciendo que mi cuerpo gritara pidiendo más. Introdujo dos dedos dentro de mí, primero suavemente,

como hacía siempre, hasta que iba subiendo poco a poco la intensidad. Ya no podía más, nunca pensé que se pudieran tener tantos orgasmos seguidos, nunca imagine que un cuerpo pudiera dar tanto placer.

- ¿Quieres tenerme dentro de ti? - me preguntó mientras mordía mi boca.

- Si - susurré, casi exhausta de tanto placer.

- No te he escuchado - me dijo, mordiendo ahora mis pezones.

- Sí- dije un poco más fuerte.

-¿Segura? - dijo, mientras bajaba por mi barriga dando pequeños bocados. Me bajó las bragas y situándose entre mis piernas, mordió mi clítoris.

- Sí - grité, quería más, necesitaba más.

Así lo hizo. Vi como cogía un preservativo, se lo ponía en su miembro eréctil y se dirigió hacia mí. Allí apoyada en la puerta, rodeé mis piernas a su cuerpo y noté como entraba en mí, como me llenaba de placer. Mis caderas se acompañaron a las suyas, igual que cuando bailamos, primero despacio, con movimientos circulares, luego más rápido, más fuerte, más profundo, más y más... Y así noté como se corría dentro de mí cuando yo exploté en un larguísimo orgasmo.

Casi me desplomo en sus brazos y, aun besándome y sin despegarse de mí, me llevó hasta la cama. Sólo pude dormirme, agotada de tanto placer, sintiendo su piel junto a la mía, mi sudor, su sudor, su olor a sexo y el mío.

Pensaba que era un sueño, que mi cuerpo recordaba aún las caricias de Víctor, noté sus manos en mis senos, descender por mi espalda, llegar a mi bajo vientre y poco a poco, con delicadeza, abrir mis piernas... pensé que era un sueño, hasta que noté su boca húmeda sobre mi sexo. Ahí desperté y baje mis manos hasta su cabeza. La levanté y vi su sonrisa en la cara:

- Buenos días- me dijo.

Bajó la cabeza y continuó haciendo lo que hace rato empezó. Primero su lengua entró completa a acariciar mi clítoris, jugaba con él, lo lamía y se separaba, haciendo que mis caderas se arquearan para buscarlo. Luego jugó más, su afilada lengua, se centró en mi sexo, con suaves giros que hacían que

mi cuerpo se retorciera. Sus manos sobre mis senos no dejaban de acariciarlos, haciendo que mis pezones endurecieran de placer, el calambre del deseo se instalara en mi sexo. Entre su lengua y sus manos mi cuerpo volvía a gritar pidiendo más y él lo notó. Se incorporó y se puso un preservativo, pero la penetración no fue inmediata. Pasó su miembro por mi pubis, jugó con mi clítoris, me hizo pedirle más con la mirada.

- ¿Lo quieres dentro?

- Sí - le respondí sin apartar los ojos de los suyos.

La metió, pero no entera, sólo la punta, y la volvió a sacar, y de nuevo volvió a jugar con mi sexo.

- ¿Cómo de dentro?

Toda – respondí mordiéndome el labio del placer que sentía ante dicho juego.

La volvió a meter, esta vez un poco más dentro, movió sus caderas, pero de nuevo la volvió a sacar. Gemí de enojo. Mi cuerpo estaba preparado para unas embestidas que no llegaban.

- Toda - contesté antes de que él preguntara - hasta dentro, hasta el final, dura, la quiero dentro de mí, ya - le dije con una autoridad que no reconocí.

- Esa es mi chica - me dijo.

Me agarró de las caderas para introducir su pene en mí, a cada agarre entraba más, y yo gemía, me retorcía, sentía cada poro de mi piel abrirse completamente para recibirlo. Nos corrimos los dos. Grité su nombre, cuando su cuerpo se desplomó sobre el mío, sólo pude pegarme más a él, para ver si de alguna manera conseguía mitigar la gran oleada de placer que me consumía. Abrazada a él, volví a dormirme, exhausta una vez más.

Me desperté con los rayos de sol que entraban por la ventana. Busqué con la mano el cuerpo de Víctor y no lo encontré. Abrí los ojos poco a poco y vi como salía del baño recién duchado, sólo con unos pantalones vaqueros, el pelo húmedo y su abdomen con gotas de agua todavía de la ducha se acababa de dar. Me invadió el deseo de lamer cada una de esas gotas, de lanzarme a

su cuello y continuar haciendo el amor de nuevo. Se ve que mis ojos me delataron o quizás el movimiento insinuante de mis caderas que lo buscaban con desesperación:

- No me mires así - me contestó - y menos desnuda. Mira - me mostró la erección que mostraba su pantalón.

Sonreí. Me gustaba provocar eso en él, saber que su cuerpo quería más como el mío.

- Anda, levántate que son las tres de la tarde.

- ¿Las tres? - dije - ¿tanto he dormido?. Ali me va a matar.

Corrí hacia el baño a por una ducha refrescante que alejara las huellas de Víctor de mi piel para volver a pensar como una mujer normal y no como la diosa del sexo en la que me había convertido en las últimas 24 horas

¡Había olvidado que le prometí a Alicia ayudarla con la abuela que llegaba hoy para su boda!

Bienvenida Yaya

Nos despedimos amablemente del dueño del local por tanta hospitalidad. Emprendimos el camino de regreso a casa. Una vez en el coche me atreví a mirar el móvil, tenía numerosas llamadas perdidas de Alicia. Miré el *WhatsApp* y ahí encontré el mensaje de mi hermana que me anticipaba la bronca que me esperaba al llegar a casa:

Alicia: *Tan egoísta como siempre*

Hice una mueca.

- ¿Va todo bien? - preguntó Víctor al ver mi gesto

- Sí - le contesté -, nada que no pueda solucionar cuando vuelva.

Me perdí en mis pensamientos. Alicia llevaba razón hoy. Había faltado a la promesa de ir a recoger a la abuela a la estación de tren que llegaba hoy para su boda, pero siempre me había involucrado con ella, en todos sus proyectos, al cien por cien. Mamá justificaba estos arranques diciendo que eran los nervios de la boda. Mi hermana, ante situaciones de estrés, reaccionaba de forma irracional. Recordé cuando en su fiesta de graduación le tocó hacer el discurso final, apareció borracha y cantando *La Marsellesa*, tuvimos que bajarla entre cuatro de la tarima a gritos de *Liberté et Fraternité*, o cuando mi cuñado le pidió matrimonio se quedó sin voz durante dos semanas, y al final escribió Sí quiero en una servilleta, que ahora conservan como una reliquia. Todos esperábamos que para su boda entrara en modo pánico e hiciera alguna de las suyas. Jaime, mis padres y yo, estábamos más que prevenidos.

Podía entender cualquier locura dado su historial, pero los últimos ataques que me había dirigido no los comprendía. Había sido tan hiriente que me costaba perdonarla con tanta facilidad. Cualquier excusa no es válida para hacer daño a las personas que quieres. Por mucho que perdones la cicatriz siempre duele y el recuerdo de que te han hecho sufrir está latente. El amor no es infinito, ni siquiera el fraternal, al final, mi hermana lo único que conseguía con estas humillaciones era que mi confianza hacia ella se fracturara cada día un poco más.

El viaje de vuelta fue más rápido de lo esperado y sin darme cuenta me encontraba parada en la puerta de mi casa después de haber despedido a Víctor con un cálido beso. Respiré hondo, cogí valor y me adentré en un salón donde sólo me esperaban reproches.

Alicia ni me miró. Cuando entré, ella se incorporó de su asiento, dio dos besos a la Yaya y se largó, sin un mísero adiós.

- Pequeña - gritó mi Yaya - ven que te de un achuchón.

Sonreí. Esa era mi Yaya. Me dirigí al sofá, sin mirar a nadie más, sentí como los cálidos brazos de mi abuela me rodeaban. Cada vez que estabas en su regazo el olor a jabón Magno te invadía, la pastilla negra la había acompañado toda la vida. ¡Qué bien me sentía!

- Yaya - comencé a decir -, siento no haber ido a recogerte. Lo siento.

- No pasa nada - respondió - ya sabes cómo es tu hermana. Hace un drama de todo.

Me gustaba mi Yaya. Y me dejé mimar. Me contó su último viaje con sus amigas a Benidorm, sus partidas de dominó en el bar del pueblo, y nos dijo sobre todo, que echaba de menos a sus nietas correteando por allí. Le prometí una visita, esta vez le aseguré que iría.

- Lucía - me dijo mi madre - la Yaya se alojará estos días en tu apartamento.

- ¿Y eso? - dije con sorpresa. No me importaba tener a la Yaya, pero me sorprendió ese cambio de planes.

- Tu hermana nos ha pedido que alojemos aquí a sus suegros - se adelantó papá - tendrías que haber estado aquí.

Ahí estaba el reproche. No quise prestarle atención. Esta pelea era entre Alicia y yo no quería que mis padres se metieran.

Ayudé a la Yaya a acomodarse en mi apartamento. Como siempre, llevaba poco equipaje, un bolso de mano con todos sus productos de belleza, ¡seguía usando brillantina! ni si quiera sé dónde podía comprarla, y su pequeño macuto, con las bragas justas, como decía ella y la foto de mi abuelo, que

hacía ya seis años que había muerto. Preparé el sofá para mí. Saqué del dormitorio las cosas que pensé que necesitaría, incluida mi *tablet*. No había olvidado los artículos de Pablo y tendría que corregirlos esa noche. Pasamos una tarde muy agradable, cocinamos juntas la cena, charlamos y puso un poco de sensatez en mi excitado corazón.

- Ya sé lo de Julián - soltó de golpe

Me callé mientras terminaba de recoger la mesa.

- Las cosas, cariño, toman su tiempo para llegar, ni antes ni después. Ya te llegará el amor.

- Yaya... - me atreví a confesarle - no pude ir a recogerte porque estoy conociendo a alguien.

- Cariño, ten cuidado. Un corazón roto no es el mejor guía para volver a enamorarse. Es fácil equivocarse.

Con esa sentencia se despidió de mi para ir a la cama. Aunque apenas eran las nueve, dijo que el viaje la había agotado.

Me senté en el sofá dispuesta a trabajar cuando enseguida llegaron las notificaciones de *WhatsApp*

María: *¿estás viva? O quien yo me se te ha matado a polvos.*

Yo: *Estoy viva*

Ana: *¿os hace un café en el bar?*

María: *¿y tu marido y tus hijos?*

Ana: *durmiendo*

María: *por mí sí*

Yo: *OK*

Ana: *Nos vemos en un rato*

Me recosté unos segundos en el sofá, encendí la *tablet* y consulté mis

redes sociales. En ese momento @aristóteles actualizó su estado de *Facebook*:

“Los hombres, en su mayoría, motivados por una especie de ambición, prefieren ser amados más que amar ellos mismos” (Aristóteles)

Sin pensarlo le contesté: *¿Las mujeres también?*

Su respuesta no tardó en llegar: *No, las mujeres no. Son más generosas por naturaleza.*

Sonreí. Le di a Me gusta a su comentario. Apagué la *tablet*, era hora de ir con las chicas. Comprobé que la Yaya estaba durmiendo y, cuando me disponía a salir, pensé en la frase de @aristóteles, cogí el móvil y envíe un mensaje:

Lo siento. Siento no haber llegado a tiempo. Te quiero.

Sé que lo leyó, pero no contestó. Esperaba, sinceramente, que mi hermana me perdonara.

Quiero más

Cuando llegué al bar estaba casi vacío, se notaba que era domingo por la noche. Encontré allí a Ana, sentada sola, en la mesa del fondo, me resultó raro, ella es la última en aparecer, siempre con poco tiempo por los niños y el marido. Vimos como llegaba María con Carlos y éste se despedía de ella con un apasionado beso. Algún día este par reconocerán que son pareja, esperaba que ya no fuera muy tarde para ellos.

- ¿Eso que tienes detrás de la oreja es un chupetón? - dijo María nada más sentarse- ¡Tú has triunfado!

- ¿Así se saluda a las amigas? - le dije- Ni un hola, ni un beso, ni un cómo estás.

- Eso lo dejo para las amigas románticas - me contestó - Entonces por lo que veo, ¿hubieron más que besos?

- Algo hubo - mientras le contestaba notaba el rubor subir a mi rostro.

En ese momento llegó el camarero para ver qué queríamos y, María ni corta ni perezosa, continuó gritando:

- ¡Cómo puede ser que en el siglo en el que estamos todavía te ruborices por decir que te acostaste con un tío! A veces me das tanta ternura. Santa inocencia.

Quise morir de la vergüenza que sentí. Esperé que el camarero se fuera tras pedirles nuestros cafés, para decirle:

- Que no soy tan inocente.

- ¿Qué? - dijo María - no te escuché bien.

- Que no soy tan inocente – repetí.

Me miró extrañada como si todavía no hubiera escuchado bien lo que le había dicho. Entonces le dije elevando un poco la voz:

- ¡No soy tan inocente! Hice cosas guarras.

Justo en ese momento el camarero llegó con nuestro pedido y casi vuelca las tazas de café encima de mí. María no dejaba de reírse:

- Por supuesto - dijo mientras giraba sus ojos y añadía el azúcar a su café - , seguro que no te quitaste la ropa que se te manchó con la cena.

Estaba que me encendía de la rabia, ¡cómo podía reírse de mí!

- ¡Tuve una noche de sexo brutal! - dije casi gritando. Y en ese momento agaché la cabeza, totalmente avergonzada al darme cuenta que la música del bar se había pausado y todo el mundo me estaba mirando, sobre todo el viejo que estaba sentado enfrente. De la vergüenza me puse colorada hasta las orejas y pedí en ese momento que la tierra me tragara, pero no pasó.

Poco a poco fui recuperando el blanco de mi rostro, María no dejaba de reír, Ana estaba en silencio mirándome hasta que dijo:

- ¿Cómo te encuentras? Lo de Julián todavía está muy reciente.

- Creo que bien. No sé si me estoy enamorando.

- No estás enamorada, estás enchochada - me contestó María -. No todos los chicos con los que te acuestas son el amor de tu vida. No piense con el chocho, anda.

- Ay María- le dije - Con Víctor estoy bien, me gusta cómo me trata, cómo me hace sentir. Con él me siento más mujer. Con Julián no. Es totalmente diferente.

- Vamos y tanto - dijo María - Julián es un patán y Víctor es un Adonis.

- No - le respondí -, con Julián el sexo era algo... obligado porque estaba implícito en la relación. Es cierto que al principio había deseo, pero con el tiempo... era algo... monótono, formaba parte de la rutina de la pareja, como ir a comer los domingos a la casa de tus suegros... Con Víctor ha sido diferente. Por primera vez alguien ha hecho que me sienta deseada, y al sentirme deseada he disfrutado como nunca en mi vida...

- Víctor- replicó María - ¡debe ser brutal para que te sientas así!

Sonreí, realmente algo de razón llevaba María, Víctor era espectacular. Justo en ese momento apareció Pablo en el bar. Todas nos quedamos mirando con sorpresa, excepto Ana que dijo:

- Lo he invitado yo

No nos dio tiempo a preguntar nada, pues éste ya había llegado a la mesa.

- Hola, siento el retraso, ¿me he perdido algo? – dijo.

- Nada hermanito - contestó María - estábamos hablando de sexo. ¿Tú como lo haces?

- Yo no práctico sexo - le contestó - hago el amor.

Sin dar tiempo a una respuesta se giró hacia Ana y preguntó:

- ¿Qué te pasa? - dijo - No te ves bien, me sorprendió que me avisaras.

Ana guardó silencio y nos miró a todos antes de decir:

- Creo que mi marido tiene una amante.

Sus manos temblaban mientras hablaba, haciendo que la taza de café que sostenían se moviera provocando el ligero tintineo de la cuchara al chocar con la cerámica.

- Venga ya - dijo María.

Pablo no dijo nada, sólo extendió su mano y la apoyo sobre las de Ana, evitando así su temblor. Ese gesto hizo que mi amiga continuara hablando:

- Lleva un mes llegando tarde a casa. Apenas si lo veo... Yo estoy agotada, entre el trabajo y los enanos, cuando llega estoy durmiendo. Los fines de semana se los pasa todo el tiempo pegado al móvil contestando mensajes y sonriendo tontamente... Se va a la cama temprano con cualquier excusa. No salimos...No hacemos nada juntos. Hace más de seis meses que no me toca.

Lo dijo de golpe, sin levantar la vista de su taza de café. Al terminar alzó el rostro y vi las lágrimas acudir a sus ojos. Extendí mi mano para coger la que le quedaba libre. Escuché como María soltó todo tipo de insultos hacia su marido, cuando hubo terminado, Ana continuó:

- No sé, quizás todo esto es culpa mía. Últimamente con el trabajo y los niños me he descuidado... lo he descuidado a él. Ya no soy tan alegre, estoy siempre cansada... Me siento como si hubiera envejecido veinte años. Os miro a vosotras y siempre estáis haciendo cosas diferentes. Yo, en cambio, tengo una rutina que marcan mis niños y romperla es todo un calvario... Ya no me duele si tiene una aventura, lo que me duele realmente es que no sólo me ha traicionado a mí, ha traicionado a sus hijos... Sus hijos son parte de él también... - terminó de decir mientras las lágrimas no dejaban de caer por su rostro.

¡Maldito! pensé. Pero no supe qué decir en voz alta. Pablo rompió el silencio que se había apoderado de la mesa.

- No sabes lo que realmente pasa - dijo con lucidez - Habla con él, Ana. No te precipites, primero escucha lo que tenga que decirte. Que el miedo no se apodere de ti y no te haga hacer ninguna estupidez. Si tiene una amante, no te culpes. Ha sido él el que lo ha decidido Si las cosas están difíciles en casa, se habla, se lucha, tener una aventura es el camino fácil.

- ¿Desde cuándo te has vuelto tan sensato? - dijo María.

- Desde que no vivo contigo, hermanita - contestó Pablo.

Dejé de escuchar la discusión de los dos hermanos al ver mi móvil vibrar. Esperaba que fuera Alicia, sin embargo me encontré un mensaje de Víctor.

No dejes de pensar en ti. Mañana me ha surgido trabajo, tengo un viaje de tres días ¿Nos vemos en un rato?

Me daba pena dejar a Ana en ese estado, pero poco podía hacer. Parece ser que Pablo le estaba brindando más apoyo que sus amigas. Me di cuenta que quería más, quería más de Víctor, quería más de mí cuando estaba con Víctor. Cogí el móvil y escribí:

Sí

Sólo tenía que darle a Enviar. Miré a Ana y después el móvil. Una sola tecla fue lo que pulsé.

El mundo se para

La relación de Ana y Ginés parecía perfecta desde fuera, escuchando las quejas y los llantos de mi amiga comprendí lo difícil que resulta encontrar a la persona adecuada para compartir tu vida. La historia de mi amiga confirmaba mis ganas de dejarme llevar con Víctor.

Después de unas cuantas anécdotas y recuerdos conseguimos que Ana levantara la moral. Nos despedimos con la intención de vernos al día siguiente, Ana necesitaba nuestro máximo apoyo, sobre todo si su sospecha era cierta. María se marchó sola, Pablo decidió acompañar a Ana y yo me quedé en la puerta del bar esperando que Víctor viniera a recogerme. Enseguida apareció, al subirme a su coche me recibió con un cálido beso ¡cómo echaba de menos esos labios!

Extendió su brazo para coger el cinturón de seguridad de mi asiento y abrocharlo, aprovechando el gesto rozó cada parte de mi cuerpo por donde pasaba. Lo miré y vi en sus ojos el deseo que ya había sembrado en mí. Sonrió pícaramente, noté sus ganas de juego.

- ¿Has cenado? - me dijo.

Asentí

- Y tomado café - le contesté.

- ¿Dónde vamos? – preguntó.

- ¿ A tu hotel? - le dije dubitativa.

Me miró, la sonrisa de su cara se ensanchó y, sin decir una palabra, arrancó el coche. Comenzó a sonar en la radio la música que habíamos escuchado la pasada noche.

Apoyé mi cabeza en el asiento, me acerqué todo lo que pude al centro del coche, busqué su mano, la que tenía apoyada en la palanca de las marchas, sin dejar de mirarlo, la guíe hacia mis rodillas y abrí las piernas invitándolo a seguir acariciando. Él desvió durante un segundo la mirada de la carretera

para posarla primero en mis piernas, después en mi rostro. Le devolví la sonrisa pícaro que él me había lanzado antes. Se centró de nuevo en la conducción, sin quitar la mano de mi rodilla. Comenzó suavemente a acariciar la parte interna de mi muslo. Su mirada estaba fija en la carretera, mi mirada estaba fija en él, su mano llegó a mi sexo.

- ¿No llevas ropa interior? - me dijo fascinado.

Mi sonrisa se agrandó. Antes de salir del bar había pasado por el aseo para quitarme mis braguitas. Sabía que el gesto le sorprendería gratamente. Comenzó a jugar conmigo y con mi sexo. Primero acarició mi ingle, suavemente, como un gesto inocente, pero ya había descubierto que en Víctor no había nada inocente. Después acarició los labios de mi vulva, pasando un dedo, como algo casual. Mi respiración se aceleraba, de excitación, de ansiedad, deseaba que llegara ya al clítoris, que sentía cada vez más hinchado anticipándose al placer que intuía por llegar. Su mano subió, abandonando mi sexo, para acariciar mi monte de Venus, emití un sonido de disgusto que él celebró con una sonrisa. Si esto es un juego, pensé, podemos jugar los dos. Aparté mi vista de él, la fijé en la carretera y coloqué mi mano sobre su cuerpo, a la misma altura a la que él tenía la suya sobre el mío y sonreí. Su mano descendió unos centímetros hasta casi situarse en mi sexo, la mía también. Él me miró sorprendido, y yo sonreí. Bajó hasta mi clítoris, bajé hasta notar entre mi mano su miembro, abultado por la excitación. Realizó pequeños círculos sobre mi sexo, suavemente, repetí el movimiento sobre él. Lo vi arquear la espalda, gruñir, respirar hondo.

Nos acercábamos a un semáforo. No disminuyó el ritmo ni del coche ni de las caricias, yo tampoco. Verde, ámbar y rojo cuando llegamos, frenó de golpe. Metió un dedo en mi vagina, solté un respingo ¡esas teníamos! Desabroche su pantalón para liberar su miembro, lo agarré y comencé a mover mi mano de arriba a abajo. Su dedo entraba y salía, mi mano subía y bajaba, nuestras respiraciones se aceleraban. El semáforo cambió de color, pensé que iba a sacar su mano de mi sexo, pero no lo hizo. Cambió de marchas con la mano que todo este tiempo había sujetado el volante, el motor rugió de nuevo y su dedo seguía dentro de mí. Siguió con la dulce tortura, dentro y fuera, arriba y abajo, su dedo giraba dentro de mí, mi mano acariciaba su glándula. Cuando creí que iba a aumentar el ritmo para provocarme un orgasmo apartó su mano. Redujo marcha y entramos a un

parking subterráneo, mientras saludaba al vigilante de seguridad. No aparté la mano en ningún momento de su miembro. Tras aparcar, se acercó suavemente a mí, soltó mi cinturón y me dijo, con la voz ronca y mirándome fijamente a los ojos:

- Llegamos, como no me sueltes y te bajes ahora mismo, termino lo que hemos empezado dentro del coche y delante del guardia.

Quitó mi mano rápidamente y salió. Nos dirigimos con paso apresurado hacia el ascensor, sin mirarnos, sin tocarnos. Cuando las puertas se cerraron, todavía me daba miedo mirarlo, me giré y lo vi allí, plantado ante mí, con la mirada llena de deseo. Si no hubiera subido otra pareja, allí mismo hubiéramos terminado lo que empezó en el coche. Solo pudimos mirarnos y prometer con los ojos todo lo que nos haríamos después en la intimidad.

Llegamos por fin a su habitación, nada más entrar me agarró con fuerza, me pegó a la pared y me besó. No hubo un lugar de mi boca sin invadir por su lengua. Subí mis piernas y rodeé su cintura, mis manos en su cuello, la suyas en mis caderas, mi sexo contra el suyo y ambos excitados. Comenzó a desvestirme con prisa, hice lo mismo con él, sin dejar de acariciarnos y besarnos, sintiendo sus manos por todo mi cuerpo, su boca en mi cuello, en mis senos...

Me dejó caer sobre el sofá que había a los pies de la cama.

- Ahora vas a pagar lo del coche - me dijo.

Vi como sacaba un preservativo y se lo colocaba. Y allí mismo sobre el sofá, me abrió de piernas y me penetró, esta vez sin suavidad, duro desde el primer momento. Mi cuerpo se arqueó de deseo. Lo buscó pidiendo más. Mis caderas respondían a sus embestidas pegándose a él. En cada penetración agarraba mis caderas con fuerza, empujándome hacia él, y yo contraía mi vagina para sentir mejor su miembro dentro de mí, noté como se corría y mi cuerpo también respondió estallando en un orgasmo.

- Me matas Lu - me dijo mientras dejaba caer su cuerpo sobre el mío y terminamos de tumbarnos en el sofá.

Me gustó que me llamara Lu porque nunca nadie lo había hecho y me gustó ser la causante de su deseo. Estuvimos así unos minutos, acariciándonos, mientras nuestras respiraciones volvían a la normalidad.

Durante ese tiempo no hablamos.

Víctor se fue a la ducha mientras yo recogía mi ropa desordenada por la habitación. Mientras me vestía observé el espacio, una pequeña maleta era el único objeto personal que había allí. Me sorprendió, para ser alguien que viajaba tanto lo hacía ligero de equipaje, sin nada de recuerdos que te aten a un lugar o a una persona. Qué diferente era de mi casa.

Me di cuenta de la hora, eran casi las doce, sin muchas ganas tuve que decirle que debía de volver a casa. No me hubiera importado quedarme allí toda la noche y repetir una y mil veces pero el trabajo me llamaba. Pedí un taxi para regresar, si dejaba que él me acompañase volveríamos a empezar. Cuando nos despedíamos prometió llamarme nada más volver.

- Dos o tres día solo - me dijo mientras me besaba.

Una vez sentada en el taxi, abrió la puerta para darme un nuevo beso, meter la mano debajo de mi falda y darme un ligero pellizco en el clítoris, lo miré sobresaltada.

- De anticipo, por lo que te espera a mi vuelta - me dijo mientras cerraba la puerta.

Al llegar no tenía nada de ganas en ponerme a revisar los textos de Pablo, sólo quería pensar en Víctor, en sus brazos, en sus labios, en él. De mala gana encendí la *tablet* y comencé a corregir. Cuando terminé eran cerca de las cuatro de la mañana. Envié un mail a Pablo con los documentos adjuntos y le añadí una carita sonriente, miré el móvil, las chicas no habían dicho nada en el grupo de *Whastapp* y Alicia no había contestado. Mañana tendría que ir a hablar con ella. No podríamos estar enfadadas más tiempo. Me dirigí a la cocina para beber agua antes de dormir y decidí echarle un vistazo a la Yaya por si necesitaba algo.

Entré en la habitación sin hacer ruido ni encender la luz pero no había rastro de ella en la cama, le di al interruptor, la habitación se iluminó, y allí estaba su cuerpo, tirado en el suelo de la habitación, la llamé, no contestó, la volví a llamar y no hubo respuesta.

Mi mundo se detuvo mientras escuchaba sirenas y gente correr intentando reanimar el cuerpo inerte de mi abuela. Mi madre lloraba desconsolada en

una esquina del salón, mi padre la abrazaba, y yo, yo solo rezaba para que mi Yaya sobreviviera.

Cara o cruz

El tiempo en la sala de espera de un hospital pasa despacio, muy despacio. En un minuto recorres veinte pasos, vas y vuelves dos veces a la máquina del café, fumas un cigarrillo, escuchas como se abre y se cierra la puerta principal diez veces...

En un minuto en la sala de espera de un hospital puede pasar de todo, la vida de los que estábamos allí iba a cambiar para bien o para mal. Nadie sabe de lado de quien estará la fortuna.

En estas situaciones siempre había pensado que el destino juega a cara o cruz con las personas: cara son felices, cruz no. Los padres con un niño atropellado, cara, la familia de 20 miembros, cruz... y ¿A nosotros qué nos tocaría? ¿Cara o cruz? La suerte estaba echada. En un minuto la moneda gira y cae, revelando el resultado.

Allí estaba, sentada en un rincón, cerca de la ventana, esperando que ese minuto pasara mientras contaba las losas del suelo. Junto a mi estaban mis padres, mi padre había conseguido que mi madre dejara de llorar, y ahora la sujetaba entre sus brazos mientras ella un poco más recompuesta no dejaba de dar órdenes de todo lo que había que hacer para el día siguiente. Alicia y Jaime, su novio, estaban sentados enfrente de ellos, él sujetaba las manos de mi hermana para evitar que temblaran. Mis manos nadie las sujetaba, ni nadie me sostenía para que llorara, había llamado a Víctor para contarle, pero me encontré con el teléfono apagado o fuera de cobertura. Le mandé un *WhatsApp* a las chicas donde les decía lo que había pasado, parece que las penas cuando se comparten son más ligeras.

Un minuto más, mi madre ordenó por enésima vez que mañana, sin falta, poníamos las lavadoras con los trapos del sofá y de nuevo se dejó caer sobre el pecho de papá, la pierna de Alicia tembló, Jaime la atrapó. Tocaba mi siguiente paseo a la máquina del café.

- Hola - escuché tras mi espalda.

Cuando me giré me encontré a Pablo.

- ¿Estás bien? - me preguntó

Apoyé mi cabeza en su pecho y lloré.

- Tranquila, ya verás como todo va a ir bien - decía.

Él no lo sabía, no podía asegurar nada, nadie puede, él no tiene la moneda para jugar a cara o cruz. Pero aunque no lo supiera al decirlo y al escucharlo de su boca, me reconfortó. Con ese atisbo de esperanza me consolé.

- Me han enviado las chicas - continuó diciendo - Ellas no podían venir.

Como siempre Ana y María se estaban convirtiendo en mis salvadoras, mis ángeles de la guarda. Nos dirigimos hacia donde estaba mi familia. Pablo saludó cortésmente a mis padres, le dio un abrazo a Alicia y palmeó la espalda de Jaime.

Volvieron a pasar los minutos, ruido de las puertas al abrir, nuevos rostros en la sala de espera, alguien camina hacia la máquina del café... cuando hay alguien cerca en quien apoyarte los minutos no pasan tan lentos. Mi padre decidió llevar a mi madre a la cafetería a tomar algo para que se calmase, no sin antes hacernos prometer que los avisaríamos enseguida si había cualquier novedad. Nada más desaparecer por la puerta Alicia me habló:

- ¿Dónde estabas? - se atrevió a preguntar.

- ¿Dónde estaba? - le pregunté con incertidumbre.

- Sí, ¿por qué dejaste a la abuela sola anoche? - me dijo mientras se levantaba de su silla y se acercaba dónde estaba yo.

- ¿Me estás preguntado eso de verdad? - le dije al incorporarme de mi asiento.

Jaime se acercó a Alicia y puso las manos sobre sus hombros.

- Ali, no es momento de hablar de eso.

- Creo que si es momento de hablarlo - le contestó mi hermana a su novio
- Si ella hubiera estado con la abuela, esto no hubiera pasado, y yo no tendría que estar pensando en aplazar mi boda. Llevamos un año, un año planeando

para que todo sea perfecto. Y mira dónde estamos a tres semanas de la boda - se giró hacia mí y me dijo - Parece que quieres sabotear mi gran momento

¡No me podía creer lo que estaba diciendo mi hermana! No pude ni abrir la boca, las lágrimas acudieron a mis ojos y comenzaron a salir como grandes cascadas. Pablo me cogió por los hombros y me obligó a girarme hacia su pecho. Lloré desconsoladamente. Me sentía muy culpable. Alicia tenía razón, quizás si hubiera estado con mi Yaya no estaríamos en el hospital, quizás, si yo no le hubiera dicho que sí a Víctor hubiera llegado a tiempo para ayudarla.

- Alicia estás siendo muy injusta con tu hermana- dijo Pablo - ella estuvo con nosotros, Ana necesitaba ayuda. No me concierne a mí decirte que le pasa. En estas situaciones no hay culpables. No busques donde no hay.

Miré a Pablo, le agradecí sus palabras, él me sonrió dulcemente. Pero el sentimiento de culpa no desapareció de mi interior. Pablo no sabía que tardé en llegar a casa, no sabía que había estado con Víctor. Si lo supiera no hablaría así de mí.

- Yo... - balbuceó Alicia - lo siento.

- Cariño no pasa nada - dijo Jaime - quizás es mejor para todos aplazar la boda, es lo más comprensible.

El rostro de Alicia enrojeció de furia y mirando a Jaime comenzó a gritar:

- Lo sabía, sabía que te arrepentirías, que no te querrías casar conmigo - y mientras decía eso fue corriendo hacia la puerta de salida.

Jaime iba a ir detrás de ella, esta vez le sujeté el brazo y le dije:

- Creo que me toca a mí hablar con ella.

Dejé a Pablo y a Jaime en la sala de espera y salí en busca de mi hermana. Teníamos mucho de qué hablar. La encontré sentada en las escaleras de fumadores.

- Lo siento- fue lo primero que me dijo - siento todo lo que te he dicho estos días.

Guardé silencio, dejé que hablara.

- Estoy asustada por todo, no me reconozco. Sé que quiero a Jaime, sé que quiero pasar el resto de mi vida con él, pero me da miedo que él decida que no, me da verdadero pánico. ¿Y si no soy lo que espera? ¿Y si se cansa de mí? Si mi abandona... - no paraba de decir mientras sollozaba - me muero.

- Si te abandona no te morirás - le contesté - ¿Te acuerdas lo que dice siempre la Yaya?

- La Yaya dice muchas cosas.

- La Yaya dice que lo que tiene que ser para ti no te lo quita nadie, ni hombre, ni casa, ni alegrías, ni desgracias. Así que te relajas, respiras hondo y vuelves a entrar conmigo, le debes una disculpa a Jaime. Hace mucho que él decidió que era tuyo y creo que eso no va a cambiar ni aunque la tierra decida girar en sentido contrario.

Se secó las lágrimas, se incorporó y me abrazó.

- Gracias. A veces pareces tú la mayor..

- Sí, ¿no te he dicho nunca que tengo una hermana muy loca?

Reímos. Cuando entramos allí estaban Jaime y Pablo esperando. Alicia abrazó a Jaime y se fundieron en un cálido beso. Me senté junto a Pablo, que atrapó mis manos entre las suyas y me miró a los ojos mientras me sonría.

Familiares de Magdalena López Fernández, familiares de Magdalena López Fernández - se escuchó por megafonía - acudan al box número 1.

Alicia y yo corrimos hacia donde indicaba la voz. Al entrar nos esperaba un doctor.

- ¿Familiares de Magdalena López Fernández?

Asentimos mientras nos sentábamos. Alicia buscó con su mano la mía.

- A ver, Magdalena se encuentra estable. Ha sufrido una angina de pecho. Hemos visto en su historial que padecía azúcar y tensión alta. Es muy común que pasé en pacientes con sus antecedentes. Hemos conseguido estabilizarla,

como les he dicho antes. Ha abierto los ojos. Las próximas horas son importantes, ha de continuar estable, hemos de asegurarnos que su corazón no sufra más y no vuelva a repetirse la angina porque entonces podría ser fatídico. La tendremos en observación. Podrán pasar a verla de uno en uno dentro de unas horas. Ya les informaremos del horario de visita - guardó silencio antes de preguntarnos - ¿Han comprendido bien?

Asentimos, de nuevo, en silencio.

- ¿Tienen cualquier pregunta?

- ¿Se pondrá bien? - dijo mi hermana.

- Eso no lo sabemos señorita - contestó- no somos Dios, pero haremos todo lo posible para que así sea. Eso sí, gracias a que la encontraron pronto su abuela tiene una opción para luchar, si no, ahora mismo le estaría dando otra noticia muy diferente.

Noté como Alicia apretaba fuerte mi mano. Lo interpreté como una señal de agradecimiento. Salimos, de nuevo a la sala de espera, parecía que el destino había decidido jugar con nosotros un poco más, y nuestra moneda cayó de canto, ni cara, ni cruz. Debíamos de esperar que dejara de dar vueltas para ver hacia qué lado se decantaba.

Mis padres ya habían vuelto, informamos a todos de lo que nos dijo el doctor. Respiramos un poco más aliviados. Y volvimos a sentarnos para esperar, para ver pasar los minutos. Pablo se despidió de nosotros, tenía trabajo que adelantar pero prometió visitarnos más adelante. Cuando se marchó, los minutos, de nuevo, volvieron a hacerse más presentes.

Un minuto, 20 pasos, 3 puertas que se abren, una familia rota llorando... dos minutos, 40 pasos, un anuncio por megafonía, un abrazo de apoyo... tres minutos, 60 pasos, una ambulancia, médicos corriendo por los pasillos...

De pronto mi espera se vio interrumpida por un café que me ofrecían unas manos que conocía muy bien, levanté la vista para ver un rostro familiar.

- ¿Qué haces aquí?

- Tu hermana me ha avisado - contestó Julián.

Demasiado café

Allí estaba sentada en la sala de espera de un hospital, con un café entre las manos y mirando a mi ex, al hombre que había puesto mi vida patas arriba, al dejarme por otra chica.

- ¿Me puedo sentar? - me dijo.

No dije nada, él se sentó.

- ¿Cómo estás? - insistió en hablar conmigo.

No dije nada. No podía. Tenía un nudo en la garganta. No levanté la cabeza del café. Si lo miraba iba a llorar, a golpearlo para que me dijera por qué lo tiró todo por la borda, para preguntarle desde cuánto tiempo hacía que me engañaba... si lo miraba toda la rabia que había acumulado iba a salir. Respiré hondo e intenté pensar en otra cosa, pensé en lo bueno que me había traído la ruptura con Julián, pensé en Víctor. Miré el móvil. Nada. No había ninguna señal de él. Pero su recuerdo me hizo fuerte. El recordar el deseo que despertaba en Víctor me dio la seguridad para alzar la vista y mirar a Julián. Me sorprendió. En sus ojos no quedaba nada del muchacho que conocí. No reconocí su mirada, no me reconocí en ella.

- Aquí - le contesté - estoy aquí.

No dijimos nada más. Permanecimos durante unos minutos así, en silencio, sin nada que decirnos. ¿Ese iba a ser nuestro futuro? ¿Así terminan las parejas que rompen? ¿Y tantos años de conversación, tantos secretos compartidos? Terminan en nada, en el silencio más ensordecedor.

- Recordáis el verano que pasamos los cuatro en casa de la Yaya - dijo Jaime, que nos contemplaba desde la silla de enfrente.

Sonreí, claro que lo recordaba.

- Lo mejor eran las barbacoas en el jardín - dijo Julián - ¿Sabéis el ingrediente que llevaba su salsa de tomate?

- ¡Laurel! - dijimos mamá, Alicia y yo, reímos.
- Y cuando le dio por crear el club de los antisudoku- dijo papá.
- ¡Eso fue genial! – afirmé.

Mi abuela era una fanática de los crucigramas, le encantaba todas las mañanas desayunar con el periódico, su lápiz y el crucigrama. Su mejor regalo un libro de crucigramas. En el periódico local redujeron los espacios de los crucigramas para dejar paso a los sudokus, algo que mi abuela odiaba. Después de innumerables cartas al periódico quejándose, logró recoger firmas de toda la localidad pidiendo que los sudokus fueran eliminados de la prensa ¡al final lo logró y hasta creó un club antisudoku!

Siguieron los recuerdos, teníamos muchos de ella, que si su manera de caminar, el ruidito que hace cuando comía la sopa, las gafas caídas por la nariz mientras hacía gancho... Y pasamos así la mañana.

Nos avisaron de nuevo por megafonía para acudir a unos de los habitáculos. Esta vez entraron Alicia y mamá. Cuando te quedas fuera la espera se hace eterna. Para poder sobrellevarla salí a la calle, necesitaba respirar un poco de aire puro y dejar de imaginar todos los posibles escenarios que podían ocurrir con la Yaya. Julián me siguió.

- Lo siento - dijo a mis espaldas.

No contesté.

- Me equivoqué – prosiguió.

- Creo, Julián, que no es momento para hablar ahora.

Me cogió por la espalda y me pegó a él. Mi cuerpo recordaba su calor, recordaba perfectamente a Julián, y se acomodó a él. Por un segundo, estuvo bien evocar todas esas sensaciones. En un momento de incertidumbre venía bien aferrarse a emociones conocidas. Se convertían en luminosos faros en medio de la oscuridad. Por un segundo estuvo bien, sólo un segundo, el tiempo que tardó mi corazón en recordar su herida. Y las manos que me sujetaban quemaban en mi piel pensando en que horas antes recorrían otro cuerpo. Di un salto, apartándome de él.

- Lucía - me dijo situándose frente a mí y mirándome directamente a los ojos - me equivoqué. Me cegué y te dejé ir. Pero quiere resolverlo.

- ¿Qué estás diciendo?

- Que quiero que volvamos a estar juntos, que quiero pasar el resto de mi vida contigo, que lo siento.

- No... - le contesté - no...

Entré como alma que lleva el diablo a la sala de espera. No era momento de esa conversación, Julián no podía venir destrozarme mi rutina y ahora querer volver a ella. No era tan sencillo. No bastaba con pedir perdón.

Alicia estaba ya de vuelta en la sala de espera, no vi a mamá, me inquieté, me dirigí hacia ella con ansiedad por conocer el estado de la Yaya.

- Está mejor, hay que seguir esperando, pero está mejor- sonrió Alicia- nos han dejado pasar a verla, sólo podía ir una persona. Ha ido mamá.

Abracé a mi hermana. Era una buena noticia. No quería separarme de ella, no quería ver a Julián, no quería que siguiera diciéndome cosas, no tenía gana de escuchar, no me fiaba de sus palabras, de nada que dijera. No sé cuánto tiempo seguí abrazada a ella, mi padre nos separó. Julián ya se había ido. Respiré hondo, y tomé todo el aire que había contenido desde que Julián habló conmigo. Mi padre nos recordó que debíamos de comer algo, era cierto, desde que habíamos llegado, sólo había tomado café. ¿Cuánto tiempo hacía que llevábamos en la sala de espera? Creía que casi dos días. Había perdido totalmente la noción del tiempo. Nos dirigimos a la cafetería, y allí esperamos hasta que mamá volvió. Una sonrisa se mostraba en su rostro.

Miré el móvil, no había nada de Víctor. Imaginé que estaba de viaje, seguro que me llamaría cuando volviera, en cuanto pudiera. Mamá regresó de ver a la Yaya, nos dijo que la iban a pasar a planta en cuanto tuvieran una cama disponible, posiblemente esa noche. Ofrecí quedarme. Era lo menos que podía hacer, de alguna manera me sentía culpable por todo lo que estábamos pasando. Volví a casa para una ducha rápida y preparar una pequeña maleta con lo necesario para pasar las noches en un hospital, no me olvidé de mi *tablet*. Necesitaba conectar con el mundo virtual para olvidar todo lo que había pasado en el real, demasiadas cosas en las que no quería

pensar.

Cuando regresé al hospital, la Yaya ya estaba en una habitación, la 516. Después de despedirme de todos y de prometer avisarles si pasaba algo, me acomodé en mi butaca para descansar. La Yaya todavía seguía sedada y apenas si estaba lúcida, una máquina se encargaba de gestionar los goteros que debían entrarle y una enfermera muy amable no dejaba de entrar cada cierto tiempo para cerciorarse que estábamos bien. Vi como la ciudad oscurecía desde mi butaca, vi encender las luces, las visitas se iban marchando y el hospital quedó en silencio. Sujeté la mano de mi Yaya, estaba cálida, como siempre. Me acerqué a su oído y le susurré:

- No te vayas todavía. Necesito que te quedes.

Me pareció verla sonreír. No sé el tiempo que estuve mirándola, me encantaba su pelo canoso y rizado y las arrugas de su piel. Ella siempre decía que si sus arrugas hablaran cuántas historias contarían. Siempre nos estaba contando historias. La que más me gustaba era cómo conoció a mi abuelo. Él tenía 19 años, ella 14, fue durante las fiestas del pueblo. Él la vio en la procesión de la Virgen, junto a su madre, al día siguiente fue a pedirle la mano a su padre para casarse. Mi bisabuelo se la negó. Alegó que su hija era muy joven, que esperara a que fuera mayor de edad. Mi abuelo espero 6 años, 6 años que rondó a mi abuela en silencio, sin decirle nada, desde lejos. El mismo día en que mi abuela cumplió los 18 años mi abuelo se presentó en su casa para pedirle matrimonio. Fueron novios durante dos años, al tercero se casaron. Cuando murió mi abuelo, la Yaya entró en una gran depresión, pesamos que iba a morir de tristeza, pero un día se levantó, se sacudió sus lágrimas y siguió adelante. Le pregunté qué como lo hizo, cómo había sido capaz, su respuesta me sorprendió:

- Si tu abuelo pudo esperarme seis años, yo también puedo esperar para volver a encontrarme con él.

No podía dormir, tenía la cabeza llena de recuerdos, de momentos vividos con la Yaya y lo pasado últimamente en vida.

El silencio del hospital era interrumpido a veces por la alarma de un gotero que terminaba o unos pasos que se dirigían al aseo, volví a mirar por la ventana para ver la oscuridad sobre la ciudad. Mi móvil sonó, me asusté, el

sonido, en la calma tensa de un hospital, era demasiado elevado. Lo consulté esperando que fuera de Víctor para mi sorpresa me encontré un mensaje de un número que no tenía registrado, pero que conocía perfectamente.

Espero que la Yaya siga mejor. No me rindo. Quiero volver a intertarlo. Te quiero. J

De la rabia apagué el móvil, no sin antes mandar un mensaje a Alicia y mamá para decirles que la Yaya seguía bien.

Encendí la *tablet*, quizás si trabajaba, podría dejar de pensar en todo lo acontecido. Primero consultar mis redes, no había nada nuevo, ninguna señal de Víctor, muchas fotos de gente pasándose bien, y entonces, vi la luz verde del Chat que indicaba que el usuario @ristoteles estaba conectado. Y sin pensarlo dos veces, hice clic en él y escribí:

Hola

Durante unos segundos no hubo respuesta, pero vi como indicaba que el usuario estaba escribiendo, pero en mi pantalla no aparecía nada y de pronto:

Hola

¡Me había contestado! ¿Y ahora qué? ¿Qué se le dice a alguien que has seguido durante un año y al que idolatras? Y me quedé ahí quieta hasta que en mi pantalla volvió a aparecer otro mensaje de él:

¿Te cuento un secreto?

Mi respuesta era muy sencilla, solo tres teclas. Escribí:

Si

Le día a Enviar.

Secretos

¿Te cuento un secreto?

Sí

Desde hace tiempo, cuando te veo conectada al chat me dan ganas de hablar contigo

¿Por qué no lo has hecho?

No reconocí mi valentía en esa respuesta, esperaba con ansiedad saber más sobre él, saber por qué estaba interesado en hablar conmigo. Recordé cuando me planteé que era Víctor, ¿sería él? Sería mucha casualidad pero quizás, esta noche quería sincerarse conmigo.

Porque soy... un poco cobarde

No creo que @ristoteles sea un cobarde

@ristoteles no, pero yo sí

Dudé en hacer la pregunta, pero era el momento de saber, de averiguar todo lo que pudiera sobre @ristoteles

¿Quién eres tú?

No hubo una respuesta inmediata. Seguí, sentada en mi butaca, sumergida en la oscuridad de la habitación del hospital, esperando que me contestara. Éramos él y yo, pero no @ristoteles, sino la persona detrás del usuario, éramos él y yo hablando con sinceridad, ¿cómo de sinceras pueden ser dos personas hablando por la Red?

Soy simplemente un hombre, una persona más con muchos miedos, ¿tú no le temes a nada?

Si, a muchas cosas

¿Qué cosas?

*Has cambiado de tema, no estábamos hablando de mí
sino de ti*

¿Tan evidente ha sido?

Sí

¿Por dónde íbamos?

Por las cosas que te dan miedo

Hubo un silencio en la red, @ristoteles no escribía, había ido demasiado lejos preguntándole por las cosas que le daban miedo, esperé un poco pero nada. Dejé la *tablet* encendida sobre la mesita del hospital mientras me acerqué a la máquina del café que había en el pasillo. Necesitaba algo de cafeína para pasar la noche. Cuando volví a la habitación la enfermera había cambiado uno de los goteros de la Yaya y está seguía bajo el efecto de la sedación. Cogí la *tablet* para centrarme en el trabajo y me encontré con su respuesta.

Me da miedo arriesgar

Pero en tus artículos sí arriesgas

En mi vida personal no lo hago. En mis artículos mi pseudónimo me da la libertad para decir todo lo que pienso, es mi gran escudo frente al mundo. En mi vida personal no hay escudo que valga, no hay red de seguridad, cuando te caes duele.

¿Te han hecho daño?

Mucho

Si hubiera estado junto a él, en ese momento lo hubiera abrazado muy fuerte. Pero no estaba, no había nadie para abrazar. Cuanto más hablaba con él me daba cuenta que más difícil era ponerle rostro, la persona que estaba hablando poco se parecía a Víctor, una persona que arriesgaba en todos los niveles de su vida. Cuanto más hablaba con él más atraída me sentía por seguir conociendo a la persona que se ocultaba bajo ese pseudónimo.

Ahora te toca a ti, cuéntame uno de tus miedos

Guardé silencio, ¿decía la verdad? Podía inventar cualquier miedo, pero realmente no tenía nada que perder si me sinceraba con él.

Me da miedo herir a los que amo

No hubo respuesta de su parte. Continué escribiendo:

*Para mí es más fácil agradarlos aunque la que sufra sea yo.
Es más fácil eso que saber que por uno de mis actos o mis
decisiones sufren*

*Eso no es justo para ti, ¿sabes que es importante que
seas feliz?*

¿De verdad? ¿Y tú me lo dices?

*Si estuvieras a mi lado habrías escuchado una gran
carcajada. Llevas razón. ¿Hagamos un trato?*

Me hubiera gustado estar a su lado para escucharlo reír.

No estoy dispuesta a atracar un banco

*Mmmm ahora que lo dices ;) no suena tan mal, pero
no estaba pensando en eso. Cada semana procuraré
arriesgar un poco y tú pensar en ti. Si uno de los dos no
cumple el otro podrá recriminarle.*

*¿Cómo se yo que has arriesgado o tú que he pensado
en mí?*

Esperé su respuesta, mientras escuchaba el llanto de una paciente quejándose de dolor.

*Nos comunicaremos a través de nuestros estados en
Facebook, como hemos hecho hasta ahora.*

Sonreí al darme cuenta que aunque no me hubiera hablado hasta hoy había estado pendiente de todo lo que había estado publicando en mis redes.

¿Y si me mientes?

Tienes que confiar en mí, al igual que yo en ti. ¿Trato hecho?

Realmente pensé que no tenía nada que perder

Trato hecho

Fue lo que escribí.

Gracias

Me sorprendió que me dijera eso.

¿Por qué?

¿A todo lo que te diga me vas a preguntar por qué?

Sí, soy muy curiosa

Me gustan las personas curiosas.

Durante unos segundos no dijo nada más, cuando pensé que había terminado de hablar conmigo vi como apareció de nuevo la indicación de que estaba escribiendo.

Gracias por la velada, hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

No supe que contestar, cuando él volvió a escribir

No olvides que te leo

Se desconectó, y me dejó con un sabor agridulce, quería más de esa conversación, quería más de él.

Pasé la noche tranquila, la Yaya apenas si se movió, el personal del hospital fue muy atento, y me permitió centrarme en los artículos que tenía pendiente con Pablo.

Cuando la ciudad despertó, llevaba tiempo observándola. Enseguida el silencio de la noche del hospital se vio interrumpido por más enfermeros, más carros, más de todo.

Decidí encender el móvil para enviar un mensaje a mamá y Alicia para decirles que la Yaya había pasado la noche bien. Antes de que pudiera hacer nada me encontré con un mensaje de Víctor. Con la charla de @ristoteles lo había olvidado completamente.

Lucía ya he vuelto, ¿nos vemos?

Rápidamente le contesté que estaba en el hospital, que si no había recibido mis mensajes, que en cuanto pudiera iría a verlo. Conforme le daba a enviar me acordé de mi charla de la noche anterior, al final me di cuenta que la respuesta era muy complaciente, nada de dolor para Víctor, pero sí para mí. Mientras divagaba sobre la respuesta que le había dado, la contestación de Víctor no se hizo esperar.

No te preocupes cambio de planes, volveré a avisar cuando esté disponible.

¿Otra vez? ¿Otra vez desaparecía? ¿Y ahora por qué?

- Cariño, ¿va todo bien? - escuché decir a la Yaya.

Me levanté rápidamente de mi sillón para ir a abrazarla. Y mientras lo hacía le susurré:

- Unas cosas van mejor que otras.

Pensé en todo lo que había pasado estos días, en Julián, en sus repentinas ganas de volver, en @ristoteles, sus confesiones y su trato, y en Víctor y sus malditas ocupaciones. ¿Seré capaz de mantener firme con Julián sin dañarlo? ¿Mantendré el trato con @ristoteles? ¿Por qué Víctor desaparecía tantas veces? Borré todas esas preguntas de mi mente. Ahora mismo lo importante era la recuperación de la Yaya.

Bendita rutina

Siempre había sido una persona de rutinas, parecía que el saber lo que tenía que hacer durante mi día a día le otorgaba a mi vida cierta estabilidad. En medio del caos en el que se estaba convirtiendo mi vida últimamente, ahí estaba yo, de nuevo, buscando una rutina a la que aferrarme, buscando una seguridad, que sabía, con certeza, que era totalmente ficticia.

La Yaya iba mejorando día a día, Alicia, siempre con el beneplácito de la Yaya, había decidido continuar con la boda y se hallaba inmersa en miles de detalles de última hora. Mi madre no paraba de perseguirla en esta locura que se había convertido la celebración de su matrimonio. Así que al final era yo quien más tiempo libre tenía y podía cuidar mejor de la Yaya, me instalé en el hospital. Por las mañanas las dedicaba al trabajo en la biblioteca y las tardes eran de mi abuela y revisar textos para Pablo. Tenía que reconocer que me gustaba trabajar para él, respetaba mi trabajo y me permitía tener la suficiente confianza para desarrollarlo con seguridad. Si alguna aclaración o corrección de las que le hacía no le gustaba, la debatíamos siempre por mail o directamente por teléfono.

Había pasado casi una semana donde no había tenido noticias ni de Julián ni de Víctor. Lo de Julián lo agradecía porque no me apetecía abrir viejas heridas, sobre todo siendo tan reciente, pero la desaparición de Víctor me tenía intrigada a la par que enfadada. Lo había intentado llamar un par de veces al móvil y siempre obtenía la misma respuesta: Apagado o fuera de cobertura.

Era viernes por la noche, mi madre vino a sustituirme para que descansara un poco en casa. No me apetecía encerrarme sola en mi apartamento, no quería pensar en nada, sólo quería un rato de compañía.

Yo: Hace un café

María: Mejor cena, tengo el estómago que me ruge. Creo que me va a bajar pronto la regla, estoy en esos días en los que me comería una vaca entera si me la ponen encima de la mesa.

Yo: Que bruta que eres, un día te voy a poner una vaca y veremos a ver qué haces con ella

María: espero con ansias ese día, anda ¿dónde quedamos?

Yo: Ana no ha dicho nada, ¿sabes algo?

María: espera la llamo

Mientras esperaba que María localizara a Ana y decidieran qué íbamos a hacer aproveché para darme una ducha larga. Mientras me vestía llamaron a la puerta, pensé que era una de las chicas y me atreví a abrir liada en la toalla que había usado para salir del baño.

- ¿Qué haces aquí? - dije con asombro.

- Me gusta que me recibas así - me dijo Julián, mientras estiraba sus brazos para agarrarme por la cintura.

Lo esquivé como pude y en el forcejeo por librarme de sus manos la toalla cayó al suelo, dejando todo mi cuerpo desnudo.

- Vamos mejorando - dijo Julián mientras me arrinconaba en una de las esquinas del salón.

- Julián - dije - por favor, déjame salir. Interpuse mis brazos entre mi cuerpo desnudo y su torso.

- Y qué pasa si no lo hago - me susurró pegado a mi cuello - No sabes cómo he echado de menos tocarte.

- Tú te fuiste - le grité y cerré los ojos, por toda la furia que tenía dentro. No podía decir que añoraba algo que él mismo abandonó.

- Me equivoqué.

Sentí su aliento cerca de mis labios, no quería abrir los ojos, no quería que siguiera. De pronto noté como se apartaba bruscamente de mí mientras escuchaba:

- Creo que Lucía no está muy cómoda con tu visita.

Al abrir los ojos me encontré con Pablo que sujetaba por los brazos a Julián mientras lo echaba de casa. Julián no dejaba de gritar.

- Esto es entre ella y yo, tú no eres nadie.

- Soy su amigo - le contestó Pablo firme.

Julián opuso resistencia cuando Pablo intentó cerrar la puerta en sus narices, pero Pablo mostró una fuerza que hasta ahora desconocía, y sin casi esfuerzo logró que Julián saliera de mi apartamento.

- Lucia, tenemos una conversación pendiente, esto no va a quedar así - gritó al desaparecer por la puerta.

Había mirado toda la escena desde la esquina, perpleja por lo que había sentido cuando Julián me tocó. No entendía cómo alguien a quien había querido tanto ahora sólo me provocaba repulsión. Me había dolido tanto su traición que todo mi cuerpo se manifestaba rechazándolo. No quería que me volviera a tocar, que volviera hacerme sufrir. No fui consciente de mi desnudez hasta que Pablo carraspeó, cuando lo miré vi sus ojos puestos en la toalla que había caído al suelo, me ruboricé y salí corriendo hacia mi habitación. ¿Cuánto tiempo había estado parada en la esquina? Daba igual, había sido el suficiente para que Pablo pudiera verme. Me tumbé en la cama y pensé en no salir. Pero por una vez, decidí aguantar mi vergüenza e ir a darle las gracias por su acto valiente. Me puse unos vaqueros sencillos con una camiseta, todavía ruborizada salí al salón.

- ¿Estás bien? - me dijo.

- Si - le contesté sin poder levantar la vista para verlo a la cara, sentía su sonrisa- Gracias

- No hay de que - contestó - las chicas me mandaron por ti. Se quedaron en mi casa preparando la cena. ¿Te apetece?

Asentí con la cabeza. Después de la semana que había llevado y el incidente con Julián lo que menos me apetecía era quedarme en casa. Así que cogí mi rubor y lo aparqué por un momento, pero fui incapaz de mirarlo a los ojos mientras caminábamos hacia su coche. Me abrió la puerta, y con la mano apoyada en mi espalda, me susurró al oído de forma pícaro.

- Que no te de vergüenza, tienes un cuerpo muy bonito.

Sentí el calor en mis mejillas y en mis labios se dibujó una sonrisa, esa sonrisa que aparece con las cosas que te agradan. Cuando se sentó a mi lado en el coche, levanté la vista y lo miré, estaba tranquilo y sereno como el Pablo que siempre había conocido.

El viaje hacia su casa fue muy agradable, compartimos gustos musicales, que si jazz, indie español, pop... Habíamos coincidido en un concierto de Vetusta Morla cuando no nos conocíamos. En medio de la conversación sonó mi móvil. Se trataba de mamá para decirme que la Yaya seguía bien. Al colgar me di cuenta que tenía una notificación en *Facebook* ¿sería @ristoteles? La curiosidad pudo más que yo, al entrar vi que se trataba de él, había cambiado su estado hacía un rato, esa misma noche.

“La excelencia moral es el resultado del hábito. Nos volvemos justos realizando actos de Justicia, templados realizando actos de templanza, valientes, realizando actos de valentía” (Aristóteles).

Le di a Me gusta y no pude evitar comentar

¿Algún acto heroico hoy?

Esperé su respuesta, pero no llegó. Decidí centrarme en la conversación que tenía con Pablo, al menos mi salvador merecía que le prestase toda la atención.

Qué bien sienta...

Las chicas pusieron el grito en el cielo cuando Pablo les contó lo de Julián, omitió el detalle de que estaba desnuda. Le agradecí el gesto. Habían improvisado una cena la mar de apetitosa. Lo mejor era el lugar. Habían elegido la estancia con el gran ventanal hacia la montaña. Desde que la vi se había convertido en mi lugar favorito de su casa. Una mesa, cuatro sillas, mis amigas, Pablo, y unas vistas espectaculares. La velada prometía.

- Pero ¿qué quiere ese mendrugo? - preguntó María toda indignada mientras rellenaba nuestras copas de vino.

- Dice que quiere volver conmigo - le respondí.

- Vamos, Lucía, ni te lo plantees - me dijo María - que te conozco y...

- No... - contesté -, no... Me dolió mucho lo que hizo. Julián me enseñó que se puede querer mucho a una persona y también se le puede hacer mucho daño... Nunca en mi vida me había sentido tan vulnerable... He perdido la confianza en él... Ahora mismo es difícil de recuperar... No quiero hablar de él, la verdad. No quiero dedicarle más tiempo

Me giré hacia Ana y le pregunté:

- ¿Cómo estás? Con todo lo de mi abuela no he tenido tiempo para ti.

Agachó la cabeza, miro la copa de vino y guardó silencio por unos segundos.

- Ha tenido una aventura - dijo al fin - Dice que no es nada... que me sigue queriendo... Entiendo lo que dices de la confianza... Pero tengo dos hijos... Tengo que intentarlo por ellos... Aunque cuesta... Le he dicho que necesito también tiempo para mí... Los últimos años sólo me he sentido madre, necesito volver a sentirme mujer.

Los ojos de Ana se inundaron de lágrimas. María soltó la copa de vino que tenía entre las manos y fue corriendo a abrazarla. También quería ser parte de ese abrazo, me fui hacia ellas y las abracé muy fuerte, eran mis amigas, eran parte de mí, y me dolía cualquier cosa que les pasase a ellas.

Pablo, que había ido por vino, al vernos se unió al abrazo.

- Me estáis apretando, ¿lo sabéis? - dijo Ana.

Nos separamos. Mi amiga necesita apoyo y allí estábamos todos para dárselo.

- Si necesitas que vaya y le rompa los huevos, lo hago- comentó María- con los huevos rotos es difícil que te engañe.

- Qué bruta que eres - replicó Ana con la sonrisa en los labios - hemos empezado terapia de pareja, a ver qué tal nos va.

Nos sentamos en la mesa para disfrutar de la comida. Pablo puso algo de música, una melodía clásica se colaba en nuestras conversaciones. Hablamos sobre todo, como siempre hacíamos y reímos mucho, nos hacía falta. No hay nada más reconfortante para el alma que disfrutar del momento en buena compañía, parece que los problemas se diluyen y las heridas sanan.

No sé el tiempo transcurrido, hacía rato que habíamos dejado de comer y sólo hablábamos y compartíamos. El sol había caído y sobre el gran ventanal se vislumbraba el perfil de la montaña, marcado por los rayos de la luna llena. Entre el vino, la música, el paisaje y la compañía parecía que el tiempo se había detenido y nos había regalado un instante de felicidad perfecto.

- Hermano, te compro la casa - dijo María - es perfecta.

Pablo sonrió.

- No, bastante me ha costado encontrarla - le respondió - He buscado durante mucho tiempo hasta dar con la casa adecuada para mí.

- Mi Yaya dice que la casa de uno está donde están las personas que te hacen feliz, lo demás son cuatro paredes donde vivimos - les dije.

- Sabias palabras - dijo Pablo.

- Hermano, te compro la casa - volvió a insistir María.

Reímos y todos nos sentimos en casa, compartiendo la dicha de saber que estábamos rodeados de personas que nos importaban. Regresé a casa con

María y caí rendida sobre mi cama. Después de tanta noche de hospital me moría por sentir bajo mi espalda un colchón en condiciones. Le eché un último vistazo al móvil antes de acostarme, me encontré con que @ristóteles había respondido a mi comentario:

¡Sí! ¿Sabes que los actos heroicos tienen recompensa?

Lo vi conectado y como siempre ocurre con él, la tentación pudo más.

Espero que haya sido buena

Su respuesta no tardó en llegar

¿El qué?

La recompensa por el acto heroico

Sí, ha sido muy buena. Se podría mejorar, pero poco a poco.

¿Me lo cuentas?

No, un superhéroe no puede desvelar sus secretos ¿Tú ha ido bien? ¿Recuerdas nuestro trato?

Sí, lo recuerdo

¿Estás pensando en ti?

Sí, ahora mismo lo estoy haciendo. Estoy haciendo algo que me gusta

¿Te gusta hablar conmigo?

Dudé un segundo en responder, solo un segundo

Si

A mí también me gusta hablar contigo

Sonreí, con esa sonrisa tonta que no se conforma con quedarse en los labios sino que se expande hasta los ojos.

¿No me vas a contar tu acto de valor?

No, si quieres a cambio te cuento un secreto

¿Qué secreto?

El que tú quieras

Cuéntame un secreto de amor

Me sentí como una quinceañera, con el móvil sentada en la cama, con mi pijama de Harry Potter y esperando que contestara, pero ¿qué esperaba que dijera? No lo sé, pero durante el tiempo que tardó en aparecer su respuesta en mi pantalla mi corazón latió mi fuerte, tanto que me dio miedo que se saliera.

Ahora mismo estoy interesado en una rubia, muy guapa, que tiene que aprender a cuidarse

Y latió más fuerte tras su respuesta y el rubor se instaló en mis mejillas. ¿Estaba hablando de mí? Si está hablando de mi ¿cómo sabe que soy rubia? Miré la foto de mi perfil y ahí obtuve la respuesta.

¿La conozco?

Puede

¿Y qué le dices para conquistarla?

Todavía no le he dicho nada. Estoy esperando

¿A qué esperas?

A que sea nuestro tiempo. Quiero que cuando decida estar conmigo no tenga dudas.

Pero si ella no sabe que estás interesado, no puede saber que tiene que estar contigo

Creo que a partir de hoy se hace una idea

¿Cómo ha reaccionado?

Creo que bien... todavía sigue hablando conmigo

Volví a sonreír. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Era halagador

saber qué le interesaba, me parecía un juego bonito de seducción, pero no quería darle más importancia. No debía, sobre todo porque no sabía quién había detrás del personaje, no quería aventurarme a ilusionarme por una persona ficticia.

Buenas noches héroe

Buenas noches rubia

Me tumbé en la cama, y no sé si por el agotamiento acumulado de los últimos días o por la dulce conversación que había mantenido con @ristoteles me dormí plácidamente.

Un te quiero para recordar

Me desperté como hacía tiempo que no lo hacía, no sé si por dormir en mi cama o por la charla de anoche. A veces se necesitaba un poco de ilusión para hacer la vida más llevadera. Ahora mismo @aristoteles simbolizaba esa ilusión.

Aunque era sábado y mi madre me había dicho que descansara, me apetecía pasar el día con ellas en el hospital. No quería quedarme en casa para ir detrás de Alicia y escuchar los dramas de su boda. Antes de salir de casa eché un último vistazo al móvil, a su estado en *Facebook*, no había ninguna actualización, ni se había conectado. Mejor descansar por un día de la intensidad que despertaban en mí sus conversaciones. Tampoco sabía nada de Víctor, desistí de volver a llamarlo.

Pasé por mi pastelería favorita, cogí un bizcocho de chocolate casero para desayunar con mamá, la comida de la cafetería no era muy buena y sé que lo agradecería.

Al llegar pasé por la máquina de café, dos bien largos para acompañar ese delicioso bizcocho. Se notaba que era sábado, había más personas en los pasillos de visita, y el hospital parecía que tenía otro aspecto, más alegre y lleno de vida.

Cuando entré a la habitación encontré a mi madre mirando por la ventana y la Yaya con la vista fija en su libro de crucigramas, me sorprendió ver que estaban en el más absoluto de los silencios.

- ¿Qué pasa? – dije.

Mi madre se giró y, las dos respondieron a la vez:

- Nada

- A otra con ese cuento - les contesté - que nos conocemos ya muchos años.

- Tu madre - dijo mi abuela enfadada - que me quiere encerrar.

- ¿Mamá?

- No es eso - miró a la abuela con cara de muy enfadada - le he dicho que se venga a vivir aquí, que no se quede allí sola en el pueblo.

- No estoy sola - dijo la Yaya.

- Estás sola -respondió mi madre.

- Te he dicho que no - gritó más fuerte mi abuela.

- Estás sola - volvió a insistir mi madre.

- Callaros las dos - elevé un poco la voz, intentado molestar lo menos posible pero con la suficiente fuerza como para que me escucharan - Vamos a relajarnos y hablar como adultos.

- No estoy sola - dijo la Yaya casi en un susurro - estoy con mis amigas.

No levantó la vista de sus crucigramas, no quiso mirarnos.

- No estás con tu familia - respondió mi madre, mirándola sin pestañear -. Sólo quiero cuidarte. ¿No me perdonaría que te pasara algo y no estar allí?

Mi abuela levantó su vista y la miró, en sus ojos vi tristeza.

- Hija, va a pasar lo que tenga que pasar. No soy eterna... Estés tú o no, hay cosas que son inevitables. Quiero que entiendas eso. Mis amigas también son parte de mi familia. Mi casa es parte de mi familia. Allí están todos mis recuerdos, al estar allí, de alguna manera sigo unida a tu padre.

- Pero mamá, yo quiero que sigas aquí - dijo mi madre, sentándose junto a ella y sujetando sus manos -, quiero que estés unida a mí, soy de carne y hueso... Estoy viva... No soy un recuerdo...

Mi abuela guardó silencio. Todas guardamos silencio. Comprendía a mi abuela, allí estaba su vida, su todo, y entendía perfectamente a mi madre, al sentimiento de culpa que se le quedaría si le pasara algo y no la hubiera podido ayudar. Mis ojos iban de una hacia la otra, que permanecían mirándose a los ojos, unos ojos llenos de lágrimas, que anunciaban querer salir.

- Hagamos algo- rompió el silencio mi madre -. Quédate con nosotros al menos hasta que estés bien, sea un mes, dos o tres... Lo que haga falta ... Luego ya veremos

- Luego ya veremos ¡no!, ¡que te conozco!, que para algo eres mi hija - replicó mi abuela -. Me quedo hasta que esté bien, luego vuelvo a casa... Tú tienes tu vida aquí, es algo que aprendí hace tiempo, los hijos no nos pertenecen, tienen vida propia, los padres también ¿sabes? Te quiero mucho y quiero que seas feliz, quiero que sigas haciendo las cosas que haces, no quiero ser una carga para ti. Puedo venir más, puedes ir más, puede venir alguien a cuidarme... Hay muchas opciones, pero nuestras vidas no se detienen porque cada vez esté más cerca lo inevitable... No se han de detener antes ni después.

Mi madre comenzó a llorar, mi abuela extendió la mano para acariciar su rostro y continuó diciendo:

- No te eduqué para ser cobarde, la muerte forma parte de la vida, que no te asuste. He sido muy feliz en mi vida, gracias a ti, a tu padre, a mis nietas, mucho. No le pido nada más, sólo que cuando termine que sea en silencio, sin grandes alborotos. No hace falta que estés a mi lado para despedirme de ti. Sé que me quieres, sé que te quiero. Lo he sabido toda mi vida. Es algo que me enseñó la muerte de tu padre, pude no estar con él, pero él siempre supo que era el amor de mi vida.

Mi madre la abrazó y siguió llorando en su regazo. Uno no está preparado para ver a los padres llorar, para descubrir que son vulnerables como cualquier mortal. Me di cuenta que mi rostro estaba también cubierto de lágrimas. Era imposible no llorar con la intensidad de esa conversación. A veces olvidaba lo grandes que eran las mujeres en mi familia. Solté el bizcocho y los vasos de café y me uní a ellas en el abrazo. Quise reconfortarlas a ambas, ambas necesitaban consuelo por todo lo que se acaba de decir en aquella habitación. Mi abuela una vez más nos daba grandes lecciones.

- Os quiero - les dije susurrando, acababa de recordar lo importante que es decirlo mientras vives. Un te quiero sincero es el mejor recuerdo que puedes dejar.

- Lo sabemos pequeña - dijo mi madre.

Nuestro abrazo y llanto fue interrumpido por unos golpes en la puerta. Al girar vi a un chico de mensajería con un gran ramo de rosas.

- Yaya, ¿a quién has conquistado que te traen rosas? - le dije sonriendo.

-¿La señorita Lucía? - preguntó el joven desde la puerta.

- Creo que no soy yo la conquistadora - respondió mi abuela con mucho humor.

Me acerqué, firme el recibí, cogí el ramo y me dispuse a leer la tarjeta. Últimamente estaba recibiendo más flores que en toda mi vida. Pensé que serían de Víctor a modo de disculpa por todos los días sin llamarme, pero me sorprendí al leer la nota que las acompañaba:

Lo siento. Lo siento todo. Siento haberte dejado, no haberte valorado lo suficiente, siento haber perdido tu confianza, pero sobre todo siento lo de la otra noche. Me dolió tu rechazo, el que huyeras de mí, que no desearas mis besos como yo te deseo a ti. ¿Tan pronto me has olvidado?

Julián

Sonreí con tristeza, muchos los siento, pero ni un te quiero para recordar.

Levanté la vista y vi a los ojos de mi madre y de mi Yaya preguntando, tocaba darle explicaciones a las dos mujeres que no dejaban de mirarme. Era eso o huir.

Hago chas y aparezco...

- Son de Julián- les dije.

Tampoco tenía por qué mentirles u ocultarlo. Sabía que ahora vendría el interrogatorio, me preparé mentalmente para ello.

- ¿Julián? - preguntaron ambas.

Asentí.

- Hay algo que no nos hayas dicho - preguntó mi madre.

- Ha cortado con la chica que la que me fue infiel y quiere volver conmigo.

- Y tú, ¿quieres volver con él? - dijo la Yaya.

Negué, sin dudar.

- ¿Por qué? - preguntaron de nuevo al unísono.

En ese momento entró la enfermera para cambiar uno de los goteros de la Yaya.

- Bonitas flores – dijo.

- ¿Las quieres? - respondí rápidamente, no quería las flores, tampoco iba a tirarlas.

- ¿Yo? ... No sé, señorita, son tuyas.

- Pues yo te las doy a ti... Anda, tómalas, si no las coges tú... las pensaba tirar

El rostro de la enfermera se iluminó.

- Muchas gracias - dijo - ¿Seguro que no las quiere?

Volvió a preguntar mientras se acercaba a mí para recoger el ramo.

- Seguro.

Antes de entregárselo retiré la tarjeta y la guardé en mi bolso. Prefería que las palabras de Julián quedaran en nuestra intimidad.

- Con tanto lío había olvidado que había traído algo para desayunar, café y bizcocho de chocolate - les dije, intentando evadir la respuesta que había quedado en el aire.

Extendí el café para dárselo a mi madre, sin levantar la vista de mis manos, no me atrevía a verle a los ojos, sentía la mirada de ella clavada en mí. Esperaba respuestas, deseé que no insistiera y pareció entender mi súplica.

- Seguro que el bizcocho no está tan bueno como el de la abuela - comenzó a decir mi madre - ¿Cómo era la receta?

Le agradecí el cambio de conversación y no verme en la tesitura de tener que responder a una pregunta que ni siquiera sabía la respuesta.

Así pasamos la mañana hablando tranquilamente las tres de cosas sin importancia a simple vista, de recetas, crucigramas, ganchillo... pero eran palabras que generarían recuerdos para el día que una de nosotras faltase. Alicia apareció a medio día, en un segundo nos puso la cabeza loca, con tanta decisión de última hora, que si las servilletas mejor en rosa quisquilla o rosa salmón. ¡Ni siquiera sabía que había tantas gamas de rosa! Cuando ya llevaba media hora escuchando las estridencias de mi hermana decidí salir a darme una vuelta y despejarme. Con la excusa de comer algo e ir turnándonos, para no dejar a la abuela sola, me escabullí de la habitación y las dejé a la tres peleándose con las diferentes tonalidades que se pueden conseguir del color rosa.

Cuando estaba en recepción, a escasos metros de la puerta de salida noté como mi móvil vibraba en el bolsillo trasero de mi pantalón, lo cogí por prudencia, por si era mi hermana o mi madre necesitando algo, cuál fue mi sorpresa al ver reflejado en la pantalla el nombre de Víctor. Me quedé quieta en medio de la recepción ¿Ahora llamaba? ¿Después de tanto tiempo sin un mensaje y una llamada? No descolgué, esperé que la llamara terminara y cuando lo hizo, fui a guardar el móvil en mi bolsillo, y justo cuando iba a volver a reanudar mi camino, sonó otra vez, siguió insistiendo, me detuve de nuevo, esperaré a que terminara de sonar y volví a guardarlo. Y así una

tercera vez, respiré hondo y a la cuarta llamada le descolgué y sin tiempo a que le dijera nada escuché:

- Si te animas a salir por la puerta del hospital te doy ese beso que he ansiado todo este tiempo que he estado lejos de ti

Alcé la vista al frente, y tras la puerta de la entrada estaba Víctor parado, con un traje arrugado, unas ojeras de infarto, barba de unos cuantos días y una pequeña maleta, pese a su aspecto de cansado, seguía estando atractivo.

Me dirigí hacia él con pasos temblorosos, sin apartar la mirada de sus ojos. No sabía si estaba haciendo lo correcto, no sabía dónde había estado este tiempo, pero parecía que mi mente iba por un lado y mi cuerpo por otro, una guiada por la razón y otro por el deseo que provocaba en mí. Al llegar a su altura me quitó el móvil que llevaba entre las manos, me pegó a su cuerpo con suavidad y me besó. Me besó con ansia, desesperación, como si hubiera transcurrido una eternidad sin vernos, como si quiera absorber toda mi esencia, y le respondí, no me quedó más remedio que responderle. Cogí su pelo entre mis dedos, abrí mi boca para dar paso a su lengua y pegué mi cuerpo al de él, para notarlo aún más cerca si era posible. No sé cuánto tiempo estuvimos así, cuando nos separamos los dos teníamos los labios hinchados, los ojos dilatados, la respiración entre cortada y a nuestros cuerpos gritando que querían más, más de aquello, fuera lo que fuese.

- ¿Dónde has estado? - atiné a preguntar, menos mal que todavía me quedaba algo de razón.

- En el infierno - me respondió, apoyando su frente sobre la mía, y acercando su rostro al mío.

Subió sus manos y sujeto mi cara. Separó su frente y me miró a los ojos, estando tan cerca podía ver su azul perfecto. Y mientras me depositaba suaves besos en los labios me decía:

- Ahora esto en el paraíso. ¿Nos podemos ir de aquí? Como no lo hagamos, juro que, ante la puerta de este hospital, te hago el amor... Dios, llevo días deseándolo.

Sonreí. ¿Quién se resiste a una declaración así? Yo no era tan fuerte. Mi vuelta al hospital podía esperar.

Sobre la ciudad

- ¿Dónde vamos? - le pregunté mientras subíamos a su coche.
- Tengo una sorpresa - me contestó.
- He de volver viva - le respondí con una sonrisa.

Era agradable volver a estar con él. Víctor tenía el don de no hacerme pensar, con él sólo me apetecía dejarme llevar. Miré por la ventana y vi que nos dirigíamos al centro, hacia una de las zonas más caras de la ciudad.

- ¿Dónde has estado? - le volví a preguntar casi como un susurro. No quería parecer una novia posesiva, tampoco sé si éramos novios o si ni siquiera si teníamos exclusividad. Nunca habíamos hablado de ello. Con Víctor nunca se hablaba solo se disfrutaba, en la etapa de mi vida en la que me encontraba me apetecía disfrutar.

- Un viaje muy largo, del que tenía ya ganas de volver .

Esa fue su respuesta, simple, sin ningún detalle, si nada de información. ¿Me valía? Lo miré y lo vi devolverme una sonrisa enorme y olvidé todo, así me comportaba con Víctor. Llegamos a un edificio de viviendas muy lujoso, metió el coche en el garaje subterráneo y subimos en ascensor hasta el ático. Al llegar a la puerta me dijo:

- Cierra los ojos.

Como siempre, le obedecí. Escuché como sacaba unas llaves y habría una puerta. Me empujó hacia el interior. Se situó detrás de mí y en mi oído, escuché el susurro de su voz que decía:

- Ya, ya puedes abrirlo.

Era espectacular. Hacia donde mirara estaba repleto de lujo. Un sofá negro de piel, una chimenea, un gran ventanal sobre el que se veía la ciudad, una isla enorme de mármol en el centro de la cocina.

- Durante unos meses este será mi hogar.

Iba pegado a mí, enseñándome cada una de las estancias con la ilusión de un niño pequeño ante un juguete nuevo.

- ¿Te gusta? - me preguntó cuándo terminamos de recorrer aquel espacioso ático.

- Me encanta - no tenía palabras para describir tanto lujo.

- Ven - me cogió de la mano y me guió hacia la terraza - todavía queda lo mejor.

Salimos a una gran terraza situada a uno de los lados del salón. No había ningún edificio alrededor desde el que pudieran vernos, estábamos él, yo y la ciudad bajos nuestros pies. Me acerqué al borde de la barandilla y Víctor se pegó a mi espalda, rodeando con sus brazos mi cintura. Noté todo su cuerpo junto al mío, ni un milímetro nos separaba, mi cuerpo reaccionó con un escalofrío de placer.

- ¿Te imaginas lo que sería hacerte el amor aquí y ahora? - me susurró nuevamente en el oído. Sus labios chocaban contra mi cuello, cada vez que emitía una palabra - Te lo imaginas con la ciudad entera bajo nuestros pies.

Conforme decía la frase, bajo su mano hasta el botón de mi pantalón. Lo abrió. Mi respiración se paró. Volví a soltar el aire cuando note un camino de besos recorrer mi cuello y su mano descender hacia mi sexo, suavemente. Yo sólo contemplaba la ciudad y me dejaba hacer. Sus dedos llegaron a mi clítoris y lo acarició como sólo sabía él hacerlo. Su otra mano ascendió hacia uno de mis pechos, al llegar, fue acariciado por pequeños círculos que hacía que mi pezón se endureciera de placer. Paró durante un momento, emití un gemido de protesta. Lo vi bajarme los pantalones y sacándolos de mis piernas, mientras su boca las cubría de besos, y otra vez su mano en mi sexo, y otra vez a disfrutar. No quería moverme, quería seguir pegada allí, a esa barandilla dejándome acariciar. Sus manos y su boca recorrían mi cuerpo dándole un placer infinitivo, no sé el tiempo que estuve así, sólo sintiendo cada una de sus caricias y sus besos, cuando me di cuenta estaba completamente desnuda, en una terraza, disfrutando de un placer inmenso, ante una ciudad que parecía no ser consciente de ello. Me separó las piernas, arqueó un poco mi espalda hacia delante, dejándole mejor acceso a mi interior, escuché como rasgaba el papel metálico del preservativo, y allí

estaba Víctor, dentro de mí. Una mano en mi pecho, la otra en mi clítoris, su boca en mi cuello y su miembro en mi sexo... fuera, dentro, fuera, dentro, en cada embestida el placer era mayor, en cada embestida parecía que me iba a fragmentar en mil pedazos...y por fin lo hice y después él. Abrazados, desnudos gritamos de placer ante la ciudad que permanecía ajena a lo que acaba de ocurrir en esa terraza. ¿Qué tenía este hombre que me hacía sentir así?

Cuando nuestros cuerpos se recompusieron comencé a vestirme, debía de volver al hospital.

- ¿Te marchas ya? - me preguntó - ¿No te ha sabido a poco? - y se acercaba peligrosamente.

- Sí - le dije - pero he de volver al hospital, intenté escarpe de sus brazos y dirigirme hacia la puerta.

- Pensé que te quedarías - me dijo serio.

- No puedo, he de volver con la Yaya, esta noche me toca quedarme con ella .

- Tenía planes.

- Lo siento.

- Te pido un taxi.

- ¿No me llevas?

- No - me contestó de forma brusca.

Me sorprendió y lo miré mientras se alejaba hacia el despacho del apartamento con el teléfono en la mano, dejándome plantada en medio del salón. A los cinco minutos volvió a aparecer.

- Ya hay un taxi abajo esperándote - me dijo secamente.

Me dirigí a él para despedirme con un beso de los suyos y me tropecé con un frío beso en los labios. Fui hacia la puerta inquieta, ¿qué estaba pasando? Me di la vuelta una vez más para observarlo y vi, como nuevamente, se metía

en el despacho con el móvil en la mano. No entendí esa frialdad. Cogí mis cosas y salí de aquel apartamento con una sensación agridulce.

Una vez en el taxi le mandé un *WhatsApp*:

Estoy deseando repetir

Pero no hubo contestación. Así era Víctor, sin respuestas ni preguntas, sólo placer y qué placer. ¿Me podría enamorar de alguien así? No lo sé, no quería saberlo, la única certeza que tenía era que cada vez era más adicta a nuestros encuentros sexuales, cada vez quería más. Durante todo el camino al hospital no dejé de fantasear con nuestro próximo encuentro, que esperaba que no tardara tanto como el último.

Un solo corazón

Cuando regresé al hospital me encontré con que mamá ya se había marchado y Alicia era quien se había quedado acompañando a la Yaya. La enfermera a la que le había regalado las flores le había informado que, si la abuela seguía evolucionando tan bien, la próxima semana le darían el alta. Estaban exultantes, una por salir del hospital, que consideraba un encierro y la otra porque la Yaya podría asistir a la boda. Eran buenas noticias para todos. Pero mi hermana no estaba dispuesta a darme ninguna tregua:

- Me ha dicho mamá lo de las flores de Julián - me dijo cuándo la abuela se quedó dormida tras su merienda.

¡Viva la intimidad en mi familia! pensé. No respondí. No pensé que tuviera que hacerlo.

- ¿Qué vas a hacer? - me insistió.

- ¿Hacer con respecto a qué?

- Con respecto a Julián - me insistió - imagino que las flores es que quiere volver ¿Cuándo le vas a decir que sí?

La mire con extrañeza. Mi hermana estaba dando por hecho que iba a volver con él.

- No voy a volver con él - le aclaré.

- ¿Por qué no? Julián es un buen partido, tiene casa, trabajo, es amable con la familia...

- ¿Me estás describiendo una pareja o un fondo de inversión? ¿Tú te casas con tu novio porque es una buena inversión?

- No, no es lo mismo. Jaime y yo nos queremos.

- ¿Entonces? ¿Estás diciendo que no puedo conseguir a alguien que me quiera?

- Julián te quiere.

- ¿Me quiere? Por eso hace dos días estaba en la cama de otra.

- Se equivocó.

No me podía creer lo que estaba escuchando de mi hermana.

- ¿Cuántas veces se ha equivocado Jaime o tú? ¿Cuántas veces se ha ido con otra? ¿Lo perdonarías?

Negó con la cabeza.

- Me estás pidiendo que haga algo que tu no harías, ¿por qué? ¿Merezco menos que tú? ¿No crees que pueda conseguir a nadie que me quiera y me respete? ¿Tampoco me valoras Alicia?

- No... Yo... Solo pensé que estabas enamorada de Julián aún.

- Hay muchas maneras de matar un amor, Julián mató el nuestro en el mismo momento en el que ya no pude confiar más en él.

No dijo nada, yo tampoco. No sé en qué estaba pensando mi hermana últimamente, en qué momento nos habíamos separado tanto. No entendía el empeño en que tuviera que perdonar a Julián, ¿por qué consideraba que no era merecedora de un amor como el de mis padres, como el de ella o mi cuñado?

La Yaya despertó pidiendo dar un paseo por el pasillo, era buena caminar. La acompañamos las dos en silencio, un silencio en incómodo, de esos en los que no hay nada que decir. La abuela, notándolo, nos intentó dar conversación con temas triviales. Mis respuestas eran de simples monosílabos. No me apetecía conversar con una persona que había dejado de escucharme.

Cayó la noche, y de nuevo quedamos solas mi Yaya y yo, el ritual del hospital volvió, enfermeras por el pasillo repartiendo medicación, las últimas visitas marchándose, luces que se ven apagando.

A la Yaya le apetecía descansar y se quedó pronto dormida. Yo no tenía sueño. Era sábado por la noche y estaba allí, en la butaca de un hospital viendo como las luces de la ciudad se encendía, la ciudad que horas antes me había visto gozar de placer. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordar a

Víctor, todavía no había respondido a mi mensaje. Cada día me gustaban más los encuentros con él, era más adicta ellos, pero sus ausencias comenzaban a intrigarme. Las chicas tampoco estaban para hablar por *WhatsApp*, María había pedido el fin de semana para un viaje misterioso y Ana estaba dedicada a su marido en un intento de aproximación. Entré a *Facebook*, para matar el aburrimiento y cotillear un poco en el resto de los perfiles. Me encontré la luz verde de @risteles. Dudé en abordarlo, pero enseguida me sorprendió con un mensaje.

¿Qué tal está mi rubia favorita?

¿Qué tal está mi... favorito?

Castaño

¿Eres castaño?

*Ya puedo descartar al resto de hombres,
sólo los castaños pueden ser el hombre misterioso
que se oculta bajo este pseudónimo.
Eres un hombre ¿verdad?*

Deja que lo compruebe

Pasaron unos segundos hasta que respondió

Sí, hasta la fecha, sí

Sonreí. Una sonrisa sincera, de las que últimamente solo provocaba él.

Y ese humor ¿a qué se debe?

A ti

¿A mí?

Si, ya sabes que me gusta hablar contigo

Vas a hacer que me sonroje

No, yo solo quiero seducirte, ya te lo dije

Guardé silencio, ¿quería que me sedujera? No lo sabía, sólo sé que me gustaba hablar con él pero no sabía cuánto de real había ni cuánto de personaje. Eso me asustaba de @aristóteles . ¿Debía decirle que estaba con alguien? ¿Podría considerar lo de Víctor una relación? Si pensaba en todos los hombres que ahora mismo habían en mi vida Julián era pasado, @aristóteles era ficción y Víctor era lo más real que tenía. Demasiadas opciones para un solo corazón.

Estás muy callada esta noche. Un penique por tus pensamientos

Un secreto por mis pensamientos

Ya veo ¿Te gustan los secretos?

Los tuyos sí. Me gustaría conocerte

Ya me conoces

Casi chillo de la sorpresa

¿Te conozco?

*Por supuesto en cada uno de mis escritos dejo una parte de mí.
Sabes mucho de mí por lo que escribo.
Me conoces más que muchas personas que me rodean.*

*No me refiero a eso, me refiero a conocerte físicamente.
¿Qué te parece si eres un viejo de ochenta años o un joven de 16?*

*No tengas prisa, cada cosa tiene su tiempo.
Me gustaría que me conocieras cuando estés enamorada de mí.
Te prometo que no soy un viejo de 80 años ni un joven de 16.*

Guardé silencio de nuevo, ¿me podría enamorar de él sin verlo? ¿Y si era manco, cojo, ciego, feo...? ¿Por qué se ocultaba?

Un secreto por tus pensamientos

¿Me puedo llegar a enamorar de tí?

Me atreví a confesarle

Tengo fe en que así sea

Ahora toca secreto

Qué secreto te gustaría hoy?

Me quedé pensando sobre qué secreto preguntar, ¿qué era lo, además de su identidad, lo que me gustaría preguntarle?

Caramelos que dejan huella

Dudé en saber qué quería conocer de él, pero de pronto lo tuve claro. Mi Yaya siempre decía que una persona honesta es aquella que asume sus debilidades sin tapujos. ¿Veríamos como de honesto es @aristóteles?

Tus mayores debilidades

Por unos segundos no dijo nada. Al poco vi como empezaba a escribir, esperé impaciente que apareciera la respuesta.

Los caramelos Werther's, siento debilidad por ellos. No me resisto a uno.

Su olor, su sabor, cómo se deshacen en mi boca...

Mi abuela siempre nos daba. Espera, creo que voy a ir a por uno

Sonreí imaginándolo recorriendo su casa en busca de uno de esos caramelos. Enseguida vi que continuó escribiendo.

Una buena charla... es otra de mis debilidades.

Soy adicto a las personas que se entregan a las conversaciones interesantes. Y el silencio, adoro el silencio, pero no el silencio como ausencia total de sonido, sino el silencio donde sólo se escuchan los sonidos emitidos de forma natural.

Me gusta escuchar el viento pasar por los árboles o la lluvia en el tejado. Odio los pitidos de los coches, los gritos innecesarios. No podría vivir sin un momento de silencio al día.

Me decepcioné un poco. Las respuestas que me estaba dando eran estereotipos, respuestas que podría haber dado cualquiera.

¿Nada más?

¿Qué más quieres saber?

¿Esas son todas tus debilidades?

No, pero mi principal debilidad la puedes deducir

Guardé silencio, ¿era dura con él? Sí, no perdía nada

Eres un cobarde, esa es tu principal debilidad

En cuento le di a reenviar, me arrepentí.

*Mujer, eres única para motivar. Espera, ahora
para ligar uno tiene que contar sus miserias...
Pensaba que era al revés, que se destacaban las virtudes.
Definitivamente me quedé anticuado.*

Sonreí, siempre me hacía sonreír hasta con las respuestas más simples. Me gustaba el sentido del humor de este hombre.

*No, no soy un cobarde, lo que soy es un no valiente.
Más que serlo es como me siento porque he dejado
que otros se adelante, porque no he luchado mis batallas,
porque he preferido callar antes que pelear, porque
pensaba que pelear estaba mal. Pero luchar no
es malo cuando uno defiende sus valores, sus principios,
lo que le enseñaron que era lo correcto,
pero esa no es mi mayor debilidad, esa es mi mayor carga.*

Guardó silencio. Me pregunté qué le había pasado en su vida para decirme todo eso, ¿qué había perdido? ¿Qué es lo que no había defendido?

¿Estás bien?

Sí, sólo son fantasmas

No supe qué contestar. La verdad que últimamente todos estábamos conviviendo con muchos fantasmas.

Mi mayor debilidad es mi timidez.

Pero @ristóteles no es tímido

*Tú lo has dicho, @ristóteles no, pero yo sí.
¿No querías conocer a la persona real? La persona real*

no parece tan interesante como el personaje ¿verdad?

Guardé silencio. En ese momento me di cuenta que era cierto, no éramos hablando @aristóteles y Lucía, no, éramos él y yo. Él se estaba dando a conocer, se estaba abriendo a mí, y yo, yo no le había dicho nada.

En ese momento vi como la luz verde de su chat se apagó y, de golpe, todo el peso de la noche cayó sobre la habitación. Alcé la vista de la pantalla del móvil, la Yaya dormía, la ciudad poco a poco se había ido apagando y el hospital se había sumado al silencio que él me había definido, un silencio sin ruidos extraños, sólo se escuchaba el sonido de personas que duermen, pasean para combatir el insomnio o se despiden con sigilo de las personas que quieren. Me sentí desolada. No quería que la conversación terminara así, no quería haberlo herido u ofendido. Me levanté de la butaca y deambulé por la habitación. La Yaya pareció despertarse por mis movimientos y con una voz somnolienta me dijo:

- ¿Todo bien pequeña?

Me acerqué, besé su rostro y le dije al oído:

- Sí, demasiado café.

Le mentí. Regresé a mi butaca, contemplé de nuevo la pantalla de mi móvil esperando ver de nuevo la seña, pero no había nada. ¿Qué hacer? E hice lo que en ese momento me pareció lo más correcto, me sinceré con él aunque no me leyera. Tendría la esperanza en que quizás mañana lo leería podríamos retomar nuestras conversaciones. Comencé a escribir:

*No creo que seas un cobarde ni un no valiente.
Eres muy valiente, tú, la persona, no el personaje.
Eres valiente porque has creído en ti y haces aquello
que te gusta, no creo que no luches porque en cada
uno de tus artículos nos incitas a la lucha a los demás,
a la lucha por nosotros mismos,
por lo que creemos, por lo que queremos ser.
Pienso que la persona y el personaje
comparten virtudes y defectos.
Ya admiraba al personaje pero ahora*

*que estoy conociendo a la persona
me siento fascinada por ella.
Mi mayor debilidad es mi inseguridad,
es no crearme suficiente
para las cosas, creer que no merezco esto o aquello.
¿Sabes? Me gustan los tímidos.
Me gusta saber que si algún día
te conozco no seré la única que se sonroje. Tu rubia favorita*

Le di a enviar y esperé toda la noche. Pero ni volvió a conectarse ni leyó le mensaje que le había enviado.

Me desperté con el dolor de cuello al quedarme dormida en una mala postura. Entre el mal recuerdo de la conversación de anoche y ahora la tortícolis desperté con un humor de perros. Cuando mamá llegó me ordenó que fuera a casa a descansar para ver si así lograba mejorar mi estado de ánimo. Pero no me apetecía encerrarme en casa y quedarme sola. Parece que mi teléfono leyó mi pensamiento y vi una llamada de María.

- ¿Qué haces? - me dijo antes ni siquiera de que pudiera decir buenos días.
- Salgo del hospital, ¿qué te pasa? ¿Qué haces aquí?
- Mejor no preguntes
- ¡Un viaje de mierda! mejor no preguntes - casi lo escuché sin necesidad del teléfono. Parece ser que era un mal domingo para muchos.
- ¿Te apetece hacer algo?
- Sí, vente para casa y nos vamos de aperitivos, el pesado de mi hermano se apunta

Me dirigí hacia casa de María sin pasar ni siquiera por la mía. Su casa estaba muy cerca de la mía. Vivía en un pequeño dúplex alquilado que había decorado todo con arte contemporáneo como ella decía, para nosotros eran retales de allí y de allá pero que de alguna manera en el piso de María encajaban a la perfección. Al llegar su humor no había mejorado. No me contó nada, sólo insistió en que no quería hablar mientras no paraba de repetir que los hombres eran unos imbéciles todos menos Pablo, que ya se

encontraba allí y contemplaba la situación sentado en una esquina el sofá, casi arrinconado. Me reí de lo cómico de la situación.

- Tienes el cuello mal - me dijo Pablo en un momento en el que María guardó silencio.

-Sí, una mala noche - le contesté.

- Parece que ha sido mala para todos - sonrió mientras miraba a su hermana que continuaba deambulando por la habitación como una loca - Ven me dijo, te puedo ayudar.

Me acerqué a él para que pudiera poner sus manos en mi cuello, eran cálidas y suaves. Era agradable sentir las. No sé si por su tacto o por el masaje pero mi cuello se fue relajando poco a poco.

-Gracias - le dije

Él solo sonrió.

María nos interrumpió estrepitosamente gritando que necesitaba salir y beber para emborracharse y así olvidar el horrible fin de semana. Pablo detuvo mi masaje, se incorporó para ir a consolar a su hermana. Mientras los contemplaba todavía sentía el calor de sus manos en mi piel.

- María - le dijo- no dramáticas, seguro no ha sido para tanto.

- Hermanito si yo te contara, esta historia no es apta para tus oídos. Me cambio de pantalones y nos vamos - dijo mientras se dirigía hacia su habitación.

Pensé que Pablo retomaría mi masaje pero no fue así, salió del salón detrás de María para asegurarse que estaba bien.

Allí me encontraba sola, sintiendo mi espalda arder, por unas manos que ya no estaban. Aproveché para mirar si tenía mensajes en *Facebook*, nada ni una respuesta. No sabía que hacer así que deambule por el salón como una loca, como minutos antes hacía María. Me detuve en seco al llegar a la estantería, allí sobre uno de los libros pude ver un caramelo *Werther's*, y recordé que María también sentía obsesión por ellos, era los únicos que compraba. Sentía verdadera fascinación como si un caramelo pudiera

alegrarte un mal día. Lo cogí y jugué con él entre mis manos. Me recordaba a él, lo miré detenidamente, cómo un caramelo puede recordarte a una persona que no conoces. Me lo guardé en el bolsillo, como un amuleto, un objeto fetiche.

Me sobresalté al escuchar ruido tras de mí. Me giré y vi a Pablo, sonriendo. ¿Cuánto tiempo llevaba mirando? ¿Habría visto mi paranoia con el caramelo? Me sonrojé nada más que de imaginar el tiempo que llevaba observándome.

- ¿Todo bien? - atiné a decir.

- Si muy bien, pero quiere que entres por unos pantalones.

Entre al cuarto de María donde todos sus pantalones ocupaban una gran montaña en el centro de la cama.

- ¿Estos o estos? - me dijo señalando dos pares de pantalones.

- Pruébatelos para que los vea mejor.

Y mientras ella se lanzaba a sus pruebas, note como mi móvil vibró, ¿sería él? Lo cogí con recelo, después de comprobar los *WhatsApp* y ver que no era nadie, vi la notificación en *Facebook* de un mensaje:

Gracias

De nuevo, el piloto verde, así que le pregunté

Por qué

Por sonrojarte cuando me conozcas

Sonreí.

- Por Dios Lucía deja de mirar el móvil con esa cara de tonta y dime lo de los pantalones de una puñetera vez.

- Los primeros- le contesté.

La verdad es que no había visto ningunos, había estado pendiente de otra cosa. Volví a mirar la pantalla, ya no estaba conectado. Sonríe, busqué con mi mano el caramelo que guardaba en el bolsillo, iba a tener razón la loca de mi amiga y un simple caramelo puede mejorar un día.

Ojos que no ven...

- Ya - gritó María
- ¿Ya qué? - le pregunté
- Estás tonta con el móvil - me respondió con tono burlón - que ya nos podemos ir, suelta la pantallita y vuelve al mundo real.

Sonreí y guardé el móvil en el bolsillo la verdad que sí que pasaba últimamente más tiempo pendiente de mis conversaciones a través del móvil que las que tenía con las personas de mi alrededor.

- No me lo puedo creer - gritó María al llegar al salón.

Allí estaba Pablo sentado en el sofá mirando la pantalla de su móvil que sujetaba con ambas manos.

- No sé qué os dan a los dos pero parece que tengáis una relación con vuestro móvil, lo vuestro es de psiquiatría - continuó gritando.

Miré a Pablo, sonreí, la verdad que parecíamos adictos al teléfono. Él me devolvió la sonrisa.

- Venga, vamos - escuché gritar a María - estamos perdiendo el tiempo y tengo que emborracharme.

Esa era su objetivo del domingo y horas más tarde ya lo había cumplido.

Después de recorrer unos cuantos bares y encontrarlos llenos o cerrados, dimos con una pequeña plaza donde había un bar con sitio para los tres.

Nos sentamos en una de las mesas de la terraza, enseguida llegó un camarero joven para tomarnos la bebida, María fiel a su promesa se pidió, para ella sola, una botella de vino blanco, bien fresquita, le señaló al camarero. Antes de que llegara nuestro pedido nos hizo sacar los móviles y colocarlos encima de la mesa y tuvimos que prometer que no los cogeríamos a no ser que fuera una llamada urgente.

El camarero trajo las bebidas y en ese preciso instante el móvil de María comenzó a sonar, en la pantalla todos pudimos leer Carlos, María no se

movió. Todos guardamos silencio hasta que el móvil dejó de sonar.

- ¿No lo vas a coger? - dijo Pablo.

- No - contestó María muy segura de sí misma.

- ¿Qué ha pasado? - le pregunté ya preocupada por su actitud.

- Algo horrible que todavía no puedo contar, primero lo tengo que superar - nos dijo mientras e llenaba la copa de vino hasta arriba y se la bebió de un trago - y basta ya de preguntas.

Pablo y yo nos miramos y no comentamos nada. Esperaba sinceramente que pronto nos contara qué había pasado para poder ayudarla. Ahora si lo que necesitaba era compañía, ahí estaríamos con ella.

El aperitivo fue agradable, Pablo me habló de su último trabajo, y que más tarde me lo enviaría al correo para revisión, yo le conté sobre la semana en el hospital, los progresos de la Yaya, y poco más, guardé en secreto de mis conversaciones con @aristóteles. Hasta la fecha eran solo mías y de él. ¿Qué más podía contar? ¿Encuentros y desencuentros entre Víctor y Julián? No me apetecía. Comentamos libros, me di cuenta que era tan seguidor como yo de la literatura de ciencia ficción, y lo vi recitar pasajes de *El señor de los anillos* y *Juego de Tronos* ¡conocía a pocas personas que habían leído esos libros! Le confesé que era fan de *Harry Potter*, él sonrió y me dijo que cuando viajaba a Londres y pasaba por la estación de tren, buscaba los andenes por si acaso podía descubrir algo. Fue agradable, sí, la palabra para definir nuestra conversación fue agradable. Una charla cálida donde cuentas anécdotas, secretos confesables y tienes la sensación de no ser juzgado ni ridiculizado. Fue una sensación extraña, la de poder abrirte, de mostrar tu lado más verdadero, sin miedo, ¿cuándo había sido la última vez que lo había hecho? Con @ristoteles, sonreí al recordarlo.

Mientras Pablo y yo compartíamos ese momento, María sin decir nada, siguió bebiendo, y por mucho que lo intentamos no pudimos obtener de ella nada más que silencio. Debido a su estado de embriaguez Pablo decidió quedarse con ella en casa para cuidarla, me ofrecí para acompañarlos, pero él insistió en que descansara después de mi semana en el hospital. Le agradecí

que pensara en mí. Los dejé en casa de María, tuve que ayudarles a subir las escaleras, María no paraba de gritar que todos los hombres eran unas ratas, unas ratas de alcantarilla y cloacas, todos menos Pablo claro, al que no paraba de besar en la cara. No quería pensar la tarde que iban a pasar esos dos juntos. Le insistí a Pablo que si necesitaba ayudara que me llamara sin dudar. Me marché un poco preocupada, no me gustaba ver a María así, ella que siempre había sido tan vital. ¿Qué habría pasado con Carlos?

Llegué a casa con la intención de descansar, un vistazo rápido al móvil, ninguna notificación, comprobé que mamá y la Yaya estaban bien, una ducha rápida, ropa ligera, mantita y al sofá. Y justo en ese momento en el que los párpados se vuelven pesados, y comienzas a sentir cada célula de tu cuerpo relajarse, justo en ese momento, sonó el timbre. Lo ignoré, si no abría la puerta quizás podría retomar mi sueño, pero quien fuera no paraba de insistir. Me levanté de mal humor y esté aumentó cuando al abrir me encontré con Julián.

- ¿Qué haces aquí? - le dije bruscamente.

- Necesito hablar contigo.

- Es que no puedes entender que hemos terminado, si no recuerdo mal me lo dejaste muy clarito.

- ¿Es por el otro? - dijo empujando la puerta y colándose en mi salón - ¿Es por el otro? Tu hermana me ha dicho que hay otro.

¡Dios mío con Alicia! ¿Qué le pasaba a mi hermana? Cada vez era más necesaria esa conversación con ella. Cuando se sentó en el sofá se esfumaron las pocas esperanzas que me quedaban de pasar una tarde tranquila.

- No Julián - le contesté - no es por nadie ¿no entiendes que ya es tarde? Es tarde, es tarde para nosotros.

Me dirigí hacia la cocina para prepararme un buen café.

Lo noté detrás de mí, ¿cómo había llegado tan rápido? Note su cuerpo pegarse al mío de nuevo, y maldije el momento en el que no me quedé con Pablo y María.

- Julián, por favor, no empecemos.

- Te he echado mucho de menos - me dijo mientras sus manos iban acariciando mi espalda -. ¿Sabes lo que duele saber que no te voy a volver a besar más?

Me giré y me puse frente a él, con toda la fuerza que tenía lo empujé lejos de mí. Y le grité:

- ¿Me lo dices tú? No seas tan hipócrita.

Me miró sorprendido. Creo que nunca antes me había escuchado hablar con tanta propiedad.

- Sí lo imaginé, imaginé lo que era no darte la mano más, ver esa mano que me había sujetado durante años aferrarse a otra. Lo imaginé... Ahora no me vengas que si es duro no besarte más, no me vengas con esas tonterías... ¿Cuándo estabas con ella?... ¿Cuándo me engañabas lo pensabas? No, lo veo en tu expresión. Así que no seas hipócrita, hace mucho que decidiste el futuro de nuestra relación.

- Yo no te engañé con ella - me dijo en un susurro, mientras bajaba la vista al suelo.

- ¿Qué?

Me derrumbé, me derrumbé y caí sobre el sofá, sorprendida, aturdida, pero sobre todo queriendo saber más.

- No te engañé, sólo quise dar celos - me dijo mientras se situaba de rodillas frente a mí, sujetándome las manos.

- ¿Darme celos? ¿Para qué querías darme celos?

- No, a ti no.

- ¿A quién querías darle celos Julián? - le pregunté elevando la voz.

Él no me miraba, tenía la vista puesta en nuestras manos. Guardó silencio.

- Julián - le insistí, con una fuerza que hasta a mí misma me sorprendió.

- Pasó hace mucho tiempo Lucía, cuando tú y yo empezamos.

- Julián - volví a insistir - ¿A quién querías darle celos?

En mi cabeza comenzaba a forjarse un nombre, pero sólo la idea de imaginarlo me destrozaba. En ese momento sonó el timbre.

- No vayas - me suplicó -. Solucionemos esto.

¿Cómo si esto, si nuestra relación, pudiera tener ya solución? Me levanté esquivando su agarré, y continuó allí de rodillas, en el suelo, frente al sofá. Al abrir la puerta me encontré con Alicia.

- Hija, ni que hubieras visto un fantasma - me soltó -. Venía a pedirte tu *tablet* para terminar de organizar las mesas de la boda. La mía se ha colapsado.

Entró sin reparar en la escena. Se dirigió al dormitorio donde sabe que guardo las cosas. Yo permanecí en la puerta de la entrada, apoyada en ella, en esos momentos necesitaba algo en lo que sujetarme, en este momento, agradecí que fuera tan robusta. Julián no apartaba la mirada de mí, vi como sus ojos se llenaban de lágrimas, cómo reflejaban duda, miedo... ¿Miedo de qué? Alicia salió del dormitorio, fue entonces, cuando se percató de Julián.

- Siento interrumpir - dijo con voz melosa -. Sobre todo si estáis en pleno proceso de reconciliación.

Julián negó con la cabeza mirando a Alicia, ésta se sorprendió, él la miró y en silencio le dijo algo más, sólo con los ojos ellos dos se entendieron. Alicia agachó la cabeza y Julián volvió a mirarme. Entonces lo vi todo claro, lo vi y dolió horrores. Lo vi en la mirada de él como buscaba con complicidad la de mi hermana, y cómo está le respondía. Supe en ese mismo instante a quién pretendía dar celos, y por muy fuerte que fuera mi puerta, no era lo suficiente para evitar que me derrumbara. ¡Cómo había estado tan ciega!

... Corazón que no siente

Me dejé caer al suelo abatida, agotada por todo lo que acababa de descubrir. Miré hacia Alicia y la vi de pie mirándome con lágrimas en los ojos y sin decir una palabra. Julián se acercó arrastrándose, me intentó coger de las manos, pero no lo dejé. No podía mirarlo a los ojos, no quería. Cogió mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo.

- Te quiero - me dijo.

Me solté con fuerza, ¿cómo se atrevía?

- No puedes decirme eso, no me quieres, y ¿sabes lo peor de todo? - le dije sin apartar la vista de él, quería que fuera consciente de lo que le iba a decir - No me has querido, nunca lo has hecho. Si antes tenía la duda ahora lo sé con certeza.

Me incorporé. No quería sentirme tan vulnerable. Me alejé todo lo que pude de ellos, y desde una esquina del salón, comencé preguntar, porque ahora quería saber cómo había pasado todo.

- ¿Cuándo?

Ellos se miraron, guardaron silencio. Mi hermana bajó la cabeza y se dirigió al sofá, donde se sentó. Julián continuó en la puerta, arrodillado en el suelo, se incorporó e intentó acercarse a donde estaba. Negué con la cabeza. Se detuvo en el centro del salón.

- ¿Cuándo? - volví a preguntar mirándolos a los dos.

- Fue una vez sólo - se atrevió a decir Alicia, sin mirarme.

- ¿Cuándo? – insistí.

Julián miró a Alicia, ésta seguía con la mirada puesta en sus manos, que apretaba con fuerza.

- Al principio - dijo éste -, cuando comenzamos a salir. Fue un fin de semana en el que te habías ido con las chicas de viaje. Vine a buscarte y no

estabas.

Se detuvo.

- ¿Y? - le insistí.

- Vine aquí -continuó diciendo -, me la encontré buscándote y salimos esa noche de fiesta los dos.

Recuerdo ese viaje, estaba deseando volver para ver a Julián, cuando lo hice le encontré un poco distante. Ahora sabía por qué.

- Me dijo que era tu amigo - escuché decir a Alicia -. Yo no sabía.

- ¿Le dijiste eso? - pregunté con la vista fija en Julián.

- Si - dijo avergonzado - No sé qué me pasó.

- No sabes qué te paso - dije con ironía.

- Lucía...No... No... - comenzó a decirme - Acabábamos de empezar a salir, no sabía hacia donde íbamos, te fui conociendo cada día más y tenía claro que quería estar contigo.

- Claro - le respondí - tan claro que cuando mi hermana pone la fecha de la boda, me dejas, te vas con otra y todo por darle celos. Claro, clarísimo, lo tenías.

- Fue una tontería.

-¿Una tontería? - le dije. Cada vez que abría la boca estropeaba más la situación.

- Yo... - comenzó -, me sentí humillado - miró a Alicia -. Quería demostrarle que podía estar con cualquier chica.

Alicia no le devolvió la mirada, ni siquiera se inmutó, seguía en el sofá, fija como una estatua.

Las lágrimas acudieron a mis ojos. No podía dejarlas salir, no era momento. Cerré los ojos, respiré hondo, y continué.

- Te conformaste conmigo, es eso, ¿verdad? Te quedaste con la segundona, esperando todo este tiempo que Alicia se fijara en ti. Nada de lo que hacías o decías era para mí, todo era para ella. Yo enamorada como una imbécil y tú...

Esto último lo dije casi en susurro, era más una certeza que acababa de descubrir que cualquier otra cosa.

- ¡No! - gritó Julián y comenzó a llorar con desesperación - ¡Todo era para ti! ¡Todo! Yo sí estoy enamorado de ti.

- ¡Julián! - chillé también - Deja de ser un cobarde y asume de una vez lo que sientes. Si lo hubieras echo hace años, nos habrías ahorrado esta situación.

- No - me contestó con el rostro inundado de lágrimas - Te quiero a ti. Este tiempo sin ti ha sido horrible. Te he echado tanto de menos pequeña. Adoro cada una de tus pequeñas manías, la manera que tienes de reírte, en silencio, moviendo sólo tus hombros, los pequeños saltitos que das para evitar los charcos de lluvia, tu manía de morder los bolis...

Mientras decía cada una de esas cosas se iba acercando a mí.

- Adoro cuando apareces con el pijama mezclado cada parte de un color, como cuidas de tus amigas...

En cada una de esas frases me vi reflejada y baje la guardia mientras se situaba frente a mí.

- Adoro que me despiertes a patadas en la cama, y como estrujas la bolsa del té para tomarlo.

Por un momento le creí, casi creí en sus palabras, casi... En ese momento Alicia levantó la vista y lo miró, yo deposité por un segundo la mirada en ella hasta que me volví a Julián y le dije:

- A mí me gusta el café, no tomo té, ¿pregúntale a ella qué prefiere?

Los ojos de Julián se abrieron como platos, se giró a mirar a Alicia y compungido agachó la cabeza.

- Por favor vete - le ordené - vete. No me has dejado ni siquiera un recuerdo digno de nuestra relación.

Se marchó hacia la puerta, antes de irse, volvió a echar un último vistazo al salón donde continuábamos Alicia y yo. Cerró la puerta fuerte al salir. Tras él se fueron todos los recuerdos bonitos de nuestra relación.

Mi hermana se levantó del sofá para irse. Pero no era el momento, teníamos una conversación pendiente.

- ¿Por qué? - le dije.

- No es momento Lucía.

- Si te vas por esa puerta sin contestar a mis preguntas entenderé que te importo nada, es lo que hasta la fecha me has demostrado.

- Me dijo que era tu amigo, cuando supe que era tu novio, que tú lo considerabas tu novio corté toda comunicación con él.

- Y dejaste que siguiera con él...

- Decías sentirte enamorada, ¿qué querías que hiciera?

- No dejar que me enamorará de una persona como él.

- Fue un error, fue un error.

- ¿Lo sabe Jaime?

- No, fue antes de que yo conociera a Jaime.

- Jaime merece saber lo que has hecho.

- ¿Qué?

Vi el miedo en su cara.

- ¿Por qué Jaime tiene que saber lo que he hecho? - me preguntó temblorosa.

- Para saber con el tipo de persona con el que se casa.

- Y ¿según tú que tipo de persona soy?

Guardé silencio.

- No soy tan perfecta como tu Lucía, soy de carne y hueso. No soy Santa Lucía que enseguida ayuda al resto a cualquier precio, no soy así. Soy normal y cometo errores, muchos, muchos más de los que quisiera...

Me miró con furia, con valentía y continuó.

- De muchos me arrepiento, de otros no... Pero sabes una cosa, ¿tú que has hecho? ¿Qué te hace creerte mejor que yo? No has hecho nada nunca... por miedo a equivocarte... ¿Cuáles son tus errores Lucía?

Guardé silencio de nuevo.

- Siento haberte hecho daño, lo siento muchísimo... Eres mi hermana por encima de cualquier cosa. Pensé que eras feliz con él, pensé que era lo que querías... Preferí guardar silencio que hacerte más daño.

Mientras decía eso abría la puerta para marcharse. Se giró y con la mirada desafiante continuó:

- Habla con Jaime si quieres, díselo tú y que él decida. Si así te sientes mejor... Lo que hice no me convierte ni en mejor ni en peor persona. Me equivoqué, pensé que Julián era otra persona, que te merecía y tú lo querías... Lo siento, siento si mi silencio te ha hecho daño. Errar es de humanos Lucía, y tú parece que no lo haces, y no dejas que los demás lo hagamos. Quizás Julián solo necesitaba sentirse un poco más humano.

No sé de dónde saqué el valor, pero estaba cansada de que la gente me usara como un saco de boxeo sobre el que descargar su furia, estaba cansada de ser siempre la que perdía, la segundona y respondí

- No Alicia, no me corresponde a mí decirle a tu novio, te corresponde a ti. Tú decides el tipo de relación que quieres tener con Jaime si es una basada en la confianza u otra. Tú vas a decidir, no como yo, que ninguno de los dos me dio la oportunidad de elegir qué quería.

Me miró con asombro y continué diciéndole:

- Por una vez en tu vida no pienses solo en ti. Y, por favor, cierra la puerta al salir.

Así lo hizo.

Cuando se marchó me derrumbé de nuevo, caí al suelo y echa un ovillo comencé a llorar todas las lágrimas que había contenido durante la conversación.

Cada una de las frases que habían dicho me golpeaba la cabeza, taladraba mis sienes, me rompían en mil pedazos. Recordé las miradas de Julián hacia Alicia durante todos estos años, recordé como ella lo esquivaba, y en cada recuerdo una pieza más encajaba y desmontaba por completo mi relación con Julián. Me sentía tan perdida, tan insignificante, tan poca cosa. Como pude me levanté, cogí mis llaves y salí del apartamento. Necesitaba salir de ahí, como si al huir de mi casa también huyera de las palabras dichas. Pero no era así. Seguían resonando en mi cabeza, cada vez más fuertes, deambule un rato por las calles, sin rumbo, sin saber dónde ir, hasta que mis pies me llevaron hasta el lugar en el que últimamente me había sentido feliz.

Blanco profundo

Allí me encontraba parada ante su puerta deseando que estuviera. Toqué... Esperé unos segundos... Por fin se abrió.

- Lucía - me dijo Víctor al verme

No dije nada, sobraban las palabras. Me tiré desesperada a sus brazos, busqué su boca con impaciencia. En este tiempo Víctor había sido el único que me había hecho olvidar y, ahora más que nunca, lo necesitaba. Necesitaba que las palabras dejaran de resonar en mi cabeza. Necesitaba tener sexo con él, ese sexo que dejaba mi mente en blanco, que anulaba toda mi capacidad de razonar.

Notó mi desasosiego y conforme pudo, me separó de él. Me cogió de los hombros y mirándome a los ojos me dijo:

- Relájate y respira hondo. Sea lo que sea que haya pasado se queda fuera de esta casa.

Le hice caso. Cerré los ojos y respiré hondo, varias veces. Fui calmándome. Él me tuvo sujeta durante todo el tiempo, en cada una de mis respiraciones, era más consciente de su tacto, de sus manos acariciando mis brazos arriba y abajo. Cuando estuve más tranquila poco a poco se fue acercando hasta mí, noté su cuerpo contra el mío, noté sus labios en el lóbulo de mi oreja y en un débil susurro me dijo:

- Ahora vamos a practicar buen sexo y no la mierda esa que querías cuando has llegado.

Me tomó en brazos y continuó diciéndome:

- No abras los ojos, bajo ningún concepto... Hoy solo eres Lucía recibiendo una oleada de placer. No importa nadie más, sólo tú y tu satisfacción.

Me tumbó en la cama o al menos eso intuí, sentí como se arrodillaba encima de mi barriga, pero la curiosidad pudo más, efectivamente estábamos en la cama, vi el rostro de Víctor contraerse.

- No vamos por buen camino - me dijo con tono enojado mientras posaba su mano sobre mis ojos -. Una falta Lucía. Si lo vuelves a hacer, tomaré medidas.

Solo había oscuridad y las manos de Víctor subiendo y bajando por mi cuerpo con delicadeza. Noté como me quitaba los zapatos, desabrochó mis pantalones y con lentitud los fue bajando.

- Extiende los brazos – ordenó.

Lo hice sin oponerme. Me estaba empezando a gustar aquello. Era justo lo que necesitaba. Mi camiseta salió de mi cuerpo. De pronto dejé de notar a Víctor, extendí las manos buscándolo pero no lo encontré. Me incorporé y, de nuevo, abrí los ojos. Justo en ese momento, él entraba en la habitación sólo en bóxer.

- Dos faltas Lucía, atente a las consecuencias.

Por un momento me estremecí, pensé que sacaría un látigo o cosas peores... Él tuvo que notar la perturbación de mi gesto porque comenzó a reír.

- Tranquila, no te voy a llevar a ninguna sala masoquista.

Sonreí. Si no iba a recibir latigazos las consecuencias merecían la pena tras la vista del torso desnudo del gran Víctor.

Se dirigió hacia un cajón de la cómoda y sacó un antifaz para dormir. Me lo puso con suavidad, haciendo que todo su cuerpo se rozara con el mío. ¡Cómo un simple gesto podía ser tan excitante!

- Lo bueno de *50 sombras de Grey* es que ha hecho que las mujeres estéis más dispuesta a probar juegucitos.

Me tumbó de nuevo en la cama. Comenzó dando suaves besos alrededor de mi ombligo, fue ascendiendo lentamente por mi abdomen hasta llegar a mis pezones, que aún cubiertos por el sujetador mostraban ya la excitación a la que Víctor los sometía. Los mordió, solo un toque, algo ligero, mi cuerpo se retorció de placer. Continúo besando mi pecho, mi cuello, el lóbulo de mi oreja, y sobre ella posó la boca, para hacer que notara perfectamente el

movimiento de sus labios cuando me dijo:

- Y a mí me gusta mucho jugar.

Me dio la vuelta y me puso boca abajo en la cama, continuó besando mi espalda. Nunca pensé que un ligero camino de besos me hiciera sentir tanto placer. Al llegar a la altura de mi sujetador lo desabrochó y me lo quitó. Continué con los besos hasta la altura de mis bragas, hizo lo mismo que con el sujetador. De pronto dejé de notarlo nuevamente, no quise incorporarme, no quería romper la expectación del momento. Ahí estaba yo, en una cama, boca abajo, con los ojos cerrados, completamente desnuda, preparada para recibir el placer que minutos antes Víctor me había prometido.

De nuevo apareció, sus manos comenzaron a acariciar la cara interna de mis piernas, despacio, lentamente me fue girando. Tener los ojos cerrados hacía que cada sentido se agudizara más y las oleadas de placer se multiplicaban. Llegó a mi sexo, lo bordeó, y continuó las caricias hasta mis pechos. Bajó lentamente todo su cuerpo, noté su erección y eso me excitó más. Su boca atrapó uno de mis pezones, jugó con él, su lengua recorría pequeños círculos sobre él. Mi cuerpo se retorció de placer. Una de sus manos bajó lentamente hacia mi sexo, lo acarició, con suma delicadeza. La excitación de mi cuerpo crecía por momentos. Jugó con el otro pezón, subió de nuevo por mi cuello para morder el lóbulo de mi oreja. Con la mano fue separando ligeramente mis piernas para tener un mayor acceso a mi sexo. Y nuevamente me susurró:

- Ahora vamos a probar uno de esos juguetes.

Escuché un pequeño motor y enseguida algo metálico rozó mi clítoris, comenzó con pequeños círculos sobre él. Conforme le daba masajes, mi clítoris se endurecía, al igual que mis pezones y mi cuerpo se retorció de placer. Continué lamiendo mis pechos, jugando con mi sexo y yo lo único que hacía era deleitarme con cada sensación. Metió dos de sus dedos en mi sexo.

- Estás húmeda - me dijo - esto te encanta, ¿verdad? , pero vamos a hacer que todavía te guste más.

Introdujo los dedos más dentro, con más fuerza y los movía en pequeños

círculos. Los sacó de nuevo y con fuerza los volvió a meter. Su puño cerrado chocó contra mi clítoris sensible de tanto placer y no pude reprimir un gemido de satisfacción, volvió a repetir de nuevo el movimiento, en cada roce de su puño pequeños grititos salían de mi boca. Sacó su mano dejando mi sexo anhelando todavía más disfrute. Escuché como rasgaba el envoltorio del preservativo. Y ahí estaba su pene acariciando mi ombligo, bajando por mi monte de venus, abrí aún más las piernas si era posible para recibirlo.

- Veo que te gusta - me dijo.

Asentí con la cabeza. Allí estaba, dura y grande, dentro de mí, moviéndose rítmicamente. Mis caderas se pegaron a las suyas como ya habíamos hecho otras veces, compartimos cadencia. Sujetó mis caderas y elevó mi pelvis un poco de la cama, en cada embestida, empujaba mis caderas hacia él, haciendo que su miembro entrara todavía más dentro si era posible. En cada embestida de él aprovechaba para contraer mi vagina, quería sentir toda la plenitud de su miembro, que mi sexo lo rodeara y atrapara por completo. Entró, más fuerte, más dentro, grité de placer y así hasta que noté como mi cuerpo se dejaba ir, como toda razón me abandonaba, y vibré de gozo desde la punta de los pies hasta la cabeza. Creí que iba a parar, pero no lo hizo y en cada embestida el sentimiento de gozo aumentaba y cuando pensé que no era posible, un nuevo orgasmo me sobrevino. Arquee la espalda todavía más para dejarle mejor acceso, quería más, mi cuerpo pedía más. Él continuó con el ritmo, yo lo seguía, sólo quería seguirlo, y de nuevo estallé, esta vez él conmigo. Todo el peso de su cuerpo calló sobre mí, su sudor se mezcló con la mía, su olor se unió a la mía. Sacó su pene de mi vagina, extrañé la sensación de tenerlo dentro. Tocó mi sexo con la mano y me dijo:

- Ha estado muy bien.

Sonreí. Con el antifaz puesto, desnuda, llena de sudor y agotada de placer dejé que recorriera con las yemas de sus dedos, lentamente todo mi cuerpo, hasta que entré en un profundo sueño. Víctor había logrado que mi mente se quedara en blanco, blanco profundo.

Perdiendo el rumbo

Desperté y era de noche. Víctor no se encontraba a mi lado. Recordé el hospital, a mamá y la Yaya, busqué mis cosas con rapidez y encontré mi móvil. Vi varias llamadas y un mensaje de mamá:

*Alicia me ha contado todo, descansa, mañana hablamos.
Recuerda que te quiero*

Le agradecí el mensaje, sus palabras eran reconfortantes. Me vestí y salí para buscar a Víctor. Lo encontré en el despacho, con el portátil encendido. Al verme cerró la pantalla y se levantó para venir a mi encuentro.

- ¿Qué tal estás? - dijo rodeándome con sus brazos.

Apoyé mi cabeza en su pecho y contesté:

- No muy bien.

Víctor me guió de nuevo hacia el salón, nos sentamos en el sofá y me preguntó:

- ¿Quieres contarme qué te ha puesto así?

Lo solté todo. Le conté todo lo que había pasado ese día, la noticia de la infidelidad de Julián, el hecho de que Alicia se lo callara, todo... Ahora, al contárselo, dolía un poco menos. Cuando terminé, esperaba que él dijera algo, pero no lo hizo. Se levantó, se dirigió hacia un mueble, sacó dos copas y las llenó de vino. Se sentó de nuevo en el sofá y me tendió una de las copas.

- ¿No dices nada? - le reocriminé.

Me había sorprendido su actitud.

- No, ¿qué quieras que diga? que pobre de ti, que sí que es cierto que te han engañado, que qué malos son... No, no voy a decir nada de eso. Si te digo eso lo único que voy a hacer es que te hagas más la víctima, que te deleites en tu sufrimiento y no tienes que hacer eso. La vida es para vivirla. En cada segundo se nos escapa una oportunidad para ser feliz. ¿De verdad quieres quedarte ahí sentada lamiendo tus heridas en lugar de disfrutar de todas las

oportunidades que tienes delante de ti?

- Ya, pero Julián dijo que me amaba... Yo creía que me amaba... Me mintió, él, mi hermana, las personas en las que más confiaba... Ahora no sé en qué creer – balbuceé.

Víctor soltó una gran carcajada, estridente, sonora, que retumbó en todo el salón. Lo miré ofendida. Cuando dejó de reír sujetó mi rostro entre sus manos para besar mis labios suavemente y decir.

- Lucía, eres única... eres más inocente de lo que pensaba.

Se incorporó dejándome sumida en una gran incógnita por la extravagancia de su comportamiento.

- Mira alrededor - continuó - no hay nada real. Nada. Ni este piso, ni yo, ni nada... No hay nada en lo que puedas creer salvo en uno mismo. Tú eres la persona que nunca te va a fallar, el resto, no pongo la mano en el fuego por nadie.

- Yo no te fallaría Víctor - le dije

Se arrodilló delante de mí y mirándome a los ojos me dijo:

- Seguro que si llega el momento, lo harás.

Noté tanta tristeza en la frase que lo abracé como un deseo de protegerlo de todo lo malo que le pudiera pasar. Se separó dulcemente de mí, dejando su rostro muy cerca del mío

- Alguien como tú, tan dulce y sincero, ¿qué le pide a la vida? Dímelo - casi suplicó la respuesta

Lo miré, ¿qué le pedía a la vida?

- Un amor verdadero

De nuevo la carcajada que inundó todo el salón.

- Ay mi niña - dijo con tono burlón -, ya te lo he dicho, no hay nada verdadero y menos el amor. El amor no existe, cariño.

Me sujetó la barbilla para que continuara mirándolo a los ojos.

- El amor no existe - repitió como una gran certeza y e incorporándose de su posición gritó en el silencio de la noche -. Lo veo a diario.

Guardé silencio, si Víctor tenía razón siempre habría estado engañada. No me consideraba una persona romántica pero si creía que existía un amor con el que quieres compartir el resto de tu vida.

- Cariño, el amor como tú lo buscas no existe - continuó - Es todo mentira, un engaño, para que inocentes como tú piquen en las redes de la sociedad y persigan un ideal de vida que no es real. ¿Sabes cuánto dinero generan los divorcios, o las depresiones por no encontrar la pareja ideal? ¡Las farmacéuticas se están forrando! ¿O las páginas de contacto...? El mundo del amor es el mayor negocio del mundo.

Agaché la cabeza avergonzada, no podía creer que fuera tan inocente, ¿de verdad el mundo era como Víctor lo planteaba? Se sentó de nuevo a mi lado.

- Mírame Lucia.

Levanté la vista y me encontré con sus ojos, apagados y tristes.

- Trabajo en el mundo empresarial y lo veo todos los días. Veo como matrimonios que se juraron amor se traicionan por cuatro duros, veo familias pelearse por ver quien engaña más que el otro... Somos destructivos, el ser humano es destructivo, no construimos cosas hermosas, las poseemos para después destrozarlas

Comencé a llorar. Me pegó a su pecho y me abrazó

- No llores, el mundo no merece que llores.

No quería creer en un mundo como el que describía Víctor.

- Mejor que aceptes sinceramente lo que hay a que vivas ilusionada - dijo con amargura.

Me separé de él, me sequé las lágrimas y mirándole le dije:

- ¿No crees que te puedes enamorar? ¿No te puedes enamorar de mí?

Acarició mi rostro en silencio. Noté como pensó su respuesta hasta que dijo:

- No

Un no rotundo, un no que retumbó en el salón y en todo mi interior.

No respondí, aguanté mis ojos en los de él y reprimí mis ganas de llorar. Él continuó diciendo:

- Ya te he dicho que el amor no existe.

Se acercó a mi oreja y me dijo:

- Lo que tú y yo tenemos es buen sexo... del mejor... del que hacía tiempo que no tenía... sólo sexo...

Mientras hablaba bajaba su mano hasta mi sexo.

- El sexo es real, el sexo se vive, se disfruta... el sexo es placer.

Se levantó y extendió su mano, ofreciéndomela:

- Ven, vamos a disfrutar de un buen sexo. Te ofrezco eso, todo el tiempo que tú quieras... Sexo del mejor, sexo real.

Agarré su mano y me levanté. Quizás él tenía razón y lo único que era real era el sexo. Me condujo a la habitación donde me hizo disfrutar de nuevo de ese sexo tan bueno que construimos los dos. Antes de dormirme de nuevo entre sus brazos agotada de tanto placer, volví a cuestionarme si eran ciertas sus palabras. De ser verdad todas las cosas en las que había creído no eran reales. ¿Podría yo, Lucía, sobrevivir en un mundo como el que describía Víctor?

Salto al vacío

Me desperté sintiendo los rayos de sol sobre mi rostro. Víctor ya se había marchado. En su lugar encontré una nota en la que decía

Vuelve cuando quieras más de mí

Nos vemos el sábado para la boda. Un beso

Era lunes y tenía la semana libre de trabajo, me la había pedido para ayudar a mi hermana en sus preparativos. ¡Qué ironía! Tenía una semana por delante y no sabía a qué dedicarla.

Decidí ducharme antes de salir de allí. Cuando entré al aseo cambié la idea de la ducha por un baño, nada mejor para relajarse. Después de más de media hora ya estaba lista para salir de allí y enfrentarme de nuevo al mundo. ¿Por dónde empezar?

Me dirigí a casa para cambiarme de ropa y luego poder ir al hospital, como no me apetecía caminar opté por llamar a un taxi. Después de darle la dirección de casa me sumergí en la pantalla de mi móvil. Envié varios mensajes, uno para María preguntándole como estaba de su resaca, otro para Pablo para ver si tenía más trabajo para mí, me vendría bien ocupar la semana haciendo algo productivo. Ana ya había vuelto de su escapada familiar y, en nuestro grupo, pregunté si les apetecía hacer cena de chicas. Me dio tiempo también a entrar *en Facebook* y ver las últimas fotos que había publicado Alicia con su novio. Se les veía en una cena con amigos, contentos ¿felices?

Recordé las palabras de Víctor de la noche anterior, ¿sería la relación de mi hermana y su novio una falsa? ¿Estaban verdaderamente enamorados o realmente no existía el amor? Intenté ver más allá de las fotos, buscando un gesto que delatara la realidad, pero no vi nada, solo una pareja que sonreía mientras cenaba con amigos.

Al llegar a casa me encontré la puerta del apartamento abierta, al principio me asusté, pero pronto los gritos que me llegaron del interior me hicieron reconocer las voces de la Yaya y de mamá.

- Te he dicho que te quedes en la cama - gritaba mamá.

-¿Es que te crees que estoy invalida? - le replicó la Yaya.

- ¿Qué hacéis aquí? - les dije al entrar - ¿Y el hospital?

- Me han dado el alta - exclamó la Yaya con orgullo- pero tu madre quiere que me quede en la cama como una inválida ¡vamos! Para eso quiere que me quede y no me vaya al pueblo, me quiere convertir en una inútil - refunfuñaba entre dientes.

Mi madre estaba parada en el centro del salón mientras la Yaya lo recorría soltando todo un discurso sobre la inutilidad de las personas. Miré a mi madre, agaché los ojos hacia el suelo, me sentí desnuda, como si pudiera leer en mi interior y ver toda mi herida, las lágrimas amenazaron con aparecer, la miré de nuevo a los ojos y encontré el consuelo que necesitaba. Corrí a sus brazos. ¡Qué bien sientan los abrazos maternos! Pese a mi edad, refugiarme en ellos significaba aliviar el dolor, sanar las heridas. No sé el tiempo que estuvimos abrazadas, al separarnos la Yaya nos contemplaba desde una esquina con lágrimas en los ojos, rompió el silencio diciendo:

- Julián es un patanatas.

- Mamá- replicó mi madre- se dice papanatas.

- No hija, lo he dicho bien, es un patanatas, que todavía es más torpe que papanatas.

Las tres reímos.

- No te preocupes mamá -le dije -, me quedo con la Yaya. Además no tengo trabajo esta semana.

- ¿Estas segura?

- Si, no te preocupes.

- Prometer que no haréis nada malo.

- Lo prometemos - dijimos las dos al unísono.

Cuando se marchó mamá, convencí a la Yaya para que descansar un rato en la cama. Cuando logré que se acostara me tumbé a su lado.

- ¿En qué piensas, mi niña? - me preguntó.

- En nada.

- Esa cabecita está pensando cosas - decía mientras acariciaba mi cabeza - cuéntame en qué piensas.

Pensaba en mi última conversación con Víctor, en la sensación agri dulce que me había dejado al conocer cómo veía él el mundo, tan diferente a, como hasta ahora, lo veía yo.

- Pensaba en ti y en el abuelo – mentí.

Mi abuela suspiró, él era su punto débil.

- ¿Lo extrañas? - pregunté aunque sabía la respuesta.

- No

- ¿No? - dije verdaderamente sorprendida, esa no era la respuesta que esperaba.

- No, porque de alguna manera tu abuelo siempre está conmigo. Cuando me levanto por las mañanas preparo el café como hacíamos siempre juntos y me gusta tomarlo en nuestro rincón del patio, desde el que veíamos el amanecer. Hay días que me parece que lo escucho silbar, como hacía siempre, mientras esperaba que el café se le enfriara. Cada vez que me equivoco... Meto la pata con algo... Me parece escuchar su risa... Esa risa que te tranquiliza y le quita importancia a todo... Las noches, las noches son más duras... Hay noches que cierro los ojos y huelo su colonia... Hay noches que cierro los ojos y noto el calor de su cuerpo... De alguna manera él está conmigo... Mientras lo recuerde él está aquí...

Un nudo se posó en mi garganta, impidiendo que hablara.

- Si estuviera ahora mismo aquí, ¿sabes dónde estaría? - continuó diciendo mi Yaya - Con nosotras, en esta cama, ¿Sabes lo que te diría?

Sí, lo sabía, era una frase que nos decía cada vez que nos caíamos y acudíamos llorando a que la Yaya nos cuidara.

- No llores, todo pasa, el dolor pasa, quedara la herida que te recordara la caída y te enseñará a ser más fuerte.

Mientras mi abuela lo decía, me pareció escuchar la voz de mi abuelo y comprendí lo que anteriormente ella me había dicho, el recuerdo mantiene vivas a las personas.

- ¿Qué sentías por él Yaya?

- Ay mi niña - suspiró - Yo por el yayo... por él... estaba enamorada hasta los hueso, vamos. Y mira que me enfadaba de vez en cuando, con lo terco que era, pero con solo mirarlo a los ojos, se me olvidaba todo. No sé qué tenía el jodido.

Me di la vuelta y le miré el rostro, los ojos le brillaban y su cara mostraba una espléndida sonrisa.

- Ay mi niña - volvió a suspirar - Ya encontrarás a alguien que ponga tu mundo del revés, esa persona que llegue sin la que no puedas imaginar el resto de tu vida.

- Ay Yaya - suspiré y me di, de nuevo la vuelta dándole la espalda -, dudo que eso exista.

- No dudes cariño, existe. El amor es real. No te voy a decir todas las ñoñadas que dice la gente, para eso ya está el resto. El amor es real, pero también es muy duro. Tienes que cuidarlo, mimarlo para que crezca. Imagina una planta, una planta solo luce hermosa si la cuidas bien, lo mismo pasa con el amor. Habrá veces que se te olvide, que no tengas tiempo, que no tengas ganas, siempre hay que hacer el esfuerzo, sino el amor muere, desaparece.

Guardé silencio, recordé todas las veces en las que tanto Julián como yo habíamos dejado de cuidar nuestra relación, por vagancia, por desidia, por infinidad de tonterías hasta que habíamos conseguido que desapareciera.

Con la voz tomada por la emoción continuó:

- Tu abuelo fue la persona que elegí para que me acompañará en la vida y tuve la suerte de que él también me eligiera a mí... Mucha suerte... La vida, mi niña, es un gran salto al vacío donde puede pasar de todo... Es importante

agarrarse a la persona adecuada... Busca a alguien que sostenga tu mano durante la caída, que tengas la suficiente confianza para saber que nunca te soltará, pase lo que pase.

Mi abuela buscó mi mano y la aferró con fuerza, permanecimos así unos minutos, calladas, embriagadas por la emoción, ella por el recuerdo de mi abuelo, yo por la sensación de calidez que te ofrece el saberte sujetado por una mano amiga, una mano que no te va a dejar caer.

- Hoy la gente cree en tonterías... que si mucho ordenador... mucho posturoo...mucho buscar príncipes azules... tonterías, todo tontería... La gente se ha olvidado de creer en lo importante... En las personas de verdad... El amor es el mayor acto de fe, de confianza en el ser humano... Entregas tu vida a otra persona confiando que la respete y la valore. Esos son los grandes pilares de una relación. Si no hay respeto y confianza no hay amor.

La escuché atentamente deseando retener cada una de sus palabras.

- Parecéis buscar otra cosa, un sucedáneo, algo que no es amor, buscáis lo inmediato, queréis el aquí y el ahora y el amor es más que eso... El amor es un para siempre... No tengas prisa mi niña... Todo llegará... Y cuando llegue el momento sabrás a quien quieres coger de la mano para dar ese salto al vacío... Estoy segura de que el patanatas de Julián no merecía ese honor...

Mientras iba diciendo está última frase se fue quedando dormida, me giré y contemplé su rostro, acaricié su pelo blanco, las arrugas de sus ojos...

Me levanté con cuidado para no despertarla y me fui al salón. Un escalofrío me recorrió la espalda al dejar la habitación, por un momento, me pareció escuchar el silbido del abuelo. Toda mi vida había querido un amor cómo el de ellos dos, Víctor aseguraba que no existía, quizás estaba equivocada y lo que ellos vivieron fue algo único. El sonido del móvil me sacó de mis pensamientos. Lo miré y vi una notificación de los mensajes de *Facebook*.

¿Cómo está hoy mi rubia favorita?

Bien

Mentí, tampoco quería contarle los últimos hechos

¿Y tú, castaño?

*¿Solo castaño? ¿Castaño a secas?
¿Sin favorito, valiente, atractivo...?
¿Sin nada? Pero si tienes muchos adjetivos.
Anda, prueba con alguno*

¿Y tú mi dulce castaño?

Recordé su fijación por los caramelos y no se me ocurrió mejor adjetivo.

*Vale, dulce me puede valer. Yo echándote de menos, rubia. Así
estoy*

Aquí estaba de nuevo, la sonrisa que solo él sabía provocar.

Señales

¡Estás últimamente muy osado y directo!

¿Por decir que te echo de menos?

Si

*Es cierto. Te recuerdo que tenemos un trato.
Estoy intentando ser valiente, al menos con
las cosas que me importante de verdad,
creo que voy bien, ¿tú que crees?*

Si, vas mejorando

*Y tú parte del trato ¿cómo la llevas? ¿Has
pensado en ti?*

Era cierto pensé. Teníamos un trato. Lo había olvidado completamente, entre la Yaya, el hospital y todo lo que había descubierto de Julián.

No, han pasado cosas y no he podido

Siempre pasan cosas

Sí, pero no como las de ayer

¿Ayer? ¿Ayer te pasaron cosas?

¿Por qué se sorprendía de que ayer me pasaran cosas?

*Sí, ¿por qué te sorprende?
Después de ver a unos amigos
tuve un encuentro desagradable.*

No hubo una respuesta inmediata.

¿Quieres hablar de ello?

Dudé unos segundos hasta que respondí

No

Eso duele, no confías lo suficiente en mí

Por unos instantes dejó de escribir hasta que en mi pantalla apareció un nuevo mensaje suyo:

¿Quieres que dejemos de hablar?

No

Lo tenía claro, él, en este momento de mi vida, se había convertido en un bálsamo para mi mente.

Gracias

*No te lo cuento... no porque... no confíe en ti,
pese a no tener rostro,
eres una de las pocas personas en las que confío...
Pero, hoy, no quiero hablar de ello. Tampoco tienes que
conocer todas mis miserias, al menos eso dices tú
"No es la mejor forma para ligar" recuerdo que dijo alguien.*

*¡Ay, mi rubia! De ti me interesa todo, pero entiendo
que haya cosas que prefieras guardar.*

Gracias

Pero me debes un secreto

¿Yo?

Si, tú, no te hagas la sueca, ricitos de oro.

Reí, nunca me habían llamado así

¿Por qué te debo un secreto?

*El que no cumple la parte del trato paga prenda.
Así que te toca, cuéntame algo que solo tú y yo sepamos*

Tú eres mi mayor secreto

¿Yo?

Sí, no le he hablado a nadie de nuestra última charla

¿Te avergüenzas de mí?

*No, solo que me gusta que estés charlas sigan siendo
entre tú y yo*

A mí también

Ninguno de los dos escribió nada por unos segundos, al poco tiempo apareció un mensaje suyo

Si hablaras de nuestras charlas cómo las describirías

Nuestras charlas son sinceras

*¿Solo sinceras? Hoy estás de un soso para poner
adjetivos.*

Venga, castaño, dime tú como son nuestras charlas

*Nuestras charlas son lo mejor que me ha
pasada últimamente. Parezco un adicto
al móvil buscando siempre encontrarte
conectada y cuando veo el piloto verde de tu
chat, ni te imaginas la sonrisa tontorróna
que se me pone en la cara. Así son nuestras charlas.*

La verdad es que así era, tal y cómo las había descrito. Si ya me consideraba una persona activa en Internet ahora consultaba mi perfil en redes continuamente, pero sólo para saber de él, para hablar con él y tener esa sensación agradable recorriendo todo mi cuerpo.

Vale, reconozco que nuestras charlas son así

*Ay rubia, me gusta saber que te
provoco todo eso. Pero tenemos un
secreto pendiente. No me cambies de tema*

Pensé que lo ibas a olvidar

Soy muy persistente

*Ya te veo. Te cuento un secreto,
pero prometo no reírte. Nadie lo sabe. Nadie*

Por favor, me estás asustando.

*No, sólo que me da un poco de
vergüenza porque es algo infantil*

Prometo no reír

Dudé si contarle o no, pero al final, me atreví, él me había contado muchas cosas íntimas y yo todavía no le había dicho nada realmente importante sobre mí.

*Soy una maniática de los números capicúa,
siempre voy buscándolos, en las matrículas de los coches,
los números de teléfono, los tickets del
supermercado... Cualquier sitio donde haya un
número busco a ver si hay alguna posible
combinación de capicúas. Cuando veo uno
pienso que voy a tener buena suerte.*

No dijo nada, me lo imaginé riéndose de mi pequeña manía. Era una costumbre infantil. Me parecían mágicos los números que eran iguales los leyeras por donde los leyeras. Mi fecha de nacimiento era capicúa y siempre pensé que de alguna manera ver un número así significaba que el universo

quería decirme que todo iba a ir bien.

¿No dices nada? Seguro que te estás riendo

No, no me estoy riendo

¿Entonces?

*A mí me sucede algo parecido con las palabras.
Siento fascinación por los palíndromos*

¿De verdad?

Si

Sonreí y me lo imaginé buscando palíndromos en los textos como yo hacía con los números.

*AMA, fue el primero que me encontré
después de salir de un momento de
crisis personal. Se ha convertido en mi palabra
favorita y en mi propósito en la vida.*

Ama, pensé, después de los últimos acontecimientos pensaba que no era posible, pero la Yaya y ahora él intentaban demostrarme que sí, que se podía encontrar un amor verdadero. Quizás @arístoteles y sus palíndromos eran también señales, señales que me mandaba el universo para volver a enamorarme.

Mientras mi mente divagaba apareció otro mensaje suyo.

*En mis artículos intento escribir siempre uno
¿a qué no te habías dado cuenta?
A ver cuantos descubres ahora que te lo he dicho*

¿Me estás retando de nuevo?

Si

Te gustan los retos

Mucho

¿Para ti soy un reto?

*No, para mí no eres un reto, para mí
eres una señal del universo*

Guardé silencio y en mi pantalla apareció el siguiente mensaje

*El día que me hablaste por primera vez en el
chat estaba leyendo un texto donde
apareció la palabra ama, ¿te parece mejor señal?*

*¿Entonces si el universo no te
hubiera dicho nada, no me hubieras contestado?*

*Rubia, sabes la respuesta, siempre te
contestaría, aunque el universo me diga lo contrario*

¿Siempre me vas a llamar rubia?

*Siempre, y la primera vez que
nos veamos te lo susurraré al oído*

¿Nos vamos a conocer?

*Por supuesto, cuando estemos seguros
de lo que sentimos. Yo ya lo tengo claro,
ahora falta que tú sientas lo mismo.
Pero ya te dije, que esperaré a que estés segura.
Te esperaré*

Fue entonces cuando un sentimiento cálido se instaló en mi corazón. De pronto la Yaya me llamó desde la habitación, vi el reloj y vi que había pasado más de una hora.

Tengo que marcharme, me reclama mi familia

Dejé el móvil sobre la mesa y fui a ver lo que quería. La ayudé a incorporarse y salimos juntas al salón. Al sentarme de nuevo cogí el móvil y ya se había desconectado. Un sentimiento de tristeza me embargó hasta que vi la actualización de su estado en *Facebook: Nuevo grito de guerra: ¡Amad a la dama!* Sonreí, sólo él podía en una frase palíndroma lanzar una

declaración de intención. Le di a Me gusta. Y lo acompañé con un icono de una carita sonriente, la misma que me duró todo el día.

Las chicas pronto me contestaron a mi mensaje de *WhatsApp* diciéndome que hoy les era imposible, María todavía seguía recuperándose de la resaca y Ana tenía de nuevo sesión con su marido y la terapeuta matrimonial. No quise contarles nada de los últimos acontecimientos por el móvil, sabía que si les decía algo vendrían, callé, mejor así, mejor contárselo unos días después, cuando los sentimientos se hubieran asentado y pudiera contarlo sin llorar y sentirme tan mal. Aplacé la cena para cuando ellas tuvieran un hueco y me centré de nuevo en cuidar a la Yaya.

Pasamos así los días, ella y yo en mi apartamento, comiendo, descansando, viendo la tele, hablando... sobre todo hablando, de vez en cuando algún mensaje al móvil de las chicas para contarme alguna anécdota, pero nadie más, sin noticias de nadie más. Sin darnos cuenta llegamos al miércoles por la noche.

Esa tarde Pablo me había mandado un artículo para revisar, mamá había decidido preparar un pastel de no sé qué y la Yaya se había ofrecido a ayudarla, así que me senté en el sofá y con la *tablet* revisé el contenido de artículo. Era un texto formal sobre psicología con muchas palabras técnicas, pero de entre todas hubo una que me llamó la atención: RECONOCER. Allí estaba mi mente pensando en @aristóteles y sus palíndromos. Sonreí al recordarlo. Entré en *Facebook* para ver si estaba conectado, pero justo en ese momento el timbre de la puerta sonó seguido de un fuerte ruido, como si alguien se hubiera caído. Corrí hacia la puerta.

- ¿Alicia?

Me encontré a mi hermana tumbada en el suelo, con una botella de Ron en la mano, en un gran estado de embriaguez.

- He hablado con Jaime, no sabía dónde ir.

Apenas si le entendía lo que decía. Seguí parada en la puerta mirando como intentaba levantarse.

- ¿Puedo pasar?

Me preguntó una vez que ya estuvo incorporada, vi las lágrimas en sus ojos. El corazón se me paró.

Llega el clan Fernández

Le ayudé a levantarse y la guié hacia el salón de casa.

- ¿Quieres saber lo que me ha dicho Jaime? - dijo llorando.

Guardé silencio.

- Nada, no me ha dicho nada - respondió con el rostro inundado por las lágrimas.

- ¿Sabes lo peor? - continuó diciendo mientras me miraba -. Sus ojos, sus ojos llenos de decepción.

Terminó de decir la frase mientras se desplomaba en el sofá. Cogió la botella de ron, la destapó y le dio un trago. Me senté junto a ella.

- Y ¿ahora qué? - me preguntó - La he cagado bien... La he cagado con él, la he cagado contigo... Te juro que no sabía que era tu novio y cuando lo supe... Me equivoqué... Pensé que era mejor callar.

Apenas si se entendía mientras hablaba. Apoyé su cabeza contra mi pecho y la abracé. Dejé que llorara todo lo que quisiera. Es cierto que me había enfadado con ella, pero no quería verla así, no.

- No pasa nada - le dije, mientras acariciaba su cabello -. Todo se solucionará.

- ¿Tú me has perdonado? - me dijo ella despegándose de mí y mirándome a los ojos.

No pude mentirle.

- Si

- ¿Por qué me has perdonado si me porté mal?

- Porque eres mi hermana, porque te quiero, porque te equivocaste y lo reconocido, porque no querías hacerme daño, sólo querías protegerme, porque si no te perdono ¿con quién me voy a volver a enfadar?

Lloró todavía más, pensé que no era posible. Sonreí, hasta cierto punto la situación tenía un poco de comicidad.

- No te rías - gritó con el rostro empapado en lágrimas.

- ¡No me río!- dije, pero no era cierto - anda ven, vamos a por un buen café, una ducha y solucionar las cosas con Jaime.

La dejé en el sofá mientras iba hacia la cocina a preparar la cafetera bien cargada de café, después la acompañé hasta el baño. Le ayudé a quitarse la ropa, mientras ella se duchaba, esperé sentada en el suelo del baño.

- ¿Por qué eres tan buena, Lucia? - me preguntó.

No dije nada. Asomó la cabeza llena de espuma por la cortina del baño y me dijo:

- Gracias

- Y ahora ¿qué he hecho?

- Cuidar de mí.

- Para eso están las hermanas.

- Sí, pero se supone que yo debería de cuidar de ti por ser la mayor, pero siempre es al revés, siempre me salvas el cuello.

- Anda termina la ducha, que tenemos que arreglar una boda.

Sonrió y continuó con su baño. Le dejé uno de mis pijamas. Cuando estuvo vestida, se sentó en el suelo conmigo y le arreglé el cabello, como muchas otras veces había hecho. Lo hacíamos desde pequeñas, siempre sentadas en el suelo, nos habíamos peinado la una a la otra.

- ¿Tienes un plan? – preguntó.

- Vamos paso a paso, primero que estés despejada y luego ya veremos.

En ese momento sonó el caracoleo de la cafetera avisando que el café estaba listo. Fuimos hacia la cocina donde serví dos tazas bien llenas. A ella le haría falta para la borrachera, a mí, porque intuía iba a ser una noche muy

larga. Apoyadas en la mesa de la cocina, bebiendo nuestras tazas, le pregunté a mi hermana:

- ¿Quieres a Jaime?

- Si

- ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que es él?

- Nunca he estado más segura de una cosa en toda mi vida.

La miré sorprendida y continuó hablando:

- No sabes lo afortunada que me sentí cuando él y yo comenzamos a salir. Más que si me hubiera tocado el premio gordo de la lotería. ¿Conoces la sensación esa de sentirte acompañada? Así me siento con él.

- Eres afortunada.

- Era - me corrigió- Siempre he pensado que cuando Jaime descubriera como era realmente huiría como hacían todos. Pero no lo hizo. En cada una de mis locuras él seguía allí, y no sólo no se iba si no que las entendía y las comprendía. Lo que más me asustaba era decepcionarlo, que llegara el día en el que sus ojos no viera reflejado el amor que me tiene. Hoy lo he hecho, hoy lo he decepcionado.

Alicia volvió a llorar. La abracé de nuevo. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Allí parado tras la puerta estaba Jaime, con la cara descompuesta totalmente.

- Llevo horas llamándote, buscándote - dijo dirigiéndose hacia Alicia - ¿Dónde estabas?

- Yo- balbuceó ella secándose las lágrimas del rostro.

- Si esta es tu manera de boicotear la boda que sepas que no te voy a dejar, no....no.... - repetía como loco desplazándose por mi cocina.

- ¿Te quieres casar conmigo? - preguntó Alicia levantando la mirada hacia él con temor.

- Vamos que si nos casamos, Ali, aunque te tenga que llevar atada al altar

- continuó él hablando sin dejar de recorrer cada minúsculo espacio de mi apartamento -. Ya avisó tu madre que cometerías alguna locura. Estábamos todos prevenidos pero esto no me lo esperaba.

- ¿Te quieres casar conmigo pese a haberlo arruinado todo? - volvió a preguntar Alicia.

- ¿Qué has arruinado? - se detuvo Jaime a contemplarla.

- Te he contado lo de Lucia y Julián, lo arruiné.

Jaime se acercó a ella, sujetó su rostro entre las manos y la besó.

- Eso a mí no me preocupa. Julián fue antes que yo, Lucía y tú tendréis que hablar.

- Me miraste como si te hubiera decepcionado.

- ¿Cuándo?

- Cuando te lo conté.

- No, no estaba decepcionado, estaba preocupado. Sé lo que quieres a tu hermana, sé lo que os queréis las dos, no quería que esa discusión empañara el día de nuestra boda.

- Te quiero

- Y yo a ti tontina, me he enamorado de la mujer más loca del universo - gritó Jaime.

Se besaron con ternura, con todo el amor que llevaban dentro. Había contemplado la escena desde fuera, como un mero espectador pero había podido contemplar como ambos se miraban con esa devoción que da un amor sincero. Agradecí que mi hermana fuera afortunada, quién sabe si el amor es solo un privilegio de unos pocos y el resto debemos de confirmarnos con migajas, con pequeños destellos.

- ¿Qué nos hemos perdido? - gritó desde la puerta la Yaya.

Tan ensimismada estaba con la escena de Alicia con su novio que no había notado la presencia de mi abuela y mi madre en casa. Cuando miré

hacia ellas venían cargadas con infinidad de dulces.

- Hoy toca noche de chicas - gritó mi madre emocionada mientras descargaba en la mesa del salón todo lo que ha traído.

- Nos alegramos mucho que hayas hecho las paces con Jaime - continuó la Yaya- pero debes de irte.

Cogió a Jaime y lo empujó hacia la puerta no dejaba de gritar.

- Hoy el clan Fernández se reúne, hoy el clan chicas Fernández se reúne...

Jaime le lanzó un te quiero a Alicia antes de marcharse, mientras era empujado por mamá y la abuela fuera de casa. Mientras contemplaba la escena un mensaje de *WhatsApp* llegó a mi móvil.

*Lo siento, no podré acompañarte a la boda, viaje de última hora.
Te aviso en cuanto vuelva*

¿Y ahora qué? ¿Víctor me dejaba sola? Ahora tocaba enfrentarme sola a la boda y escuchar a muchas personas opinar sobre mi vida, que por qué la ruptura con Julián, que ya debería de estar casada, que se me pasará el arroz...

De pronto el móvil desapareció de mis manos, levanté la vista y me encontré con la Yaya que me dijo.

- Está noche nada de móviles, solo nosotras, las mujeres del clan Fernández. ¡Vamos a disfrutar!

Sonríe, no quería imaginar la noche que me iba a esperar con ellas.

Una mirada color miel

- Pero ¿qué es todo esto? - preguntó Alicia.
 - Una noche de chicas, antes de que te cases - contestó la Yaya.
 - ¿Cómo sabíais que iba a estar aquí? - dije sorprendida.
 - No lo sabíamos - respondió mamá - teníamos un plan para traerla aquí.
 - Todo esto de Jaime nos ha venido de perlas - sentenció la abuela.
- Comenzaron a sacar comida de las bolsas que trajeron, dulces, helados, chocolate y, el pastel que habían hecho, un pastel casero de chocolate que Alicia y yo adorábamos.

- Estoy exhausta - dijo la Yaya mientras se dejaba caer en el sofá.

- Por Dios madre, si estás mal vamos al hospital ahora mismo - dijo mamá dirigiéndose a ella inquieta - Sabía que toda esta actividad no era buena para ti.

- Estoy bien - le replicó ella - ¡Si no me has dejado hacer nada, de nada, eso sí que me da estrés!

Alicia y yo reímos, menudo par, seguro se pasarían toda la noche discutiendo.

Después de llenar la mesa pequeña del salón con todos los dulces que nos gustaban nos sentamos a degustarlos, mamá y la Yaya en el sofá, Alicia en un pequeño sillón y yo en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Desde mi posición podía ver a las tres, no quería perder detalle de nada de lo que pasara. Últimamente habíamos tenido pocas ocasiones para estar juntas, en armonía, y me apetecía guardar cada recuerdo de esta velada. Saqué el móvil e hice fotos, una de todas ellas, otra sólo donde se veía la mesa y las manos de la Yaya cogiendo una galleta. Publiqué en *Facebook* la segunda bajo el epígrafe de *Momentos únicos*, segundos después llegó su Me gusta, ahí estaba @aristóteles, siempre pendiente. Sonreí. Se había convertido en un juego agradable, casi adictivo.

- Recuerdo la noche previa a mi boda - comenzó a contarnos mamá -. Tu

abuela se encerró conmigo en el dormitorio con una gran caja de helado.

- Qué mal lo pasé - la interrumpió la Yaya.

Ambas se miraron y rieron con la complicidad de compartir un recuerdo.

- No paraba de dar vueltas por la habitación, comiendo helado y diciendo que tenía que contarme algo importante - continuó mamá -. Pensé que iba a decirme que se había anulado la boda, que vuestro padre había huido...

- ¿De verdad pensaste eso? - preguntó Alicia - Pero si papá adora el suelo por donde pisas.

Mamá miró a Alicia y sonrió al escuchar esas palabras.

- Pues sí, pasaron por mi cabeza un montón de ideas, a cual más descabellada, ¿quién iba a pensar que mi madre me iba a hablar de sexo? - bufó mamá - ¿A quién se le ocurre con 20 años venir a contarme lo de la abejita y la flor?

- ¡Yo que iba a saber que no eras virgen! Siempre te imaginas a tus hijos castos y puros, igual que vosotros os imagináis a los padres, sin hacer nada, que parece, de verdad, que os creéis que los niños vienen con la cigüeña - soltó la Yaya de golpe.

- ¡Abuela por favor! - gritamos Alicia y yo al unísono.

- No cuentes nada - remató mi hermana -. No quiero tener esas imágenes en mi cabeza.

- ¿Y le contaste lo de la abejita y la flor? - pregunté con los ojos llenos de lágrimas de tanto reír imaginando la situación de mamá y la Yaya.

- Vamos que si me lo dijo, me habló de sexo como si tuviera cinco años - contestó mamá -. Estaba muerta de la vergüenza, pero no me lo dijo a las 12 de la noche para que pudiera dormir, no, me lo soltó a las 6 de la mañana. Me tuvo toda la noche despierta viéndola dar vueltas y comer helado. Así llegué a mi boda, muerta de cansancio.

- ¡Yaya! - exclamó Alicia mientras miraba a la Yaya.

- No me recrimines - dijo mi abuela -, pasé más vergüenza que ella. Ni os cuento como me lo dijo a mí mi madre.

- ¿Cómo? - preguntamos la tres al unísono.

- Me tuvo también toda la noche en blanco, esperando que me dijera algo, al final me soltó, tu hija tranquila y déjate hacer, al final cuando repetimos tanto es porque nos gusta. Si no te gusta ahora, ya te gustará. Imaginaos como llegué a la noche de bodas. Una no es santa y algo habíamos hecho, pero del todo no. Yo iba muerta de nervios por no saber qué hacer esa noche y el otro también, menudo par.

Guardó silencio y vimos cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

- Al final íbamos tan cansados y tan nerviosos que lo único que hicimos fue besarnos bajo las sábanas y dormir abrazados. Fue la primera vez que desperté junto a él. Cuando abrí los ojos estaba sentado a los pies de la cama mirándome. Creí que moriría de vergüenza porque no iba arreglada para él. Él me dijo que aún estaba más bella. Así era vuestro abuelo.

Todas callamos y la miramos, sus ojos estaban perdidos y brillantes.

- Hay gestos que son más íntimos que el sexo - sentenció - Son gestos que te permiten conocer bien a tu compañero de vida. Tuve mucha suerte con vuestro abuelo, espero que vosotras tengáis la misma suerte.

- ¿Cuándo supiste que estabas enamorada del abuelo? - rompí el silencio que se había instalado en la habitación.

- Ay, mi niña, él lo tuvo claro siempre, desde que me vio. A mí me costó más, también era más niña.

Comenzó a contarnos. Siempre habíamos escuchado la versión del abuelo, la historia de un amor épico, valiente, paciente... Nunca la visión de ella.

- Él siempre decía que se enamoró a primera vista, y supo esperar. Yo, al principio, cuando se presentó en casa a pedir mi mano... era una niña... huí despavorida... lo último que quería era casarme y menos con un desconocido... quería seguir jugando, no tenía ninguna prisa por crecer.

Mientras contaba la historia sus ojos se volvieron a perder y notamos

como su mente se trasladaba a aquellos años, una sonrisa se le instaló en la cara, la misma que siempre tenía cuando hablaba de él.

- Tu abuelo fue muy bueno, muy educado... Desde ese día lo veía en todos sitios... He de reconocer que al principio lo aborrecí...Era como el hombre malo que quería separarme de mi casa... después... después no podría imaginar mi vida sin él... Allí estaba él, siempre, parado, a cualquier sitio que fuera... No hacía falta que me dijera nada, siempre sentía su mirada sobre mí. Y así pasaron los años, sin palabras, pero con unos ojos color café que me perseguían, y me fue acostumbrando a ellos, y conociéndolos. Con los años aprendí cuando estaba triste, cuando era feliz, lo que le molestaba... ¿sabéis? cuando algo le molestaba guiñaba los ojos, no sé por qué, pero siempre sabía cuándo estaba enfadado por sus guiños.

Sonrió de nuevo, sonreímos todos recordando al abuelo.

- En esos años me acostumbré a él... y lo conocí... me di cuenta que era trabajador, respetaba mucho a las mujeres, siempre sonreía... y un día hubo una verbena, y allí estábamos todos los jóvenes en el pueblo... ninguno se había acercado a mí porque él había sentenciado a todos que se iba a casar conmigo, las mujeres tampoco se le acercaban a él por lo mismo, se lo había dejado claro a todos. Ese día, lo recuerdo perfectamente, era agosto, hacía un calor horrible, llevaba un vestido de tirantes, blanco, que me acababa de regalar mi madre. Cuando llegué a la plaza lo primero que hice fue buscarlo... no lo encontré... suspiré aliviada... pensaba que podía relajarme... pero todo lo contrario... me pasé toda la tarde esperándolo, buscándolo... Corrió el rumor de que había llegado una chica nueva al pueblo, de esas que venían en vacaciones, una rica de la ciudad, y dijeron que uno grupo se había ido al río. Casi muero de celos. Estaba a punto de llorar cuando ese supuesto grupo apareció en la plaza, allí estaba la chica nueva, lo busqué a él entre ellos... no estaba... suspiré aliviada por un lado, pero por otro estaba inquieta... quería verlo... Fue la peor verbena de mi vida.

Suspiró recordando aquella tarde, y continuó:

- A la mañana siguiente mi madre se enteró que había cogido un catarro y no pudo asistir. Estuve una semana sin verlo. Cuando volví a ver esos ojos color café, lo miré directamente y le sonreí. Tu abuelo siempre decía que fue en ese momento cuando supo que lo había aceptado... me reconoció que hasta

ese día tuvo miedo de que no quisiera casarme con él... Siempre decía que si lo hubiera sabido se hubiera resfriado antes... Desde esa semana siempre nos buscábamos, sin decirnos nada, sólo con la mirada... sé pueden decir tantas cosas sólo con los ojos.

Miré sus ojos y, era cierto, vi en ellos todo el amor hacia el abuelo, vi también a una persona valiente, amable, sincera... Vi a mi Yaya.

Me levanté de mi sitio y fui a abrazarla. Me tropecé también con los brazos de mamá y Alicia que habían sentido el mismo deseo que yo.

- Vamos - gritó ella mientras la abrazábamos - que esa noche no es para llorar, es para hacer reír a la novia.

Regresamos a nuestros sitios sonriendo, esa era mi Yaya.

Pasaron la velada contando más anécdotas, conocimos secretos de mamá que no habíamos imaginado, Alicia confesó cómo fue su primera cita con Jaime... Ellas contaban sus historias de amor... y yo escuché, sólo escuché, sin ninguna anécdota qué contar, ninguna historia memorable, ningún amor valiente, osado, duradero... ningún amor que contar.

Mientras ellas contaban sus historias de amor... pensé en los ojos de Julián, cuando los miraba nunca noté la complicidad de la que hablaba la Yaya. Recordé los ojos azules de Víctor y la intensidad que adquiría su azul cuando notaba su deseo, pero solo eso, solo había visto en ellos deseo, y... me acordé de un castaño, y mi mente evocó unos ojos miel, dulces, serenos... unos ojos miel que había visto en algún sitio... ¿De quién era esos ojos miel que parecían mirarme desde lejos? ¿Dónde los había visto? ¿Por qué me recordaban a él? Y con esos ojos me dormí, en un sueño placentero, dulce como ellos.

Viva la vida

Me despertó un olor a café que provenía de la cocina, allí seguían la Yaya y mamá con sus bromas, Alicia dormitaba en el sofá. Al intentar incorporarme del suelo, me di cuenta que mi espalda se había resentido de una mala postura. Pedía a gritos una sesión de relajación. Se me ocurrió una idea. Cogí mi móvil y avisé a las chicas:

Yo: ¿Os apuntáis a una sesión de spa esta tarde?

No tardaron en contestar.

María: qué buena idea! Cuenta conmigo

Ana: tengo que preguntar a Ginés

María: ¿Qué tienes que preguntarle?

Ana: Según la terapeuta tenemos que compartir todo y ayudarnos para que los dos podamos disfrutar de tiempo libre como individuos y como pareja

Maria: la terapeuta es gilipollas

Yo: María, la boca

Ana: lo llamo y le pregunto si se puede quedar con los niños y ahora os digo

Esperé solo cinco minutos, cuando mi móvil volvió a vibrar.

Ana: Si, contad conmigo

Sonreí, solo quedaba convencer a Alicia:

- Ali, esta tarde no hagas planes que te vienes con las chicas y conmigo al spa.

- Pero Lucía -me contestó - ¿sabes todo lo que tengo que hacer?

- Relajarte y casarte - le contesté - es lo único que te queda por hacer.

Alicia me miró enfadada.

- Sólo son unas horas, Ali, unas horas - le dije con tono de súplica - nos lo merecemos, después de estas semanitas.

- Anda hija - dijo mi madre - yo te ayudo luego con lo que sea.

- Está bien - respondió Alicia - está bien, además me vendrá bien un masaje para la piel.

Quedamos sobre las siete para dirigirnos a un spa muy conocido. María había conseguido, gracias a uno de sus contactos, que nos hicieran un circuito completo y después había reservado en un restaurante próximo. Las chicas nos esperaban allí. Fue una tarde muy agradable. Sentir el agua caliente y las burbujas en el cuerpo me ayudó a olvidar, a relajar la tensión de las últimas semanas, pero cuando recibí el masaje, parecía que mi cuerpo volvía a fluir de nuevo. La sensación de relajación con la que acudí a la cena era increíble. El restaurante era de diseño, me llamó la atención que a través de unas *tablets* que había en las mesas se podía realizar el pedido de nuestra cena. Nos habíamos sentado en una terraza con unas vistas impresionantes a una de las montañas que rodeaba la ciudad.

- Estas vistas me recuerdan a la casa de tu hermano - dije, recordando el salón de Pablo, con el gran ventanal

- Hablando del rey de Roma por la puerta asoma - respondió Alicia

Aparté la vista de la montaña y vi a Pablo entrar acompañado de una atractiva pelirroja. Sonreían los dos y se notaba entre ellos cierto grado de familiaridad.

- ¿Quién lo acompaña? - pregunto Ana, fue ella la que puso voz a lo que todas pensábamos.

- Ni idea - contestó María - pero nos vamos a enterar.

Se levantó rápidamente de la mesa y se dirigió hacia su hermano, que en ese mismo momento hablaba con el camarero solicitando mesa para cenar. Al cabo de unos minutos vimos cómo se acercaban a nuestra mesa, los tres,

María, Pablo y la despampanante pelirroja.

- Chicas, les he invitado a que se sienten en nuestra mesa - informó María - ¿No os importa verdad?

- No - respondimos todas al unísono.

Pablo notó nuestras miradas interrogantes hacia su acompañante y acto seguido inicio la rueda de presentación.

- Ella es Alba, mi editora.

En ese momento llegaron dos camareros con lo necesario para acomodar a Pablo y Alba en nuestra mesa.

Alba resultó ser una chica muy agradable, nos contó que era la responsable de su empresa en vigilar que Pablo cumpliera todos los plazos, y estaba muy agradecida por trabajar con él. Pablo le informó que yo le ayudaba en las correcciones de sus textos y ella me sonrió gratamente. Resultó que era madre de una niña de dos años y una mujer felizmente casada. Envidié su vida. ¿Cuántos años podría tener? ¿Los mismos que yo? ¿Uno más arriba o más abajo? ¿Cómo lo había conseguido? Repasé todas las decisiones que había tomado en mi vida, que me habían llevado a la situación actual y me di cuenta, que nunca había decidido nada realmente, las cosas habían llegado a mi vida, las había tomado sin plantearme si quiera si era eso lo que quería hacer. Encontré trabajo y seguí allí, sin preguntarme si era el trabajo que quería hacer... Era algo cómodo que me solucionaba la situación...Apareció Julián y sí me enamoré de él, pero también todo fue por inercia, cuando teníamos una crisis, no me planteaba que no encajábamos, sólo intentaba que funcionara... Al final me perdí en la relación...

- Lucía - escuché como me llamaba Alicia.

Volví a la mesa, dejando a un lado mis pensamientos.

- Estamos esperando que nos digas qué quieres pedir para beber - me dijo mi hermana mirándome con cara de sorprendida.

- Un *Martini*, por favor - le respondí.

- ¿*Martini*? - me preguntó Ana con asombro - ¿Tú nunca pides eso?

- Quiero probar cosas nuevas- dije con rotundidad.

Noté todos los ojos puestos sobre mí. Ana marcó la bebida en la *tablet* con cierta incertidumbre.

- ¿Qué pasa que no puedo probar cosas nuevas? ¿Es que está vetado para mí? - les respondí un poco molesta.

- No - respondió Ana - solo sorprende, no está vetado para nadie.

Terminamos de pedir la cena, un menú degustación de platos que sonaban muy raros pero que parecían muy exquisitos.

- ¿Qué tal la boda Alicia? - preguntó Pablo cambiando el tema de conversación de la mesa.

Lo miré y le agradecí el gesto, él me sonrió.

Alicia comenzó a hablar y durante unos minutos sólo hubo boda, nervios, vestidos, preparativos... Aprovechando que Alicia nos deleitaba con todos los problemas que le habían surgido al organizar la boda, mi mente seguía divagando. Pensaba en mi *Martini*, en lo que simbolizaba, en salir de mi zona de confort y arriesgar por aquello que realmente me importaba. Quizás no tenía que haberlo pedido, quizás tenía que seguir así. Noté revuelo en la mesa, dejé mis pensamientos aparcados.

- ¿Qué sucede? – pregunté.

- Nuestro pedido ya va a llegar - contestó Ana.

- ¿Cómo lo sabes? – dije.

- Salimos ya en pantalla, ya vienen a servir - contestó Pablo muy risueño.

Miré hacia donde indicaba Pablo y vi Mesa 11 Preparando para servir. Sonreí. Un número capicúa. Una señal, una señal de ¿qué? La mesa pronto se llenó de cosas, mi copa, que resultó estar muy buena, y platos, pequeños, pero exquisitos. Me relajé, no era momento para perderme en mi cabeza, lo único que quería era disfrutar de mi hermana y mis amigas.

Siguieron los platos y más *Martini*... Alba propuso un lugar de copas para

rematar, Alicia se negaba, pero la pelirroja la convenció... Más copas, más risas... Mi mente se volvía más liviana... qué fácil era la vida sin equipaje... Después de ese local, vinieron dos más, más protestas de Alicia, más risas, más bailes... Le confesé a Pablo que me gustaba cómo escribía, le confesé que adoraba las vistas de su casa, le confesé que me moría por conocer a @aristóteles... Él ¿me acarició el rostro? Entre el alcohol, la música y la gente ya no sabía que era real y que no.

No recordaba nada más, lo último que recordaba era bailar descalza sobre el césped del parque *Viva la vida*... qué fácil es vivir tan ligero pensé, sin presiones, sin miedos, sin nada... giré y sentí que iba a caer, unos brazos me sujetaron...después todo se puso blanco...

El sol me daba en los ojos pero no los podía abrir, no los quería abrir, sentía unos brazos que me rodean, mi cabeza reposaba sobre un pecho firme, sabía que era un hombre, sabía que me abrazaba un hombre... ¿qué había pasado la noche anterior?

No recordaba mucho. Iba vestida, no era todo lo malo. Iba abriendo los ojos poco a poco, con miedo a lo que iba a encontrar, reconocía la habitación, era la estancia de Pablo que tanto me gustaba. Allí estaban también Alicia, Ana, María, Alba... Cada una durmiendo en un sofá, unas apoyadas sobre otras, me giré, y vi quien me sostenía, de quien era los brazos que me rodeaban, eran de Pablo. No me quería mover, no quería salir de allí.

Poco a poco notaba como el grupo se incorporaba, Alicia se quejaba del dolor de cabeza, Alba se apuraba porque tenía que coger un avión para volver, Ana maldecía, tenía 20 llamadas perdidas de Ginés, María estaba en estado de shock mirando su móvil. Sentía el cuerpo de Pablo moverse tras de mí, sentía como despegaba sus brazos de mí, ¿qué pasó anoche entre los dos para terminar así?

- Qué pasa María - escuché su voz tras de mí.

- La he fastidiado, la he fastidiado bien fastidiada - dijo María.

Todos la miramos, esperando respuestas.

Un pícaro acompañante

- María - preguntó Pablo -, ¿qué pasa?, Vamos, hermanita, que seguro que no es tan malo.

Se acercó a ella y la cogió de las manos. Todos esperamos una respuesta.

- ¿Te acuerdas del fin de semana pasado y mi pelea con Carlos? - comenzó a decir ella - Me recriminó que no lo invitará a la boda de Alicia, me dijo que si me daba vergüenza nuestra relación que siempre lo tenía alejado de mis amigos.

María se incorporó del sofá y deambulando por la habitación continuó con su soliloquio.

- ¡Como si echar cuatro polvos al mes fuera una relación! ¡Como si tuviera que jurarle amor eterno! Él, que va de cuánto te quiero, y luego seguro que es como todos, que te jura por un lado y te la mete por otro ... Mira Julián - y señaló hacia mí - y mira Ginés - dijo esto último mirando a Ana - y miraré tú, hermanito, a ti también te traicionaron.

- Cariño, que nos haya pasado a nosotros no quiere decir que te vaya a pasar a ti - le respondió Pablo -, aquí tienes a dos personas que no les ha pasado Alba y Alicia.

Guardó silencio.

- Pero les puede pasar - respondió María segundos después con los ojos llenos de lágrimas.

Pablo extendió sus brazos y la refugió en un cálido abrazo.

- Quien no arriesga no vive.

María se separó de él y lo miró fijamente.

- ¿Tú estás arriesgando últimamente?

Pablo asintió. María le devolvió un cálido abrazo a su hermano.

- ¿Con quién? - preguntó ella de nuevo.

- Ahora no es el momento - le respondió él - pero creo que te va a gustar.

María se acercó al oído de Pablo, y le susurró algo que el resto no pudimos escuchar, sólo pudimos ver una enorme sonrisa en el rostro de él.

- Anda, dinos cómo las has fastidiado con Carlos - preguntó él algo sonrojado.

María se separó de él y se sentó en un rincón del sofá y comenzó con su relato. El fin de semana anterior habían planeado una de sus escapadas románticas, esas que hacían en secreto pero que todos conocíamos. Durante la escapada ella le estuvo hablando de la boda de Alicia y él se ofendió. Según nos contó María, Carlos se sentía preparado para dar el siguiente paso en la relación y ser una pareja normal, ella era la que estaba dando largas. Ese fin de semana él le puso un ultimátum o iban a la boda juntos o se había terminado cualquier tipo de relación con él. Ella huyó ante la presión y terminó refugiada en una gran borrachera. Llevaba sin saber nada de él, hasta el día de ayer.

- ¿Qué hiciste?- preguntó Alicia.

Esperamos todas en silencio a que María nos contestara.

- En medio de la borrachera, le mandé un mensaje al móvil y le dije que sí - respondió María apenada - que podía venir a la boda conmigo.

Alicia, Alba y Ana se levantaron de sus sitios y corrieron a abrazarla. Me quedé en el sofá mirándola y sonriendo, por fin se había atrevido y ahora estaba llena de miedos. Pablo, al igual que yo, contemplaba la escena desde fuera, por un momento nuestras miradas se cruzaron y sonreímos cómplices por la valentía de María.

Cuando las chicas terminaron de abrazarla, fue el turno de Pablo, María al sentir los brazos de su hermano se arrancó a llorar.

- ¿Y por eso estás así? - dijo Pablo.

- Sí- respondió ella -, tengo miedo, yo nunca quería relaciones estables...

Mira... Le acabo de decir que si... Y si terminamos... Y si no funciona... Y si nos peleamos y dejamos de ser amigos...

- Ya - le respondió Pablo - demasiados y si pero te olvidas de uno, y si funciona. Has hecho muy bien, estoy muy orgulloso de ti.

- Pero, yo iba a ir a la boda contigo, ahora no podrás venir - afirmó María

- Puede ir conmigo - contesté yo

Noté como todos los ojos de la habitación se posaban sobre mí.

Levantándome del sofá continué diciendo mientras miraba a Pablo:

- Me he quedado sin acompañante, Víctor me ha dado plantón en el último momento, y pensaba ir sola, me vendría bien un acompañante para librarme de todos los familiares pesados que me pregunte por mi reciente ruptura con Julián.

- Perfecto - dijo María.

Miré a Pablo y él asintió. Sonreí. Pablo en el poco tiempo que llevaba se había convertido en una pieza más del grupo, no me imaginaba ya salir sin que él estuviera presente.

Continuamos con risas dándole la enhorabuena a María por esa decisión, ella, gracias a nuestras palabras, se sentía un poco más segura de lo que había hecho.

Abandonamos pronto la casa de Pablo, cada una con un destino marcado, Alba volvía a casa encantada de haber pasado la noche con nosotros, Ana se enfrentaba a una discusión con Ginés, por haber desaparecido más tiempo del pactado, esperaba que eso no afectara a todos los avances que habían logrado estos días, Alicia y yo nos fuimos a casa para prepararnos para una boda. Dejamos a María y a Pablo solos, por lo que deduje, los dos hermanos tenían mucho de lo que hablar, una contarle todo lo de Carlos, y el otro hablarle de ese secreto que habían compartido en el abrazo. ¿Estaría interesado en alguien? ¿Quién sería?

El día pasó de lo más normal. Entre Jaime y mamá habían terminado de repasar todos los flecos de la boda y Alicia y yo pudimos descansar, lo

agradecí, mi cabeza no estaba para muchas fiestas ese día. Esa noche Alicia se quedó a dormir en casa, alejada de su novio y de la casa que estaban compartiendo juntos. Dijo que quería pasar su última noche de soltera en familia y así lo hicimos. Cenamos todos juntos, papá, mamá, la Yaya y yo. Sería unas de las últimas veces donde estaríamos así, nuevos miembros iban a llegar a la familia. Un sentimiento agradable me recorrió el cuerpo al pensar en ello y lo feliz que Jaime hacía a mi hermana. Era bienvenido a nuestro hogar.

Mamá nos envió muy pronto a la cama con la excusa de que al día siguiente nos tocaba madrugar para cumplir con todos los horarios. Cuando me despedí de mi hermana con un abrazo de buenas noches, casi lloro de la emoción, mañana sería para ella un gran día.

No dormí nada, los nervios se apoderaron de mí. Ni Internet, ni libros, ni una buena peli podían apaciguar los nervios de mi estómago ¡y eso que no era la novia! Cuando sonó el despertador a las seis y media de la mañana había conseguido dormir solo una o dos horas, entre la resaca del día anterior y la noche en vela tenía una cara espantosa. Intenté hacerme la remolona pero en seguida llegó la Yaya y me sacó a gritos de ¡vamos a llegar tarde a todo!, me preparé el café y emprendí rumbo a un día agotador.

Comenzamos por la peluquería, allí estábamos las cuatro, primero arreglaron a mamá, luego la Yaya, y por último yo. Para Alicia había una peluquera exclusivamente que luego nos acompañaría a casa para ponerle el velo. Mi hermana optó por un recogido muy sencillo de corte romántico que iba a juego con el estilo de su vestido de novia. Yo opté por un recogido bajo con trenza, no me duraban mucho ese tipo de peinados, y esperaba que cuando llegara al banquete tuviera todavía la trenza. Después de la peluquería corrimos a maquillarnos, allí de nuevo una persona solo para Alicia y el resto de las mujeres de la casa tuvimos que esperar nuestro turno. Cuando terminamos me gustó el resultado, un maquillaje muy suave pero bien definido marcaba mi rostro.

Volvimos a casa para el vestuario. Corrí a mi apartamento cogí el vestido y las sandalias y baje a casa de mis padres donde mi hermana se iba a vestir. Comenzamos por ayudarla a ella. Cuando terminamos estaba preciosa.

- Ay mi niña, pareces una princesa – dijo la Yaya secándose las lágrimas

que comenzaban a aparecer en su rostro.

Mamá sólo se acercó a ella y la besó, no pudo decir nada sin arrancarse a llorar.

Yo, yo tenía un nudo en la garganta que no se iba con nada. Me agarré al brazo de papá con fuerza y agradecí el dulce abrazo que él me dio.

Mientras la maquilladora y la peluquera le daban los últimos retoques corrí para estar lista a tiempo. Había elegido un vestido de la diseñadora Silvia Navarro, tenía el cuerpo de tul bordado en tono blanco roto y dorado, el escote en forma de U decorado con ondas y con la espalda al descubierto. La falda era corta, doble y de seda.

Pronto la casa comenzó a llenarse de conocidos y amigos que querían acompañar a la novia, entre ellas estaban mis chicas. María con Carlos, los dos muy felices, y cogidos de la mano. Me alegré mucho por ella. Ana y Ginés también aparecieron muy pronto. Pregunté a mi amiga por el enfado de su marido y me dijo que no me preocupase, su respuesta me inquietó, sobre todo cuando noté como sus ojos se llenaban de lágrimas. Ahí, parado en la puerta de casa, se encontraba Pablo, iba con un traje negro, camisa blanca y corbata que le quedaba perfectamente entallado al cuerpo, como si de un guante se tratara. Nunca lo había visto tan elegante ni tan atractivo. Le sonreí, él me respondió. Se acercó a mí, me agarró por la cintura, sintiendo el calor de su mano en mi espalda y depósito dos besos en mi rostro, pero antes de alejarse de mí, mirándome a los ojos me dijo:

- Estás preciosa.

Antes de que pudiera responder mamá me empujó a la habitación para no sé qué fotos, luego más invitados, más fotos, más correr de allí para acá... En todo ese trasiego ni un momento para hablar con Pablo, aunque todavía sentía el calor de su mano en mi espalda y sus ojos persiguiéndome. ¡Por fin llegó la hora de salir para la iglesia!

Todos nos preparamos para partir, mamá, papá y la Yaya con Alicia en el coche de la novia, y yo iría con... no lo había pensado, de pronto Pablo me sujetó del brazo y se lo agradecí, agradecí que en tanto caos él pudiera poner un poco de orden. Esperé a que todos marcharan para cerrar la casa, él lo

hizo conmigo. Cuando todo quedó vacío tuve ganas de sentarme y respirar, pero él me sostuvo y gracias a ello cogí fuerzas para seguir. Partimos hacia la iglesia en su vehículo, en silencio, estaba totalmente agotada y todavía no habíamos comenzado.

Cuando llegamos, él me ayudó a bajar y antes de dirigirnos hacia el resto de la gente, sin saber por qué, ni como, salió mi parte más pícaro, lo sujeté del brazo, lo miré a los ojos y le dije:

- Tú tampoco estás nada mal.

Una sonrisa burlona se dibujó en su cara.

Avancé con paso seguro y firme entre toda la multitud, con una gran sonrisa en el rostro y sintiéndome segura, atractiva... más yo que nunca, y no sabía por qué, si por el vestido, por la emoción del momento o por mi acompañante, del que no dejaba de notar la mirada de sus ojos en mi espalda y su sonrisa pícaro me perseguía.

Una ceremonia para no olvidar

La ceremonia comenzó. Nos sentamos todos por los primeros bancos de la iglesia, Pablo, junto a mí, mi madre y la Yaya ocuparon los asientos de al lado. Las chicas con sus parejas se sentaron justo detrás de nosotras.

Jaime y Alicia no dejaban de mirarse y sus manos estaban juntas todo el rato. Jaime, de vez en cuando, cogía la mano de mi hermana y la besaba con tanta dulzura. Papá, nervioso, al lado de ella, haciendo de padrino, no dejaba de colocar el velo, de vez en cuando miraba para atrás, buscando los ojos de mamá y sonriendo, con orgullo y felicidad.

Entró el sacerdote y todos guardamos silencio. La ceremonia comenzó. Sabía toda la ceremonia de memoria porque la habíamos organizado junto con Alicia, de hecho me tocaba realizar una de las lecturas. Aunque la había repetido una y mil veces, no es lo mismo escucharlo en tu cabeza que decirlo para una iglesia llena de gente. Llegó mi turno, allí estaba ante una iglesia casi repleta, un púlpito, un micrófono, las manos llenas de sudor, comencé a recitar:

Hermanos:

Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional.

Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden.

Ya podría tener el don de la profecía y conocer todos los secretos y todo el saber, podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, de nada me sirve.

Y cuando llegué a esa frase me detuve, alcé la vista y miré a mi hermana. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, sonreí, miré a la Yaya y a mamá, las vi con los ojos llenos de lágrimas, tuve que tragar para evitar arrancarme a llorar. Continué leyendo con la voz tomada por la emoción y por unas lágrimas que anunciaban por salir.

El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca.

Palabra de Dios^[iii].

Por fin había terminado, miré a Alicia y su rostro estaba cubierto de lágrimas, bajé rápidamente del púlpito y me refugié en mi asiento, una vez allí, di rienda suelta a mis emociones. Mamá se acercó a mí y me envolvió en un cálido abrazo.

- Muy bien mi niña - escuché decir a la Yaya

Después de la Homilía, llegaron los votos matrimoniales donde Jaime y Alicia se prometieron, respeto, fidelidad y amor, sobre todo mucho amor.

Cuando intercambiaron los anillos pude ver los ojos de mi cuñado llenos de agua y sus manos temblar, Alicia las sostuvo, y le ayudo en su tarea. Era hermoso ver tantas miradas cómplices y llenas de amor en una pareja. Era hermoso y envidiable.

Por fin la ceremonia terminó, no sin que mi Yaya y mi madre hubieran soltado más de una lágrima, y yo, para qué negarlo. Y cuando pensamos que ya íbamos a salir, Alicia se dirigió hacia el púlpito y comenzó a leer.

Cuando por fin se encuentran dos almas,

Que durante tanto tiempo se han buscado una a otra entre el gentío,

Cuando advierten que son parejas,

Que se comprenden y corresponden,

En una palabra, que son semejantes,

surge entonces para siempre una unión vehemente y pura como ellas mismas,

una unión que comienza en la tierra y perdura en el cielo.

*Esa unión es amor,
amor auténtico, como en verdad muy pocos hombres pueden concebir,
amor que es una religión,
Que deifica al ser amado cuya vida emana
Del fervor y de la pasión y para el que los sacrificios
Más grandes son los gozos más dulces^[iv].*

Este texto me lo enseñaste tú, Lucía.

Levantó sus ojos del texto, me miró y continuó diciendo:

*Recuerdo que era invierno, llovía y estabas encerrada en tu habitación.
Entré buscando compañía y te encontré con la nariz metida entre los libros.
Cuando te pregunté qué hacías me leíste este poema y me dijiste ¿hay algo
más hermoso que un amor así?*

Sentí las manos de mamá sobre las mías y las de Pablo sobre mi cintura. Las lágrimas brotaban de mis ojos libremente, recordaba ese día, lo recordaba como ella. Nunca pensé que ese poema le hubiera marcado tanto.

Y si estoy ahora, aquí, casada con el que creo, el amor de mi vida, es por ti, por ese texto, por enseñarme lo que es el amor verdadero y tan solo tenías quince años. Gracias pequeña.

Me limpie las lágrimas del rostro y sonreí. Estaba muy orgullosa de mi hermana. Alicia, mirando a Jaime, continuó:

Gracias a ti Jaime, mi compañero, mi amigo, mi ahora esposo, por ser el alma que siempre he buscado, por comprenderme pero sobre todo por corresponderme. No sabes lo afortunada que me siento por ello.

Jaime no daba crédito a lo que escuchaba, le miré el rostro y estaba llorando, era la primera vez que lo veía así. Sus labios gritaron un Te amo, silencioso, a mi hermana. Cuando está bajó del púlpito se fundieron en un tierno beso.

- Ay mi niña - dijo la Yaya - nunca imaginé llorar tanto en una boda.

La miré y no pude evitar una carcajada. Se acababa de limpiar el rostro con un pañuelo que se había sacado del sujetador.

- Pero mamá - dijo mi madre regañándola - ni en la boda de tu nieta te puedes comportar.

-¿Qué hecho ahora? -replicó mi abuela.

- El pañuelo entre las tetas - señaló mamá.

- ¿Y dónde quieres que lo meta? - le contestó la Yaya -. Si me has preparado un bolso más pequeño, vamos que no me cabe ni la punta de un alfiler. Mi sujetador es más grande que el bolso que me has dado

- ¡Mamá! - gritó mi madre enfadada.

En medio de la discusión sentí de nuevo la mano de Pablo que sujetaba la mía, me sacaba del banco para dirigirnos al altar, donde se encontraban los novios. Una vez allí pude acercarme a mi hermana y darle el abrazo que había deseado desde que comenzó a leer el poema de Víctor Hugo. Pronto estaban detrás de mí, mamá y la abuela para estrechar a Alicia entre sus brazos y darle la enhorabuena.

Siguieron con el protocolo de una boda, era agotador tanto detalle. Que si fotos con la familia, que si recibir la enhorabuena de todos los invitados, que si más fotos, más besos, más mi niña que guapa estás... lo contemplé todo desde fuera. Alicia iba de un sitio de la iglesia a otro como una autómatas, pero siempre con una gran sonrisa y de la mano de Jaime, su marido.

Salimos fuera. Allí estaban esperando todos nuestros amigos.

- Por dios, que fuerte tu hermana ¡Cómo me ha hecho llorar la "jodía"! - dijo María mientras me abrazaba.

- ¿Dónde vamos ahora? - preguntó Ana un tanto más seria.

- Ellos van a un lugar especial para hacerse unas fotos, la comida empieza en una hora, si queréis podemos ir a tomar algo. Voy a ver si necesitan algo mamá y la Yaya y si no os acompaño.

Me dirigí hacia mi dúo preferido y las encontré con más amigos

recibiendo la enhorabuena. Me dijeron que iban a pasar por casa para coger unos zapatos más cómodos y se dirigirían al salón de celebraciones. Así que me fui con Ana y María a tomarnos un aperitivo y brindar por los novios.

Quince minutos después estábamos sentadas junto con nuestros acompañantes en una terraza con unas cervezas bien fresquitas

- Por los novios - levantó su copa María.

Todos la imitamos y bebimos.

- Pedazo de poema te marcaste, pequeña - dijo Carlos - ¿con quince años ya leías eso?

Me sonroje y asentí con la cabeza, Ana salió a mi defensa.

- Lucía siempre ha sido una devoradora de libros, deberías de ver todo lo que ha leído.

Asentí de nuevo.

- Yo estaba en el último curso y nunca olvidaré la primera vez que la vi, ella acababa de empezar a estudiar, era el segundo día de clase e iba con una gran pila de libros de la biblioteca, nunca había conocido a nadie así - continúo diciendo Pablo.

Me sonroje de nuevo, recuerdo eso día, pero no tenía constancia de haber tropezado con Pablo, estaba tan ansiosa por llegar a casa cuando salí de la biblioteca, que no me fijé en nadie, sólo en la cantidad de libros que llevaba.

Todos rieron con la anécdota, pronto cambiaron de tema, se lo agradecí. Aproveché el momento para publicar en *Facebook* una foto que había sacado del momento en que Alicia y Jaime salían de la iglesia y la acompañé del poema. Intenté meterme en la conversación de nuevo pero me era imposible, no conocía nada de bolsa, inversiones, etc. Me evadí de nuevo mirando el móvil. El móvil de Pablo sonó, era su editora, Alba, se levantó de la mesa y se alejó un poco para hablar con ella. María y Ana comenzaron a hablar sobre vestidos y yo seguí navegando en la red, viendo las últimas actualizaciones. Entré en el perfil de @aristóteles, llevaba días sin publicar. En ese momento lo vi conectado. ¿Lo saludaba? No era momento, pero tenía unas ganas

enormes de volver a hablar con él. Salí para evitar la tentación y me uní a la conversación de las chicas. De pronto una notificación me llegó. Acababa de actualizar su perfil.

Miré con curiosidad, había publicado una foto, se trataba del detalle de una flor, Un no me olvides, junto con la siguiente frase:

"El amor es un alma que habita en dos cuerpos, es un corazón que habita en dos almas " (Aristóteles) ¿Encontraste ya tu mitad?

De pronto me di cuenta que Alicia había usado esas flores para decorar la iglesia, ¿@ristóteles estaba en la boda de Alicia? ¿Era posible?

Algo contigo

- ¿Estás bien? - me preguntó Pablo que volvía justo en ese momento a la mesa de atender su llamada

- Si - respondí - sí

Sonó más dubitativo de lo que esperaba. Pero le agradecí que no insistiera. Noté la mirada de María, lo que menos me apetecía era que todos preguntaran que pasaba así que intenté alejar de mi mente a @ristóteles y centrarme en los que me rodeaban. Quizás era todo una casualidad, ¿qué probabilidades había de que viviera en la misma ciudad y hubiera acudido a la boda de mi hermana? Ya tendría tiempo de hablar con él y poder preguntarle, quizás era ya el momento de conocer a la persona que había detrás.

- Me acaba de llamar Alba- me comentó Pablo - le han dado el okey definitivo al libro en el que estaba trabajando.

- Eh, enhorabuena - le dije - me alegro mucho.

Miré su gesto, tenía el rostro fruncido y la mirada perdida. No vi ningún atisbo de felicidad, más bien de preocupación.

- Eso es bueno, ¿no?, no tienes cara de alegrarte mucho - le comenté.

- ¡Ah! - me dijo él como si lo hubiera sacado de sus pensamientos -. Sí, es una gran noticia... al menos eso espero.

Fue más un susurro, una frase pronunciada para él, de autoconvencimiento. No dijimos nada más del tema. Él rápidamente se unió a la conversación de Carlos, que ahora había cambiado a las ventajas de comprar por Internet, y yo me quedé escuchando como María continuaba analizando todos los vestidos de la boda. Miré varias veces el móvil por si actualizaba más su perfil, pero no hubo noticias de él. Así pasó el tiempo hasta que por fin llegó la hora de irnos al banquete.

- Estás un poco callada - me dijo Pablo nada más montarnos en el coche.

- ¿Si? – dije.

El asintió.

- Tú tampoco eres mi hablador - le respondí en tono de burla.

Él me negó con la cabeza con una ligera sonrisa.

- He de confesar que tengo sentimientos encontrados hacia las bodas - le confesé.

Fue entonces cuando soltó una sonora carcajada.

- No te rías - le dije -, es cierto.

- No me lo esperaba - me replicó -, siempre te he considerado una persona muy romántica.

- Por eso tengo sentimientos encontrados hacia las bodas.

- ¿No te gustaría casarte? ¿No te ha gustado la boda de tu hermana? - me preguntó.

- No, no es nada de eso. Claro que me gustaría casarme y la boda de Alicia ha sido muy emotiva. Pero hay tanto protocolo, tanto adorno, tanto teatro... Llámalo como quieras... Hay tanto ruido alrededor de las bodas que casi se olvida uno de lo importante.

-¿Qué es lo importante para ti?

- Que haya amor, todo lo demás no es necesario.

- Opino como tú.

Guardamos silencio. Era fácil hablar con él. Llegamos enseguida al lugar que Alicia y Jaime habían elegido. Se trataba de un pequeño palacete en el campo, con un precioso jardín de rosas rojas. Las mesas inundaban el jardín donde las rosas estaban en plena floración y ofrecían unas vistas espectaculares. Los novios acaban de llegar y había gran revuelo por las felicitaciones que continuaban. Hallamos muy rápido nuestra mesa, y pronto se unieron Ana y María. Ana llegó sola, excusó a Ginés diciendo que había tenido que ir al aseo. Enseguida comenzaron a aparecer camareros con

bandejas repletas de comida y bebida. Vi como Alicia y Jaime ocupaban la mesa central, mi hermana me buscó con la mirada, cuando nuestros ojos se encontraron sonreímos ambas. Pude ver la felicidad reflejada en su rostro y lo que horas antes eran nervios e intranquilidad ahora mostraba una gran relajación. Pronto comenzaron a gritar ¡Vivan los novios! y ¡Que se besen!. Sonreí de nuevo, sabía que Alicia odiaba esos gestos, no sé cómo terminarían esos gritos, para mi sorpresa mi hermana se levantó cogió a Jaime por la solapa del traje y lo besó con fuerza. Todos nos levantamos y aplaudimos. De fondo escuché una voz gritar.

- ¡Esa es mi chica!

No había duda, esa era mi Yaya.

Noté como Ana se encontraba sumamente nerviosa, no dejaba de mirar hacia el lugar donde se encontraban los aseos, de pronto apareció Ginés. Ana suspiró aliviada, bajó la mirada a la mesa y por fin pudo relajarse.

El protocolo de las bodas continuó, más platos, más bebida, amigos que gritaban que se besen los novios, lágrimas, risas, regalos, vídeos, más comida, más lágrimas y así una y otra vez. Cuando llegó la hora el baile los acontecimientos de los últimos días me estaban pasando factura y mientras todos los invitados abordaban la pista para bailar yo lo único que quería era irme a un rincón del jardín a descansar.

La Yaya se retiró pronto, papá y mamá decidieron acompañarla, nos despedimos con un fuerte abrazo. Otro de los motivos por los que no me gustaban las bodas era porque al final te dejaba la sensación de no estar con nadie, entre mis amigos, los familiares que hacía tiempo que no veía, los conocidos y un largo etcétera cuando terminaba parecía que habías estado en todos sitios y al final en ninguno. Cuando se marcharon me quedé con esa sensación, la de haber querido compartir más momentos de esta celebración con ellos. El alcohol había hecho estragos en mis amigas y saltaban como locas en la pista de baile. Carlos y Ginés habían encajado muy bien y permanecían apoyados en la barra del bar sin soltar su copa. Pablo había sido muy amable y se había ofrecido para ir a por dos copas mientras descansaba en uno de los rincones del jardín. Como tardaba en regresar fui en su búsqueda, lo encontré asediado por dos jovencitas en la barra. Cuando nuestros ojos se cruzaron, noté una mirada de súplica. Fui en su ayuda.

- Cariño - le dije alegremente mientras lo cogía del brazo - por fin te encuentro. Me debías este baile.

Él sonrió y siguió con el juego, cogiéndome de la cintura me llevó hasta la pista de baile, dejando a las dos jóvenes con cara de pocos amigos.

- Ahora tenemos que bailar - me comentó cuando llegamos a la pista

Asentí, mi cuerpo no aguantaría un baile que tuviera mucho ritmo, pero tenía que intentarlo, al menos le debía un baile a mi acompañante. La música comenzó a sonar, reconocí casi de inmediato la canción, era una de mis favoritas, agradecí que fuera música lenta, sólo tendría que dejarme llevar.

*No hace falta que te diga
que me muero por tener algo contigo
y es que no te has dado cuenta
de lo mucho que me cuesta ser tu amiga
ya no puedo acercarme a tu boca
sin desearla de una manera loca
necesito controlar tu vida
ser quien te besa,y quien te abriga.*

Sentía la mano de Pablo en mi espalda desnuda, una mano cálida y fuerte, sentía sus ojos sobre mi rostro, mirándome fijamente, no hablábamos, solo nos mirábamos, mi cuerpo pegado al suyo y la música sonando. Cerré los ojos y apoyé mi cabeza en su pecho. Me dejé llevar por la música, por el movimiento del cuerpo de Pablo, por el ritmo de su corazón que se escuchaba pese a todo el sonido exterior. Se sentía tan bien.

*No hace falta que te diga
que me muero por tener algo contigo
y es que no te has dado cuenta*

*de lo mucho que me cuesta ser tu amiga
ya no puedo continuar espiando
dia y noche tu llegar adivinando
ya no se con que inocente excusa
pasar por tu casa
ya me quedan tan pocos caminos
y aunque pueda parecerme un desatino
no quisiera yo morirme sin tener
algo contigo*

De pronto Pablo se detuvo. Me separé de su pecho y lo miré a los ojos. Así estuvimos, parados, uno frente a otro, mirándonos a los ojos, noté en ellos deseo. El cuerpo me ardía, los labios me ardían solo de pensar en sus labios sobre los míos.

*...ya me quedan tan pocos caminos
y aunque pueda parecerme un desatino
no quisiera yo morirme sin tener
algo contigo
algo contigo
algo contigo^[v].*

La música cesó, pero él y yo continuamos parados, mirándonos, deseando un beso que parecía no materializarse.

De pronto Alicia me agarró de la mano y tiró de mí para que bailara con ella, rompiendo cualquier posibilidad de ese beso. Lo hice sin ganas, por ella, como hacía tantas cosas, cuando lo que me apetecía era salir corriendo y sentir los labios de Pablo sobre los míos. Lo vi alejarse, de nuevo hacia la barra. Alicia volvió a llamar mi atención, intenté no pensar en lo que había

sentido con Pablo. El resto de la noche me pasé buscando con la mirada esos ojos llenos de deseo, pero cada vez que los miraba me evadían, huían de mí ¿Qué había pasado en esa pista de baile? ¿Qué hubiera pasado si Alicia no hubiera interrumpido?

- Lucía - me llamó Alicia sacándome de mis pensamientos -, que nos marchamos, que Jaime y yo nos queremos ir ya a casa.

Sonreí.

- Estoy muerta - continuó diciéndome - y la gente no parece agotarse nunca.

- Anda vete - le contesté -, vete que me pueda ir ya, tengo los pies muertos de tanto tacón.

Las dos reímos.

- Gracias por todo - me soltó mientras me abrazaba -, sin ti nada de esto hubiera sido posible.

La abracé fuerte, feliz por ellos, muy feliz. Enseguida Jaime nos separó y tiró de ella para llevársela junto a él. Cuando se marcharon busqué a Pablo y le dije que si podíamos retirarnos ya, como el perfecto acompañante que era asintió.

Algo había cambiado entre los dos, el viaje de vuelta a casa fue en silencio. Sin nada que decir. Podía haberle dicho tantas cosas, pero cada vez que intentaba abrir la boca no sabía por dónde continuar.

Esa noche en mi cama, no dejaba de recordar esos ojos, en el deseo que reflejaban y en mis labios, que todavía sentían el fuego de su mirada.

Faros en mitad de la noche

¿Te tomas un café virtual conmigo?

Así comenzaba la tarde del domingo, después de descansar y levantarme a las mil, allí estaba yo, en el sofá, en pijama y con mi *tablet*, consultando las redes sociales cuando recibí ese mensaje de @aristóteles.

¿Cómo se hace?

Muy sencillo, voy a prepararme y tomarme un café y mientras ¿te apetece hablar conmigo?

Por supuesto que me apetecía, tenía que reconocer que estaba conectada esperando a que él apareciera en las redes sociales. Moría de vergüenza por reconocerlo y ante él no quería mostrarme muy efusiva.

Si

Contesté escuetamente, mientras que mi interior sonreía, pero no una sonrisa cualquiera sino esa sonrisa que no se queda solo en el rostro sino que lo sobrepasa, esa sonrisa que te llega al alma.

Y además, voy a prepararme otro contigo.

Continué diciéndole. Me levanté y con mi *tablet* me fui a la cocina a prepararme un café. A los pocos minutos volví y todavía no me había contestado, la luz verde indicaba que seguía conectado.

Ya he vuelto ¿estás?

Sí, mi café se negaba a salir de la cafetera

¿Cómo un café puede negarse a salir de la cafetera?

No le di al fuego, una rubia me despistó

Espero que sea hermosa

Ni te lo imaginas. Es valiente, dulce, leal, soñadora,

atrevida, sensual...

¿Así me veía? Me daba miedo que cuando me conociera no pensara lo mismo sobre mí. Me di cuenta que era la primera vez que pensaba en conocerlo como algo real, algo tangible y posible.

¿Por qué callas?

*Me asusta que cuando me conozcas
no pienses igual de mí*

Ahora fue él el que guardó silencio

¿Quieres conocerme?

Si, aunque...

Callé, no sé si era el momento de preguntarlo, de decirle si él estuvo ayer en la boda de Alicia, no dejaba de pensar en las flores que subió a su perfil.

¿Aunque?

Ayer publicaste una foto, son unas flores

Sí, un No me olvides

Los usó mi hermana en su boda, ayer se casó

Tenía que preguntarle de alguna manera si él estuvo presente.

Es una flor muy común, ¿conoces sus leyendas?

No

*Hay muchas sobre su nombre, pero a mi
hay una en particular que me gusta mucho.
Cuenta la historia de un ángel que se enamoró
de una chica y para poder estar juntos en el cielo
tuvieron que poblar la tierra con estas pequeñas florecitas.
Después vivieron felices y comieron perdices.*

Durante unos segundos no dijo más, después apareció en mi pantalla el

siguiente mensaje

¿Crees en los finales felices?

No

No esperaba esa pregunta, y respondí lo primero que pensé y sobre todo tras mi última experiencia

¿No crees que la boda de tu hermana sea un final feliz?

*Sí, yo... solo pensaba en mí...
pero... no sé, ¿tú crees?*

No

No? ¿Por qué?

Pregunté intrigada

*He aprendido que los finales felices no existen,
existen los momentos felices.*

No supe qué contestar.

*No me gustan las historias que terminan
con fueron felices y comieron
perdices porque la felicidad no es tan
sencilla. La felicidad hay que construirla...
No es un estado que llega y se instala en tu
vida para quedarse eternamente*

Sonreí, no lo había pensado como él lo planteaba, pero, era cierto, había mucha sabiduría en lo que planteaba.

*La felicidad se construye con amor, paciencia,
empatía, bondad, alegría, tranquilidad...
La felicidad está hecha de todo lo bueno.*

Guardé silencio, no tenía nada que decir, sólo me apetecía leer sus palabras, saber más de lo que pensaba.

*Hay días duros, otros no tan duros y luego
están los momentos felices que hacen que
todo valga la pena. Esos momentos son
mágicos, cuando tienes uno de ellos lo
atesoras, lo proteges, y lo recuerdas
porque se convierten en la fuerza que
necesitas para seguir adelante
¿Sabes lo que son para mí?*

No

*Son como pequeños faros que te van
guiando en la noche más oscura para
llevarte de vuelta a casa.*

No puede evitar pensar en mamá y la Yaya, ellas se habían convertido en mis faros como los llamaría él.

*Siempre hay un momento que guardas con
mayor cariño, uno que intentes proteger...
Es tu mayor tesoro... ¿Cuál es el tuyo Lucia?
¿Cuál ha sido tu momento más feliz? ...
¿Tu faro en las noches más oscuras? ...
Cierra los ojos, recuerda... cuéntamelo.*

Cerré los ojos, como me dijo, y recordé. Pronto mi mente comenzó a llenarse de recuerdos, olor a café, risas, calor, más risas, olor a bizcocho de chocolate una música lejana... era tan lejano el recuerdo. Pero ahí estaba. Tendría doce años. Estábamos en casa de la Yaya. Era verano, hacía un calor sofocante. Alicia y yo regresábamos de bañarnos del río, todavía con los bañadores puestos, húmedos, corríamos por el largo pasillo para llegar a la cocina donde estaban todos. La luz entraba por todas las ventanas de la casa llenándola de claridad. La cocina olía a café, un café intenso, puro como le gustaba al abuelo. Cuando llegamos mi Yaya cubierta de harina baila con el abuelo una canción que sonaba en la radio. Era una melodía suave. El abuelo le rodeaba la cintura y ella se disponía a girar. A la Yaya le encantaba dar vueltas, como Ginger Rogers y Fred Astaire decía. Papá y mamá los miraban

y reían, papá intentaba levantar a mamá de su silla para unirse al baile, pero ella se negaba. Estaba sonrojada no sé si por la risa o por la vergüenza de bailar. Alicia corrió a bailar con mis abuelos En seguida la Yaya la cogió de las manos y le hizo dar vueltas en el centro de la cocina. Me detuve en la puerta para contemplarlos pero papá fue más rápido y cogiéndome de la cintura, terminamos girando en el centro de la cocina. Mamá reía mientras nos miraba....

Era mi mayor tesoro, mi recuerdo más feliz.

Así se lo conté a @aristóteles

¿Y el tuyo?

Le pregunté.

Tendría once años. Volvía a casa con la camisa y el pantalón rotos, por una pelea que había tenido en la escuela. Un imbécil se había metido con mi hermana y le había hecho llorar. Le pegué, aunque yo salí peor parado. Me daba miedo volver a casa porque mamá me regañaría. Tardé más de la cuenta. Recorrí el barrio buscando cualquier excusa hasta que se hizo de noche. Cuando abrí la puerta de casa, me estaban esperando todos. Papá no me dijo nada, sólo me tocó la cabeza y me enredó el pelo, mi hermana me abrazó y me dio las gracias. Mi madre no se levantó del sofá. Cuando llegué a ella, le pedí perdón. Ella me dijo que estaba mal pegarle a los niños, pero me dio un gran abrazo. Ese día aprendí que aunque me equivocara, esa era mi familia, y siempre tendría un lugar donde refugiarme.

Me pareció tan hermoso, que allí estaba yo, sentada en mi sofá, con ganas de abrazar a los dos, al niño que había defendido a su hermana y al adulto en el que se había convertido ahora.

Te he dejado sin palabras, creo que no

era el efecto que quería provocar en ti

Si te soy sincera, ahora tengo ganas de abrazarte.

Yo también tengo ganas de abrazarte

Guardamos silencio los dos

*No quería volver a dejarte sin palabras,
no quiero provocarte ese efecto*

¿Cuál es entonces el efecto que me quieres provocar?

*Quiero que me conozcas, que me conozcas
tanto que nunca dudes de mí, pase lo que pase.
Que estés segura de que todo lo que
te he contado es cierto, cada palabra,
cada secreto... Que recuerdes que
sólo tú sabes quién soy realmente.*

¿Por qué me dices eso?

Porque tengo miedo de lo que pueda pasar

¿Qué puede pasar? ¿Tan malo es conocerte?

Me asusté, ¿quién era? ¿Por qué era tan malo conocerlo? No hubo respuesta, pero seguía allí conectado.

Porque tengo miedo de perder estos momentos...

Tras decir eso desapareció, se desconectó, dejándome con un gran desasosiego en el cuerpo. ¿Quién era?

Necesitaba salir de casa y pensar en algo que no fuera @aristóteles y la conversación que acababa de tener. Necesitaba huir de tantas preguntas e incertidumbres. Pero no fue necesario. La vida vino a buscarme dándome otra ocupación. Ante mí estaba Ana, con sus dos hijos cogidos de la mano y unas maletas. Con los ojos llorosos mi amiga me confesó:

- He dejado a Ginés, ¿podemos pasar?

Me hice a un lado y dejé que esa familia rota llenara mi casa. Se sentaron los tres en el sofá, juntos, cogidos de la mano.

- No sabía dónde ir - continuó diciendo llorosa - no sé dónde ir Lucía, no lo sé.

La abracé. La abracé muy fuerte, por ser tan valiente, por haber tomado esa decisión tan dura, porque lo necesitaba. Porque cuando estás roto necesitas que alguien te abraze para que no desaparezca ninguna de las piezas sueltas en las que te has fragmentado.

- ¿Qué ha pasado? – pregunté.

- Se lió con otra después de la boda - contestó, sin despegar la vista del suelo -, lo vi tontear...pero no quise darle más importancia... No quería hacer un drama y montar una escena en la boda de Alicia... Pensé que era un tonto con todo lo que habíamos avanzado... Cuando nos fuimos del banquete... Me dejó en casa y se fue, sin decirme nada, ni una excusa.

Sus manos temblaban pese a estar sujetando la de sus hijos, su voz se rompía en cada frase, sus lágrimas no cesaban.

- Ha aparecido esta mañana, con el cuello lleno de carmín. Para enseñarme quien manda me ha dicho, que no puedo irme de fiesta como hice en la despedida de Alicia, el hombre es él y él es el que decide.

Guardamos silencio.

- ¿Se puede ser más ruin? - me preguntó mirándome a los ojos.

No, era la única respuesta posible.

Cuando logré que se calmara, la dejé sentada en el sofá con los niños, los tres abrazados y viendo una película infantil. Llamé a mamá, que enseguida subió con la Yaya para ayudarme con la cena y a preparar la casa para los nuevos invitados. Localicé a María y le conté todo, en menos de veinte minutos estaba allí. Por último, telefoneé a Pablo, para contarle lo de Ana, ya era parte del grupo. Cuando marqué su número, recordé todo lo de ayer y mi estómago se encogió de nerviosismo, le conté la misma historia que a todos y, al igual que su hermana, no tardó en llegar. Le ofreció a Ana su casa, pero

ella la rechazó de forma cortés, alegando que no quería más problemas con Ginés.

En menos de media hora, mi casa estaba llena de gente. Los niños correteaban por mi salón persiguiendo a María, que les había hecho un truco de magia muy malo. Mamá y la Yaya acondicionaron la habitación donde guardaba todos los trastos viejos para que durmieran los tres. Papá les ayudó subiendo un colchón grande de casa. Pablo preparó la cena para todos. No sé cómo lo hizo, ni de dónde sacó tanta comida, pero en cuestión de minutos mi mesa se encontraba llena de un plato de crepes, listos para degustar. Cuando nos sentamos en mi minúsculo salón tantos, unos en el suelo, otros en el sofá y otros en las pocas sillas que tenía, di gracias por contar con ellos, con cada uno de ellos. Miré a Ana y vi en sus ojos el agradecimiento.

Regresé a mi plato de crepes. Recordé la conversación anterior con @aristóteles, ahora Ana más que nunca, necesitaba esos faros, esos momentos felices que te ayudan a volver a casa, a encontrarte de nuevo cuando te rompes en mil pedazos.

Sentí sobre mí unos ojos ya conocidos, levanté la vista y allí estaban de nuevo, los ojos de Pablo, y mi cuerpo respondió, nervioso, emocionado... ante unos ojos que ya conocía a la perfección.

Bizcocho de chocolate

Sentí unas suaves manos recorriendo el interior de mis piernas, iban lentamente ascendiendo. Tras su paso dejaban en mi cuerpo un rastro de calor, de deseo ardiente. Las manos siguieron su camino, mis muslos, mis caderas, mi cintura, mi espalda... acariciaban con lentitud mi cuerpo, sin dejar ningún lugar sin tocar... Sentí unos labios recorrer mi cuello, bajar hasta mis senos depositando en ellos delicados besos... Quise saber quién era, quien me hacía sentir esa oleada de placer... extendí las manos y topé con torso fuerte de hombre, recorrí con mis manos cada uno de sus músculos, sin dejar ninguno al igual que él había hecho antes con mi cuerpo, acariciándolos lentamente. Su cuerpo se movía sobre mí... lo sentía... sentía sus piernas sobre las mías... su miembro duro apoyado en mi sexo cada vez más caliente y húmedo... su vientre pegado al mío... su pecho agitado respiraba a la par que el mío... sus labios se hundieron en mi boca... fue ardiente, fue puro deseo, fue... fue un sueño...

Cuando abrí los ojos para conocer a la persona que me había besado con tanta pasión, no había nadie, no había nada, sólo la cama vacía, yo y el deseo instalado en mi bajo vientre. Cerré los ojos para seguir durmiendo, para ver si podía retomar mi sueño, pero de pronto me llegó el olor a café de la cocina y recordé todo lo acontecido la noche anterior. Imaginé que era Ana la que estaría preparándolo así que me levanté y decidí acompañarla para evitar que se sintiera sola. Con mi pantalón corto rosa, mi camiseta de tirantes de *Winnie de Pooh* y el cabello hecho un completo lio salí en busca de café y de mi amiga.

Pero al llegar a la cocina tropecé con una sorpresa. De espaldas a mí se encontraba una llorosa Ana, siendo consolada por Pablo, que sujetaba sus manos entre las de él.

¿Qué hacía en mi apartamento de nuevo? ¿Tan temprano y sin ningún motivo? ¿Estaría interesado en Ana? Me parecía demasiado grosero si era cierto, cómo era posible y, sobre todo, cómo se atrevía a cortejarla si acababa de separarse. Recordé el rumor que comentaba María sobre una posible relación entre Ana y Pablo de jóvenes. Quizás él estaba pensando en retomar esa historia. Recordé la conversación entre María y Pablo, ese secreto que

compartieron.

Conforme iban tomando forma en mi cabeza cada uno de esos pensamientos mi humor iba empeorando, cuando llegué donde estaban no dije nada, ni un buenos días, me senté, en la única silla que había libre, junto a Pablo, sin mirarlos, me serví mi café.

- ¿Estás bien? - preguntó Ana

- Si- contesté secamente

Viendo mi brusquedad Ana comenzó a disculparse por toda la situación. Fui consciente de mi mal humor, lo que no entendía era por qué, por qué me preocupaba a mí que Pablo estuviera interesado en Ana.

- No - le contesté -, no te preocupes, me constó conciliar el sueño y cuando duermo poco tengo mal despertar.

Mentí. Intenté sonar lo más creíble posible, no quería que mi amiga se sintiera mal por ocupar mi casa. Era lo que menos deseaba. La Yaya, al final, se había instalado con mamá y había podido recuperar mi habitación. La llegada de Ana me había de vuelta a mi cama así que después de las noches de hospital y de sofá, por fin, había dormido perfectamente, hasta que me desperté con ese inquieto sueño.

Ana pareció quedarse convencida con mi explicación, al menos eso manifestó, mientras se dirigía a la habitación a despertar a sus pequeños, dejándonos a Pablo y a mí solos.

- ¿Qué haces aquí? - le dije a Pablo de manera descortés, una vez que Ana no podía escucharnos

- ¡Uy! - me contestó -. Creo que no vendré más por la mañana tan temprano a traerte provisiones.

- ¿Estás aquí por eso? - le reproché con tono altivo.

- ¿Qué otro motivo tengo para estar aquí? - me respondió él mirándome a los ojos, retándome con su mirada.

- ¿Estás interesado en Ana? - no sé de donde salió la valentía para realizar

tal pregunta -. No es momento para ello, no voy a dejar que nadie se aproveche de ella en esta situación. ¡Queda claro! - continúe diciendo en tono intimidatorio.

Noté como sus ojos sonreían, ese brillo pícaro volvía a ellos, el rubor se instaló en mi cara, sin motivo, sin aviso pero no dio tiempo a que me respondiera, en seguida la cocina fue invadida por mis nuevos huéspedes.

- ¿Has probado el bizcocho de chocolate que ha traído Pablo? - preguntó Ana nada más regresar.

Mi humor cambió, adoraba el bizcocho de chocolate. Lo busqué con la mirada por todos los lugares de la cocina hasta que vi una pequeña bandeja en la encimera. Cuando la abrí, cerré los ojos y aspiré su olor. ¡Me encantaba! Olía a recién hecho, a bizcocho de chocolate recién hecho. Mi humor continuó mejorando. Después de servirme un gran trozo, volví a mi silla a degustar mi desayuno especial.

- A Lucía le encanta el bizcocho de chocolate - le comentó Ana a Pablo.

Notaba sus ojos sobre mí, no hacía falta mirarlo, sabía exactamente el brillo que ahora tendrían, ese brillo juguetero de antes, el mismo que había visto en la boda de Alicia, ese brillo que me retaba.

- Gracias - le susurré - sin levantar la vista de mi bizcocho.

Durante unos minutos mi cocina estuvo llena de vasos de leche, galletas, las risas de los niños, Pablo y Ana hablando, pero yo sólo era consciente de mi trozo de bizcocho y me dispuse a disfrutarlo. Mientras degustaba cada uno de los bocados la cocina igual que se llenó se vació dejándonos a los dos nuevamente solos. Fue entonces cuando sentí su mano en mi espalda, aparté la vista del plato y lo miré.

- No tienes que arreglar todas las heridas del mundo - me dijo -. Deja que Ana libere sus batallas, cada uno tenemos que librar las nuestras.

Tras terminar la frase quitó su mano.

Lo miré con asombro, ¿qué significaba eso? y ¿por qué sentía tanto calor en el vacío que su mano había dejado en mi piel? De nuevo me quedé con la

palabra en la boca, Ana y sus muchachos llegaron, esta vez para instalarse en el salón y ver una película en familia.

- ¿Cuáles son tus planes para hoy? - preguntó Ana

No respondí, imaginando que le preguntaba a él y porque tenía la boca llena con el último trozo de mi desayuno.

- ¿Lucía? - me insistió - . Esta mañana estás en otro mundo

- Creo que hoy tendrá que trabajar en lo que he traído - dijo él mientras se levantaba de su silla -. Si no os importa me retiro, tengo que seguir con el trabajo pendiente.

Pero antes de marcharse se detuvo delante de mí, con su mirada fija en mis ojos me dijo:

- No, no estoy interesado en Ana.

Fue casi un susurro, solo audible para los dos. Dejé mis ojos fijos en los suyos, sin apartarlos, y continuó diciendo.

- Me gusta tu pijama

Fui entonces consciente del atuendo que llevaba y mi rostro se sonrojó de nuevo. Para mi sorpresa llevó uno de sus dedos hasta el borde de mis labios y lo acarició suavemente.

- Tenías un poco de bizcocho

Sin más se marchó. Se fue, dejándome allí en mi cocina sonrojada, muda y sonriente porque sabía ahora mismo del color que eran sus ojos, de ese brillo intenso, burlón, ese brillo que tanto me gustaba.

- ¡Lucía! - escuché que me llamaba Ana -, llaman a la puerta

Pero no quise contestar, no, me quedé allí durante unos segundos, recordando esos ojos color miel, que estaba empezando a conocer y sintiendo el calor en cada una de las partes de mi cuerpo que él había tocado.

Cuando regresé de mis pensamientos me tropecé con otros ojos azules que me miraban, unos ojos de los que me había olvidado completamente. Allí,

junto a Ana, parado, en mi salón, se encontraba Víctor.

Piel con piel

Cuando miré a Víctor no pude evitar sonreír en su rostro vi reflejado miedo. Los hijos de Ana se habían situado frente a él y no dejaban de hacerle preguntas sobre qué hacía en esa casa y si le apetecía jugar con ellos. Ana amablemente los apartó y, los tres, se metieron a su habitación.

- Tranquilo, el enemigo ya se ha retirado - le dije con humor mientras me dirigía a él para saludarlo.

- No te rías - me contestó - te prepararan para todo en la vida menos para enfrentarte a los niños.

- No te tienes que enfrentar a ellos - le respondí dándole un golpe en el pecho - sólo tienes que quererlos.

- No estoy preparado para ese tipo de amor.

Dicho eso me agarró por la cintura y me besó suavemente.

- Y yo que estaba preocupado por el plantón que te di en la boda.

- ¿Estabas preocupado? Si al final vas a tener corazoncito y todo.

Soltó una gran carcajada mientras se desplomaba en el sofá.

- No confundas, tengo corazoncito pero lo uso para otras cosas.

Agarrándome para que me sentara junto a él continuó preguntando:

- ¿Fue todo bien en la boda?

Asentí mientras notaba sus manos acariciar mi espalda.

- Acabo de llegar y estoy muerto, pensaba pasar el día contigo - su tono no podía ser más meloso.

- Creo que va a ser un poco difícil, tengo invitados.

- ¿Y no los puedes echar? ¿No te puedes escapar?

Negué con la cabeza.

- ¿Estás segura?

Me dijo mientras me atraía más hacia su cuerpo y me daba suaves besos en el cuello.

- Intentaré pasar luego por tu casa - terminé diciendo.

Se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta. Lo acompañé para despedirme, antes de salir se giró y, envolviéndome en sus brazos, me susurró en el cuello:

- Puedes venir así. Ni te imaginas cómo me he puesto al verte con este pijama.

Noté su miembro contra mi cuerpo, me sonroje, agaché la mirada.

- Creo que voy a irme, si sigo aquí un minuto más esos niños van a escuchar cómo te hago el amor en cada rincón de esta casa.

Después de darme un beso húmedo, sexy, caliente, como era él, desapareció dejándome con la cara ruborizada y los labios hinchados.

Me dirigí a mi habitación para cambiarme de ropa, por una mañana eran suficientes visitas las que me habían visto en mi pijama.

El día transcurrió de lo más normal. Como todavía contaba con días de vacaciones decidí dedicarlo al trabajo de Pablo y a mis invitados. Nunca imaginé que unos niños pudieran dar tanta tarea, entre preparar sus comidas, jugar con ellos, ver películas apenas si me dio tiempo a trabajar. Eran las 9.30 de la noche cuando Ana y yo terminamos agotadas en el sofá de casa mientras ellos dormían plácidamente.

- Gracias - me dijo Ana.

- ¿Por qué?

- Por acogernos en tu casa, por estar con nosotros, por todo lo que has hecho.

Vi la emoción en su voz y las lágrimas apunto de brotar en sus ojos. No

dije nada, sólo le di un abrazo, no había nada que decir, era mi amiga.

- ¿Estás bien? - le pregunté.

- Creo que es algo que debería de haber hecho hace mucho tiempo- se sinceró - pero la cobardía...

- No has sido una cobarde.

- Si, si lo he sido. ¿Sabes lo triste que es sentirte una y otra vez defraudada por la persona de la que crees que estás enamorada?

No tenía ninguna respuesta para esa pregunta. Vi como Ana se encogía en una esquina del sofá.

- Tenía que haberlo parado antes, tenía que haber sido más valiente.

Las lágrimas comenzaron a aparecer. No sabía que decir, no tenía palabras que pudieran ofrecerle el consuelo que necesitaba en ese momento, así que sujeté sus manos, y la escuché, dejé que soltara todo aquello que la atormentaba.

- Lo único bueno son mis hijos, espero que mi mala decisión no les vaya a afectar.

- Ellos saben que los adoras.

- Sí, eso espero... ¿Cómo pude ser tan estúpida y no ver que esto iba a terminar así? Durante años estuve enamorada de él... era... para mí...lo era todo... Me enamoré de una ilusión... Me enamoré de la pareja que podríamos llegar a ser... De un espejismo... Me enamoré de lo que podíamos haber sido Ginés y yo... Y míranos ahora... Ahora no somos nada... Pensé que lo haría cambiar... Que podría cambiar... Que mi amor era suficiente... Pero no, mi amor no fue suficiente.

Lloró de nuevo, volví a abrazarla y sujetar su cabeza en mi pecho y dejar que todas las lágrimas salieran. Mientras lo hacía no dejaba de repetir.

- Sabía que había sido infiel con otras parejas, lo sabía, pensé que conmigo sería diferente...

El silencio se instaló en el salón, solo roto por sus sollozos. La apreté más fuerte contra mi pecho, era lo único que sabía hacer para evitar que se perdiera en tanto dolor. Poco a poco las lágrimas fueron cesando, se fue separando de mi pecho lentamente.

- ¿Qué voy a hacer? - me preguntó por fin cuando estuvo frente a mi mirándome a los ojos.

- Vas a seguir adelante - le respondí con toda la firmeza que pude- porque la Ana que conozco es una luchadora y saldrás de está como has salido de otras muchas. No se acaba el mundo porque te hayas separado... Sólo comienzas otra etapa.

- Gracias - me dijo de nuevo agarrando mis manos entre las suyas y se levantó del sofá.

- ¿Dónde vas? - la miré sorprendida.

- Voy a descansar con los pequeños, ha sido un día largo y raro... el primero de muchos... creo que tú debería de ir a ver a cierta persona que ha venido a buscarte esta mañana - me dijo sonriendo.

Me quedé sentada en el sofá viendo como desaparecía hacia la habitación donde la esperaban sus pequeños. Miré la hora, eran cerca de las diez y media. En el móvil no tenía ningún mensaje de Víctor, ¿quería ir? Dudé unos segundos, recordé sus besos y el deseo que encerraban sus palabras cuando se despidió, decidí hacerle una visita...

Hola

Un mensaje acababa de llegar a mi perfil de *Facebook*, sonreí. Serían unos minutos, sí, Víctor podría esperar unos minutos, mientras hablaba con él.

¿Tú crees que las personas pueden cambiar?

*Eso sí que es entrar de forma
directa, ni un hola, ni un cómo estás*

Lo siento. ¿Hola?

No lo sé, si te soy sincero, no sé si las personas pueden

cambiar. Muy pensativa para un lunes por la noche, ¿estás bien?

Si, sólo ha sido una charla con una amiga

No sé si pueden cambiar, la verdad, pero lo que sí sé por mi propia experiencia, que hay personas que llegan a tu vida para potenciar lo mejor que hay en ti. Tú eres una de esas personas

En la soledad de mi salón consiguió que me ruborizara. Me abrumaba un poco la imagen que tenía de mí. Tenía miedo de defraudarlo.

Guardas silencio

Me abruman tus halagos

No te sientas abrumada, no era mi intención, sólo respondía a tu pregunta

Siempre que hablamos me dices algo halagador

¿Y eso te preocupa?

*No, me asusta ¿cómo de real eres?
Me gusta hablar contigo, cada vez más...*

Pero

Pero no sé si estoy empezando a sentir algo por un espejismo

Ahora fue él el que no dijo nada. Toda la conversación con Ana me había hecho reflexionar, no quería cometer más errores, volver a equivocarme y sufrir, no quería comenzar a enamorarme de la imagen ficticia de alguien, quería a una persona real, de carne y hueso.

*He idolatrado el personaje de @aristóteles desde que lo creaste...
Cada artículo, cada mensaje tuyo era un incentivo en mi día...*

*Cuando comenzamos a hablar...
No te imaginas lo que sentí...
Cada vez te conozco más pero siempre
guardas un secreto
¿por qué huyes de mí?*

De nuevo silencio. No hubo respuesta por unos minutos. Cuando iba a dar por finalizada la conversación, vi como de nuevo comenzó a escribir.

No es de ti de quien huyo, es de mí

¿Qué podía decirle? No supe que contestar, pero él siguió escribiendo.

*Hace dos años creía ser el hombre más
enamorado del planeta...
Hubiera hecho por ella cualquier cosa...
Lo que me hubiera pedido...
Íbamos a casarnos, estaba todo preparado para un mes...*

Guardó silencio de nuevo, mientras yo, al otro lado de la pantalla moría de curiosidad por saber qué pasó.

*La encontré con otro... En mi propia cama...
Me dijo que se aburría... Que me quería...
Pero se aburría si se dedicaba a un solo hombre...
Ella quería seguir adelante con la boda... para ella era un juego
más...
Un juego de uno de los muchos hombres que pasaban por su cama*

Imaginé lo que tuvo que sentir

Lo siento

*No lo sientas, gracias a ella estoy hoy aquí...
Entenderás por qué me volví un cínico*

Sonreí, sí, ahora entendía por qué había surgido su personaje

*El dolor hizo que olvidara todo...
Olvidé quien era...
Olvidé aquello que quería en la vida...*

*Tuve suerte, conocí a las personas adecuadas
que me ayudaron a recordar, que sacaron lo mejor de mí*

Guardó silencio de nuevo

¿Te he dicho que he conocido a una rubia que me trae loco?

Reí

*Una rubia que ha puesto mi mundo
patas arriba y ha hecho que me ilusione de
nuevo. Si vieras la cara de tonto que
pongo cuando sé algo de ella*

Volví a reír... Me gustaba él así tal cual, con esa sinceridad, esa ironía, esa capacidad de hacerme sonreír... Me gustaba, sí, definitivamente me gustaba este hombre.

Si estuvieras aquí te besaba

Me atreví a decirle

No me digas eso

¿Por qué?

*Porque no sabes cómo me muero
por darte un beso, por probar tus labios...
Lo he imaginado una y mil veces*

Pasé los dedos por mis labios, imaginando que eran los suyos los que me acariciaban

*Los imagino suaves, delicados y provocativos...
Como eres tú.*

*Me imagino los tuyos fuertes y traviesos.
Me imagino los tuyos descubriendo
no sólo mi boca sino todo mi cuerpo*

Conforme escribía el deseo inundó mi cuerpo, un deseo voraz, ardiente.

*No sigas, por favor, si continuamos
hablando de esto no sé cómo va a
terminar esta conversación.*

*He de reconocer que soy un anticuado para
ciertas cosas y aunque me muera de deseo por ti...*

Ni te imaginas como estoy ahora mismo...

Prefiero que mi primera vez contigo sea piel con piel

¿Cuánto falta? ¿Cuándo me vas a decir quién eres?

*Ya sabes quién soy... sólo tiene que
reconocer lo que sientes, aclarar tu corazón.*

*Ya te lo dije, tienes que estar segura de
lo que sientes... Estaré aquí esperándote...*

*Muero por besarte, por abrazarte,
por acariciarte, por enredar tu pelo entre mis dedos...*

Rubia

Cortó la conversación, me dejó allí en el sofá, imaginando todo lo que quería hacerme, notando el calor de unas manos recorrer todo mi cuerpo, unas manos que no conocía pero que ansiaba con desesperación.

Miré el reloj eran la una de la madrugada, nuevamente había olvidado por completo a Víctor, pero después de esta noche, después de lo que mi cuerpo había sentido con unas solas palabras no quería sentir sobre él otras manos que no fueran las de [@ristoteles](#).

Despedidas

Había pasado una semana desde la última conversación que había mantenido con [@ristoteles](#). Alicia había iniciado su luna de miel, un crucero por el Mediterráneo, María estaba más relajada con Carlos, se había tomado la relación con calma, y parecía casi increíble ver a mi amiga cogida de la mano de un chico al que llamaba su pareja. Ana después de descansar unos días en casa, habló con sus padres y se ha trasladado a un pequeño apartamento junto a ellos. Temía que su madre no entendiera la separación, se sorprendió cuando la recibieron con los brazos abiertos. Le tocaba empezar una nueva etapa pero contaba con muchas personas que la querían y la apoyaban.

Yo había regresado a mi trabajo matutino, con Pablo tras los últimos artículos revisados, no había tenido nuevos encargos y mi vida amorosa se había convertido en un remanso de paz. En una semana no había sabido nada de [@ristoteles](#) y, por más que había intentado localizar a Víctor, no lo había conseguido ni en casa ni en el móvil.

Allí estaba, recién salida del trabajo, con un bocata en la mano, dirigiéndome por undécima vez, hacia el piso de lujo de Víctor para terminar una relación que ni siquiera había empezado. Al tocar el timbre escuché unos ligeros pasos tras la puerta, por fin, pensé. Para mi sorpresa me abrió una chica joven, morena, alta, de apenas de veinte años, ataviada con un pantalón corto y una camiseta ajustada, marcando todo su cuerpo, un cuerpo sumamente delgado.

-¿Está Víctor? – pregunté.

. ¿Quién eres? - me contestó en tono altivo.

- Una amiga.

Tras ella escuché la voz de Víctor que la llamaba, aproveché el descuido de la muchacha al mirarlo y entré en el apartamento. Ahí estaba Víctor, en medio del salón, recién salido de la ducha, cubriéndose de cintura para abajo, con una simple toalla, el pelo húmedo, alborotado, y gotas de agua descendía por sus pectorales, tan marcados... Ahí estaba él, en todo su esplendor, si hubiera sido otro momento, hubiera acariciado ese pecho, hubiera tirado esa

toalla...

- ¡Lucía! - dijo él con sorpresa dirigiéndose a mí para abrazarme pero la morena se interpuso en su camino cogiéndolo de uno de sus brazos y dirigiéndolo hacia ella.

Como si se tratase de una tigresa marcó su territorio sobre él con un beso muy caliente, digno de la mejor película erótica, fue tal el beso que la excitación de Víctor se dejó ver por encima de la toalla. Sonreí de la situación tan vergonzosa. Después de unos minutos de ver como la morena no dejaba de toquetearlo, tosí, no se me ocurría otra manera de llamar la atención de ellos dos. Noté los ojos de Víctor sobre mí. Le agradecí que se hubiera percatado de mi presencia.

- Como ves no es buen momento para visitas - se atrevió a decir la chica que no soltaba a Víctor del brazo.

- Por favor Valeria, ¿nos puedes dejar un momento solos? - le dijo él, mirándola a los ojos.

- Pero cariño... - comenzó a decir ella poniendo morritos - íbamos - movió su dedo acariciando suavemente sus pectorales.

- Ya sé dónde íbamos - le respondió él -, será solo unos minutos.

Con el rostro enfadado ella soltó su brazo y se dirigió hacia la habitación, no sin antes recibir una cachetada de Víctor en su trasero, hecho que la hizo sumamente feliz. Una vez que hubo desaparecido se dirigió a mí para continuar con ese abrazo que la chica había interrumpido anteriormente.

- Estás desaparecido - le dije intentado soltarme de él.

- Estaba ocupado, como bien has visto - dijo él pícaramente, mirando hacia la dirección donde había marchado la muchacha.

Sonreí. Esa era Víctor.

- Venía - titubee durante unos segundos - Yo, venía a...

- Si me dices que a unirte, seré el hombre más feliz - mientras decía eso acariciaba suavemente mi espalda como un anticipo de lo que podría pasar.

- No - contesté con una sonrisa -. Vengo a despedirme.

- ¿Por qué? - me dijo - ¿Te marchas?

Su mano se detuvo en mi cintura, empujó para acercarme más a su cuerpo.

- No, pero creo que no debo verte más, al menos en los términos que te veía antes.

- ¿Eso qué significa? ¿Nada de sexo?

Asentí.

- Lucía - comenzó a decir, mientras me pegaba a su cuerpo y hundía su cabeza en mi pelo -, eres espectacular, disfrutamos mucho del sexo... ¿por qué? No voy a dejar que te vayas tan fácil - comenzó a depositar suaves besos en mi cuello.

Nunca imaginé que fuera tan difícil romper una relación sólo basada en el sexo. Me alejé de él, si continuaba pegada un minuto más a él, no sé cómo terminaría esta ruptura.

Sonreí al mirarlo a los ojos, su azul se había vuelto más oscuro, ese oscuro que tenía siempre que me deseaba.

- ¿No será por Valeria? - me dijo- Tú sabes como soy, sabes lo que busco.

- Es eso- le contesté -, es justo eso. Tú buscas solo algo físico, yo busco más, busco cosas diferentes.

Él me miró esperando más, como si no fuera suficiente.

- Si sigo así contigo, al final terminaré enamorándome de ti, de algo ficticio. Ni tú ni yo queremos eso. Tú no crees en el amor, yo lo busco y lo ansío. No quiero sufrir más, no, por la persona equivocada.

Me miró, extendió sus brazos y me acercó a su pecho.

- Eres la primera mujer que no quiere seguir en mi cama.

Reí, sólo él podía romper el silencio con esa frase.

- Te voy a echar de menos - me susurró al oído -, he disfrutado mucho contigo.

Ahí estaba de nuevo el rubor en mi rostro.

De pronto un grito interrumpió nuestro abrazo, la morena cansada de esperar había vuelto al salón.

- ¡Víctor!

- Espera Valeria - se giró hacia ella -, estoy despidiéndome de una amiga - prosiguió mirándome a los ojos - ¿Seremos amigos?

Asentí, que no estuviera en su cama no significaba que no pudiera ser amiga suya. Víctor había llegado a mi vida como un soplo de aire fresco, como un descanso entre tanta tormenta. Me había ayudado a despejar mi mente, la pena es que cada uno quería cosas diferentes en su futuro. Realmente no había sentido nada por él, sólo había sido físico... pero mi cuerpo, mi mente, mi corazón estaban empezando a reclamar a otra persona. Sería traicionarme, traicionar en lo que creía si seguía con Víctor.

- Solo amigos - le respondí.

Me acompañó hasta la puerta y con un suave beso nos despedimos, siempre bajo la atenta mirada de Valeria. Iba a ser interesante ser amiga de Víctor y ver como se libraba de Valeria, me deba a mí que no le sería tan fácil. Me fui con una sonrisa, con la sensación de haber hecho lo correcto.

Antes de llegar a mi casa, decidí pasar a ver a mamá y a la Yaya, cuando llegué, me encontré con una verdadera batalla campal.

- ¡Te he dicho ya que no! - escuché los gritos de mamá tras la puerta.

- Pero ¿cómo te atreves? ¿Cómo le gritas así a tu madre? ¿Acaso has olvidado que la madre soy yo?

- No, pero parece que tú sí.

Al entrar vi la maleta de la yaya sobre el sofá, abierta y sus pertenencias esparcidas por la habitación y ellas dos situadas a su lado. Mamá sacaba las cosas mientras la Yaya las colocaba.

- ¿Qué sucede? - me atreví a preguntar.

- Tu abuela - gritó mamá -, está loca.

- Loca lo estarás tú - respondió ésta -. Vaya falta de respeto a una madre.

- A ver - les dije -, nos relajamos todos y me explicáis con calma qué sucede.

- Me ha llamado Angelines - comenzó a decir la Yaya -, para irnos de viaje y le he dicho que sí.

- En su estado - gritó mamá, dando vueltas al sofá como loca.

- A ver - soltó la yaya -, que me voy a Torrevieja, que me voy a la playa, que es un viaje de una semana, que no voy a escalar el Everest... que el médico me ha dicho que si puedo - terminó de decir toda agitada y llorosa.

El silencio se hizo en el salón.

- Quiero continuar con mi vida - fue la frase que lo rompió, la frase que gritó mi abuela.

Mi madre salió del salón con los ojos llenos de lágrimas, la abuela continuó recogiendo sus cosas, la ayudé, las dos en silencio fuimos preparando su maleta.

A los pocos minutos entró de nuevo mi madre.

- Lo siento - dijo -, me da miedo perderte.

- Anda, ven que te abrace cabezota -, que me vaya a Torrevieja una semana no quiere decir que me pierdas, solo que voy a venir más morena.

Mi madre rió entre los brazos de mi abuela y yo también al contemplar la imagen, estarían siempre peleando, siempre, pero cómo se querían.

- Prometo volver cuando el viaje termine.

Pasamos la tarde más tranquilas, preparamos el equipaje de la abuela, su amiga Angelines pasaría a recogerla al día siguiente. Era curioso en un mismo día despedía a dos personas importantes en mi vida. Víctor había sido

aire fresco tras la ruptura con Julián, y esperaba que a partir de ahora se convirtiera un gran amigo, de la Yaya, la Yaya era la Yaya, detrás de cada consejo, allí estaba ella. Amaba su ternura, sinceridad, sus arrugas... La amaba a toda ella, hasta sus gritos locos amaba. ¡Qué rápido se acostumbra uno a la buena gente en su vida!

Una vez que el equipaje estuvo listo, hicimos bizcocho y mil dulces más, tanto a mamá cómo a la Yaya le relajaba cocinar, a mí, por el contrario, me relajaba comer, así que hacíamos el trío perfecto. Mientras ellas cocinaban, me dedicaba a mirarlas y degustar los dulces que iban saliendo del horno. Era un placer verlas hacer tan buen equipo tanto en la cocina como en la vida. Pensé en la vida que habían tenido las dos y el amor había sido el protagonista, el amor hacia sus parejas y el amor de sus hijos. ¿Tendría yo la misma suerte? ¿Encontraría un amor cómo el que ellas habían encontrado?

- Qué preocupa a esa cabecita - me preguntó mamá.

- Nada - respondí saliendo de mis pensamientos.

- Esa cara no tiene pinta de no ser nada - dijo la Yaya-, qué ronda por esa cabeza.

- Pensaba que si yo encontraría un amor cómo el de vosotras, un amor verdadero.

- Ay pequeña, el amor verdadero comienza por una misma - contestó mi Yaya - ¿Te amas lo suficiente como para aceptar que a tu vida lleguen las cosas que te mereces?

Sabía la respuesta a esa pregunta y era no.

Promesas que cumplir

Miré a la Yaya y negué con la cabeza.

- No hace falta que respondas - dijo ella sujetando mi rostro -, lo veo cuando te miro. Cómo me gustaría que te dieras cuenta de toda la luz que tienes.

- Eres hermosa, Lucía - dijo mamá -, eres hermosa por fuera y por dentro. Me pregunto en qué me equivoqué... Me gustaría saber en qué he fallado como madre para que tú no te valores lo suficiente... No sé si tendría que haberte dicho más veces lo especial que eres, no lo sé... Pero me gustaría que te vieras tal y como eres.

La miré sorprendida, nunca imaginé que mi madre se sintiera así. Ella me había dado tanto amor que no tenía que sentir nada de lo que decía.

- Mamá - dije con las lágrimas a punto de brotar -, no digas eso, sé que me quieres, que me adoras... Pero las madres hacen eso, adoran a sus hijos aunque tengan miles de defectos.

- Te equivocas - respondió la Yaya -, las madres no adoramos a nuestros hijos. Conocemos a nuestros hijos y por eso sabemos de lo que sois capaces, incluso más que vosotros mismos.

Durante unos segundos callamos las tres. De pronto la Yaya se levantó y se dirigió a la percha, donde estaba colgado su bolso, volvió con un papel pequeño entre sus manos. Cuando llegó hasta donde estábamos, extendió la mano y la abrió, y allí, sobre su palma se podía ver la imagen de una pequeña con un vestido hasta las rodillas, dos trenzas y un elefante de madera, agarrado entre sus manos y al que se aferraba con mucha fuerza. Era mamá, con apenas siete u ocho años.

- Siempre la llevo conmigo - comenzó a decir la Yaya- ¿Te acuerdas de este día? - preguntó mirando a mamá

Mi madre asintió.

- Era la feria, la vestimos así, tan guapa, con un vestido que cosimos entre

mi madre y yo - comenzó a decir la Yaya sin apartar los ojos de la imagen -. Después de hacer la foto, tu madre se perdió entre la gente... Fue un segundo, la feria se llenó, todo el mundo quería ver la última atracción que habían traído... La gente empujaba... Ella se soltó de mi mano, un segundo, solo un segundo... Pensé que no la volvería a ver - dijo con los ojos llenos de lágrimas y mirando a mamá- . El abuelo se sentó junto a un puesto de algodón de azúcar, dijo que de ahí no se movía hasta que aparecieras... Yo me volví loca, ¿que fueron? cinco, diez minutos sin verte... No lo sé, para mí fue una eternidad. Recorrí la feria gritando tu nombre - continuó sin dejar de mirar a mamá -, y cuando regresé ahí estaban los dos sentados... Corrí a abrazarlos. Una noche le pregunté al abuelo que por qué no se había asustado y me dijo que claro, que claro que había tenido miedo, pero que confiaba en ti y en lo que te habíamos enseñado.

Mi madre sonrió y tomó la antigua fotografía.

- Él siempre me decía que cuando me perdiera, cuando no supiera donde ir, buscarse aquello que más me gustase, que seguro me ayudaría a encontrarme - y sin apartar la vista de la foto que ahora sujetaban sus manos dijo -, cuando me solté de tu mano, me asusté mucho, pero entonces recordé sus palabras, nunca las había entendido hasta entonces... Pensé en lo que más me gustaba de la feria, fui hacia allí, y estaba él, esperándome.

Mi madre levantó su rostro de la foto y puso sus ojos sobre mí, mirándome fijamente me dijo:

- Busca lo que más te gusta y encuentra a la gran mujer que eres.

Fue casi una súplica, una petición de una madre desesperada, nunca imaginé que ella pudiera sentirse así por mí... Se lo debía a ella, se lo debía a la Yaya, al abuelo... se lo debía a todos pero sobre todo me lo debía a mí.

- Promételo - dijo la Yaya - Promete que vas a buscarte, vas a encontrarte, vas a brillar y no vas a dejar que nadie ni nada te apague, prométemelo.

- Si - dije tímidamente

- Dilo otra vez más alto - elevó la voz mi Yaya - más fuerte, tanto que se te grave en el alma y cada vez que lo olvides te llegue el recuerdo de su eco.

Lo grité como ella dijo, con todas mis fuerzas, desde dentro, tan dentro que noté como mi cuerpo vibró y me sentí bien, me sentí muy bien.

Mamá y la Yaya no cesaban de reír ante mi grito.

- ¿Me habéis tomado el pelo? - les pregunté un poco enfadada, una no espera que se rían de una cuando tiene un momento tan especial.

- No, cariño - respondió mamá-, nunca nos imaginamos que pudieras gritar tanto.

- ¡Nunca! - gritó de nuevo ella, casi tan alto como el sí que yo había gritado.

Reímos y entre risa y risa escuche gritar a la Yaya:

- ¡Os quiero!

Tan alto, tan fuerte, que era imposible no notar cada una de sus palabras en tu interior. Volvimos a reír, guardé cada sonido de sus carcajadas, cada uno de ellos en mi alma, junto al sí que acababa de gritar para que me acompañaran en los momentos de flaqueza, para que me ayudaran en el camino de encontrarme.

Las dejé sobre el sofá riendo muy fuerte cuando decidí subir a mi apartamento. Cuando abrí la puerta pensé en cómo sería el mundo si todos fuéramos como la Yaya y mamá, seguro que sería mucho mejor. Subí las escaleras pensando en el sí que acaba de gritar, en lo que llevaba implícito, me detuve a mitad del camino y comencé a repetir sí, muchas veces, muy bajo, casi como un susurro, quería que, de verdad, la promesa que les acaba de hacer se quedara registrada para siempre en mi alma hasta que la pudiera cumplir, y tan absorta iba en mis pensamientos que no me di cuenta que había llegado a la puerta de casa hasta que tropecé con el último escalón y unos brazos fuertes me sujetaron, evitando mi caída.

- No era la forma en la que había pensado verte - me dijo mientras me ayudaba a mantener el equilibrio.

- Hola Pablo - le contesté sonrojada por mi torpeza - no te esperaba.

- Ya he visto que no me esperabas, ¿qué repetías mientras subías? - me

dijo soltando sus manos de mi cuerpo.

- Nada - me sonroje aún más si era posible, ¿qué había escuchado pensé? ¿Cuánto tiempo llevaba parado en la puerta? ¿Habría escuchado mi grito?

- No parecía nada - dijo con una media sonrisa y ese brillo en los ojos que ya comenzaba a ser característico de él cada vez que estábamos juntos.

Lo miré, no supe que decir, solo notaba la mirada pícara y el rubor de mi cara. Así que me dirigí a la puerta y la abrí con la esperanza de que no insistiera y cambiara de tema. Me siguió hacia dentro de mi apartamento.

- Venía a hacerte una proposición - continuó diciéndome.

Ahora era mi turno. Me giré y tropecé bruscamente con él, pegando mi cuerpo al suyo. Alcé la vista y mirándolo directamente a los ojos le dije:

- ¿Indecente?

Carraspeó y noté como sus ojos se intensificaron de color, poco a poco se fue despegando de mí, tragó saliva, y sin apartar sus ojos de los míos me dijo.

- Todavía no

¿Todavía no? ¿Qué quería decir con todavía no? Lo miré con sorpresa y el color de sus ojos se intensificó aún más si era posible. Guardamos silencio durante unos segundos, donde permanecimos los dos parados, uno frente a otro.

- Dime - le dije mientras me dirigí hacia la cocina y rompía ese momento extraño que se había generado- ¿Quieres un café?

- No, gracias - me contestó con voz más ronca mientras seguía parado como una estatua donde lo había dejado -, tengo poco tiempo.

- Dime – insistí.

- Voy a estar fuera unas semanas por trabajo y necesito que alguien le eche un ojo a mis plantas- comenzó a decir mientras se acercaba hacia la cocina -. Te lo compensaré de la forma que quieras cuando vuelva.

- ¿Cómo quiera?

Noté como se paraba de nuevo y tragaba saliva.

- Me refería económicamente, aunque...

Los dos guardamos silencio y sonreímos casi a la vez, me gustaba ese juego que había entre los dos.

- No hace falta que me des nada, lo haré encantada, ya me has ayudado bastante. ¿María no puede?

- Mi hermana ha desaparecido con Carlos.

- No tengo problema.... y tu hermana aparecerá en unos días ¡ya sabes cómo es!

Asintió acercándose hacia la cocina donde estaba preparándome mi café.

- Gracias - me dijo dulcemente -. No sé el tiempo que estaré fuera. Me voy mañana, te he traído unas llaves.

Dejó unas llaves sobre la mesa de la cocina con pequeño llavero de metal con la forma del Partenón de Atenas y un sentimiento de nostalgia me invadió.

- ¿Volverás pronto? - pregunté sin saber por qué.

- Sí, lo más pronto que pueda - me aseguró -. Lo prometo.

De nuevo el silencio entre nosotros, ese silencio cómodo que se establecía, que no decía nada y lo decía todo.

- ¿Puedo preguntarte algo? - lo rompió él al final.

Miedo me daba lo que quisiera preguntar, Pablo era muy educado y respetuoso, que preguntara me decía que iba a ser algo personal.

- ¿Estás bien? Cuando subías las escaleras parecías preocupada, no sé.

- Ah! - le intenté restar importancia - No es nada, sólo iba recordando una promesa que acababa de hacer.

- Entonces si es algo.

Lo miré con extrañeza.

- Las promesas son algo serio.

- ¿Y eso?

- Jamás hagas una promesa que no puedas cumplir.

Mientras decía eso, la cafetera sonó anunciando que el café estaba listo, me volví hacia la encimera recordando la frase que había dicho y cuando me giré ya estaba en la puerta. Me lanzó una sonrisa acompañado de un hasta pronto y me dejó allí plantada en mitad de la cocina recordando la promesa que yo había hecho y la promesa que él me acabada de hacer.

Deseaba que ambas se cumplieran pronto.

De vuelta al hogar

Había pasado un mes desde la charla con mamá y la Yaya, de la visita de Pablo, ¿cuántas cosas pueden pasar en un mes?

Alicia había vuelto de su luna de miel más feliz que nunca, su vida de casada era igual que antes, teniendo en cuenta que ya vivía con Jaime. En una de las visitas que me hizo, además de traerme numerosos regalos del viaje, me confesó que estaba intentando quedarse embarazada. Me alegré mucho, nada haría más feliz a mamá y a la Yaya que esa noticia.

María se había establecido con Carlos, parecía imposible, después de muchos tiras y aflojas, Carlos había conseguido romper todas las barreras de mi amiga, que ahora rebosaba felicidad por todos lados.

Ana estaba mejor. Ella y su ex tesoro como ella lo llamaba habían decidido tener un trato cordial por los niños. Era lo más sensato. Ella estaba recuperándose e iniciando una nueva vida. Lo mejor era verla más feliz, más contenta consigo misma.

La Yaya aparecía y desaparecía por casa, una semana con Angelines en la playa, otra semana con Fuensanta en su casa de campo, luego que si tenía que regresar al pueblo a ver su casa y llevaba una semana de nuevo con nosotros y ya había vuelto loca a mamá con todos los planes que tenía y todas las visitas que esperaba. Me había acostumbrado al dúo que hacían, a sus consejos, sus conversaciones y no había día que no estuviera con ellas.

Y yo... ¿qué ha pasado conmigo en un mes? Nada y todo. Hice una promesa e intentaba cumplirla. Había decidido que aquello que amaba era escribir y era momento de hacerlo, quizás eso me permitiera encontrarme. Así que me lo tomé como un trabajo. No dejé la biblioteca, me parecía muy osado quedarme sin ingresos, pero ahora sí, cada vez que volvía a casa, en un pequeño rincón que había creado, me sentaba y me dedicaba a escribir, el hábito hace el oficio, y ese era mi propósito. Empecé por breves cuentos, ya llevaba como unos cuantos. Creé mi blog y los iba publicando conforme pensaba que los tenía terminados. De momento tenía pocos seguidores pero eso sí ¡muy fieles!. Una vez a la semana pasaba por casa de Pablo y le regaba

las plantas, le echaba un vistazo a todo, ordenaba el correo que le llegaba y me sentaba en mi sitio preferido, para ver el atardecer sobre las montañas. Era mi momento especial de la semana, un momento a solas conmigo, sin nadie, solo yo, las magníficas vistas, una copa de vino, música suave y el olor de Pablo, que aunque no estuviera, seguía presente por toda la casa.

Mi vida social, en este mes, se limitaba a salir a casa de Pablo una vez a la semana para cuidar sus plantas, a hablar con las chicas a través del móvil, que ahora, era casi imposible verlas, y de hombres, ya, ni hablamos. Víctor se había convertido en un amigo y de vez en cuando me mandaba algún mensaje para saber cómo iba o pedirme consejo para una cita. De Julián no había vuelto a saber nada, hecho que agradecía mucho. Las noticias que me llegaban de Pablo, eran a través de María, sabía que estaba de viaje, que de vez en cuando se llamaban pero nada más. Y @ristoteles había desaparecido. Ni una actualización en *Facebook*, ni un mensaje, nada... en el último mes no había sabido nada de él. Y eso me desconcertaba.

Allí estaba plantada delante de la *tablet*, con una hoja en blanco, intentado dar forma a una idea que me rondaba por la cabeza cuando una notificación llegó a mi muro.

Vi como en su muro anunciaban el próximo lanzamiento de un libro ¿@ristoteles acababa de publicar un libro? Sí, ese era el motivo de su ausencia. Anunciado como el gran acontecimiento literario del año, el libro recogía sus artículos más interesantes así como su opinión sobre nuevos temas.

¿Por qué no me había dicho nada? ¿Y todas esas conversaciones donde habíamos intimidado tanto? ¿No tenía la suficiente confianza como para contármelo?

De pronto la luz verde de su chat se iluminó, quise salir, desconectarme, que no me viera, en ese momento me sentía tremendamente enfadada con él, pero no hice nada, sólo seguí mirando la pantalla, la luz se volvió a apagar. Sin un mensaje para mí, sin un saludo. No sé qué me dolió más, si el no saber que estaba trabajando en un libro o el que no me hablara en ese momento. Cerré el *Facebook* e intenté concentrarme en el cuento que tenía delante, pero no era posible. Deambule por el apartamento, me preparé un café, escuché música, pero nada, no había nada que consiguiera disminuir mi enfado, así

que me fui al único sitio que durante un mes había conseguido poner mi mente en blanco.

Al abrir la puerta noté algo diferente en el ambiente, se respiraba la misma paz que siempre, pero un aroma familiar me llegó de forma más intensa. Sin pasear por la casa me dirigí a mi rincón favorito, encendí la música y me senté a contemplar las vistas, sin preocuparme de nada más y como siempre solía pasar, mi mente comenzó a relajarse y dejar atrás cualquier sentimiento.

- Perdón.

Escuché una voz tras de mí, una voz muy familiar.

- No sabía que habías vuelto - dije sorprendida y avergonzada al ver a Pablo tras de mí.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca, barba de varios días y unas ojeras increíbles, parecía más cansado y delgado que la última vez que lo vi. Pero sus ojos color miel no había cambiado nada. Ahí estaban de nuevo, mirándome fijamente.

- Regresé esta mañana. ¿No te avisó María?

Negué con la cabeza. Sin darme tiempo a decir nada más, se sentó a mi lado, en la otra butaca que quedaba libre.

- Se está bien aquí - casi lo susurró.

Giré la cabeza y lo miré. Sonreía, sonreí y asentí. Se estaba muy bien allí. No sé el tiempo que pasamos los dos allí, sin decir nada, mirando al infinito, escuchando la música, escuchando nuestras respiraciones... Me sentía bien, me sentía igual de bien que día atrás.

De pronto Pablo se levantó.

- Voy a preparar la cena - soltó de golpe -, te quedas a cenar.

- Pero yo...

- Pero yo, nada... Es mi forma de agradecerte que cuidaras de la casa.

- Pero

- Sin peros

Sin tiempo a que dijera nada más, abandonó la estancia. Me quedé allí sentada durante unos minutos más, despidiéndome de las vistas, ahora que él había vuelto no tendría ninguna excusa para escaparme al que se había convertido en mi refugio. Decidí ayudarlo a preparar la cena, no me parecía muy educado ser la invitada y no ofrecer mi ayuda.

Cuando llegué a la cocina, Pablo tenía un despliegue de verduras sobre la mesa que troceaba con gran destreza.

- No te he preguntado- me dijo - estoy preparando *quiche* de verduras, ¿te parece bien?

- Perfecto - le respondí- ¿A qué ayudo?

- Eres mi invitada - contestó -, así que siéntate y disfruta.

- Quiero hacer algo.

Me miró durante unos segundos y sonrió.

- Está bien. Si te parece busca un vino y sirve dos copas.

Me fui hacia el estante de los vinos. La verdad que no entendía mucho, así me dediqué a mirar etiquetas y seleccione una de las que más me gustaba. Cuando me acerqué, de nuevo, hacia donde estaba, miró el vino y sonrió.

- Buena elección.

Sonreí satisfecha.

- Se trata de una DO muy pequeña pero con un gran vino. Eso sí, es un vino tinto, espero que te gusten los vinos con fuerza - mientras decía eso la sonrisa burlona apareció en su rostro y cuando la vi, supe lo mucho que la había extrañado.

Me dirigí hacia la alacena donde tenía las copas para buscar dos donde servirnos. Cuando éstas estuvieron llenas, le acerqué una al lugar donde se encontraba preparando la cena. Me senté enfrente, con mi copa.

- ¿Qué tal ha ido el viaje? - pregunté, reconocía en mi interior que quería

saber qué había estado haciendo.

Levantó la vista de las verduras hacia mis ojos, humedeció sus labios con un poco del vino que había servido, se limpió las manos en el delantal que llevaba, todo sin apartar la vista de mí. Nunca en la vida ningún hombre me pareció tan sexy como Pablo en ese momento. No sé si era el tiempo que llevaba de abstinencia o las ganas que tenía de verlo o no sé qué pero mis ojos estaban fijos en cada uno de sus movimientos mientras mi cuerpo ardía deseando un roce de él.

Con paso firme salió de la cocina y por un tiempo lo perdí de vista, el suficiente para poder recomponerme y apaciguar el calor de mi interior. Aproveché para beber un poco de vino, quizás así podía relajarme y dejar de sentir tanto calor. Volvió en seguida, el tiempo justo para que mi corazón volviera a su ritmo natural. Se acercó a mí con un pequeño paquete entre las manos.

- Ábrelo - me dijo entregándomelo.

Se dirigió de nuevo a su zona de trabajo y siguió como si tal cosa preparando la cena. Lo miré de nuevo, antes de abrir el paquete, se veía tan tranquilo y relajado. Fui soltando los pequeños nudos de la cuerda del envoltorio, al abrirlo me encontré un pequeño libro infantil, titulado Hogar.

Alcé la vista y lo miré sorprendida.

- Es uno de mis últimos trabajos. Está inspirado en ti y la Yaya

- ¿En nosotras? - pregunté sorprendida

Asintió con la cabeza.

Abrí el libro con delicadeza y encontré unas ilustraciones de gran belleza acompañando una historia infantil sobre un caracol, Otto. Otto en una de las aventuras que corre pierde su casa, avergonzado intenta esconderse y huir de su grupo de amigos. Pero éstos en lugar de abandonarlo le ayudan a construir otra repleta de objetos que recuerdan las muchas aventuras que han vivido juntos. Conforme la iba leyendo iba disfrutando más, con cada uno de los personajes, con los dibujos, con la historia. Estaba lleno de poesía y belleza.

Sonreí al terminar de leerla. No sabía cómo agradecerle el regalo tan especial que me había hecho al plasmar un recuerdo mío y de la Yaya en una historia tan bonita.

- Es lo que he estado haciendo este mes, ultimar los detalles de este proyecto. Tenía ya los dibujos y toda la historia, pero había algunas cosas por cerrar. Conseguí que mi ilustrador favorito accediera a hacer los dibujos... Le ha encantado la historia y quiere conocer a la Yaya. Se lo prometí para terminar en tan poco tiempo. Hemos corrido mucho para terminarlo todo.

- Gracias - susurré

Mientras él se preparaba para meter la *quiche* al horno, me acerqué suavemente a él, y deposité un beso en su mejilla, un beso suave, delicado... pero un beso que duró más de lo que dura un beso normal... un beso lento y pausado que gritaba en silencio que quería más. Sin darme cuenta noté su mano en mi espalda, y con un ligero movimiento, nuestros cuerpos estaban juntos, si se giraba... si se giraba estaríamos frente a frente... si se giraba... Cerré los ojos, y con mis labios aún en su rostro deseé que se girara... Lentamente noté como su cuerpo se iba moviendo...

- ¿Interrumpimos? - escuché la voz de María.

Abrí los ojos y me separé de Pablo rápidamente. Ante nosotros estaban paradas Ana y María mirándonos con una gran sonrisa en su rostro.

- Íbamos a cenar - contestó Pablo con total naturalidad.

Procuré no mirarlas a los ojos, sabía lo que me iba a encontrar en ellos.

María se dirigió a la alacena y cogió dos copas más y ambas se sentaron junto a nosotros.

- ¿Qué celebramos? - preguntó Ana.

- Que ha vuelto Pablo - respondí rápidamente.

Nuestros ojos se cruzaron y una sonrisa apareció en los labios de ambos.

- A mí me parece que tú tienes más cosas que celebrar - me dijo María.

- ¿Yo?

- Sí, tú - y contestando eso sacó de su bolso un pequeño libro y lo dejó encima de la mesa.

Era el libro de @ristoteles.

La miré con sorpresa.

- ¿No me digas que no lo has comprado? - me preguntó.

Negué con un ligero movimiento de cabeza. De hecho, me sorprendió que ella ya lo tuviera.

- Pues échale un ojo a la dedicatoria - me dijo Ana.

Cogí el libro entre mis manos, allí estaba el título en grande, YO SOY, cómo no, un palíndromo. Sonreí con ironía, abrí la primera página y allí estaba la dedicatoria que Ana y María mencionaban.

Sólo quien ama vuela y tú me has enseñado a volar.

Por ti y para ti Lucía

Gracias

- Creo que tienes mucho que contarnos porque esta Lucía eres tú ¿no?- soltó María.

Cogí mi copa y bebí un poco de vino. Antes de alzar la mirada y encontrarme con los ojos inquisidores de Ana y María, sabía que me espera una larga charla con las chicas.

Sonreí, recordé el cuento de Pablo, y pese a todas las preguntas que me esperaban, me alegré que de nuevo estuviéramos todos juntos, me sentí de nuevo, de vuelta en mi hogar, rodeada de personas que me importaban.

Alzando el vuelo

- Espera a ver si lo entiendo - me dijo María - ¿has estado durante todo este tiempo hablando con él por *chat*?

Asentí y volví a beber un poco de vino, necesitaba fuerzas, pero a este ritmo como siguiera así alguien me tendría que llevar a casa.

- ¿Y no has comentado nada? - me preguntó Ana.

- Hombre, algo si os he dicho, pero no la frecuencia, ni de que hablábamos... Las conversaciones eran muy personales.

- ¿Cómo puedes decir que eran personales si ni siquiera sabes quién es? - me dijo Ana algo alterada.

Bajé la mirada avergonzada, a mi copa, y bebí un sorbo. No quería ser descortés con Ana, no quería gritarle que aunque no tuviera nombre y apellidos, conocía a @ristoteles muy bien.

- Hombre Ana, no te pongas así - le respondió María - algo sabrá de él.

Asentí y miré con sorpresa a María, ella siempre me había dicho que tuviera cuidado con @ristoteles.

- ¿Y? - me preguntaron las dos

- ¿Y? - les respondí

- Dinos - volvieron a decir a unísono.

- No voy a decir nada - les conteste muy seria -, son cosas íntimas de él.

- Vamos mujer - me dijo María -, que yo te he contado hasta el color de calzoncillos que se compra Carlos

- Me contó cosas de su vida... Cosas que le preocupan - le respondí -, pero no me ha dicho nunca el color de sus calzoncillos, si lo supiera te lo diría.

De pronto escuchamos una gran carcajada. Provenía de Pablo que había estado atento a nuestra conversación sin mediar palabra.

- ¿Y tú de que te ríes? - le preguntó María

- Estáis sometiendo a Lucía a un tercer grado sin dejar que se explique - afirmó Pablo - y además ¿para qué quieres saber el color de calzoncillos de una persona?

- El color de los calzoncillos, hermanito te dice mucho de un hombre - contestó María-. Sabes si es sexy, limpio, ordenado, independiente, con clase... Hermanito - prosiguió mirando a Pablo -, he visto los tuyos y he de decir que eres muy muy caliente.

Sin más le soltó una cachetada en el culo. Bebí otro sorbito de vino para ocultar la sonrisa de mi rostro y las palabras muy muy caliente resonaban en mi mente, si levantaba los ojos y tropezaba con su mirada iba a enrojecer.

- No nos desviemos del tema - dijo Ana con firmeza -. Está bien que no quieras contarnos cosas de él, pero ¿y tuyas? ¿Qué te ha pasado Lucía en este tiempo?

- Es todo muy confuso - dije finalmente - no sé qué ha pasado.

Con esa respuesta fui sincera con ellas y conmigo misma.

- A ver - dijo María sujetando mis manos entre las suyas -, dinos cómo te has sentido y quizás podamos ayudarte.

Miré mi copa, regresé de nuevo la vista a ellos, vi miles de preguntas en sus ojos, bebí un poco más de vino buscando sinceridad o apoyo, respiré hondo, llené de aire mis pulmones y hablé, conté todo lo que había pasado estos meses, lo que había sentido y cómo me encontraba ahora mismo. Frente a mí tenía a tres personas que esperaban con ansiedad mi relato. Y mirándolos a los ojos comencé mi historia con @aristoteles.

- ¡Qué me hablara, para mí fue algo increíble! A mí, a Lucía, a una persona cualquiera... Fue como si un sueño se hiciera realidad, sobre todo, después de seguirlo durante tanto tiempo... ¿Sabes la sensación esa de que todo lo puedes lograr?... Así fue la primera vez que me habló... Pensé que

hablaríamos de política, de actualidad, de literatura... Pero no fue así, me habló de él y de mí.

Guardé silencio. Esperaba preguntas por parte de ellos, pero no hubo ninguna, sentí sus ojos puestos sobre mí, queriendo saber más.

- ¿Sabéis lo fácil que es hablar con alguien que no conoces y mostrarte cómo eres realmente?... Es tan sencillo. A veces vosotras esperáis que haga tal o cual cosa, mi madre, mi Yaya, y yo.... Yo solamente quiero... Quiero saber quién soy... Como vosotras... Como ellas. Y hablando con él, he descubierto cosas de mí, que ni imaginaba...

Seguían allí, frente a mí, sin decir nada y esperando, esperando que continuara desnudando mi alma frente a ellos.

- Cuando Julián terminó conmigo sentí que había fracasado... Me sentí el mayor fracaso de todos - miré a Ana, vi como asentía con la cabeza y sus ojos se cubrían de lágrimas - Víctor en cierta forma me rescató, me hizo sentirme deseada. Cuando fracasas en una relación que alguien te desee es hermoso y peligroso - me sonrojé al recordar el sexo con Víctor - Es hermoso porque te hace volver a creer en ti pero es peligroso porque te puedes aferrar a esa persona para que te salve. Víctor no tenía que salvar a nadie... Nadie tenía que salvarme... Solo yo... Solo yo tenía que salvarme... Yo tenía que creer en mí... Eso lo aprendí por él, por [@ritoteles](#)

- Es hermoso - me dijo María y se acercó a mí para envolverme en sus brazos -, eres hermosa ¿lo sabes?

Asentí, ahora lo sabía. Había tardado en aceptarlo, pero ahora lo sabía.

- ¿Y después de tanta charla sigues sin saber quién es? - preguntó Ana.

- Nunca me ha dicho quién es - le respondí - ¿Os podéis creer que hubo un momento en el que pensé que era Víctor?

- ¿Víctor? - preguntó Pablo con sorpresa.

Asentí.

- ¿Y quieres saberlo? - lanzó la pregunta María, pero sabía con certeza que eran los tres los que querían saber la respuesta.

- No lo sé - fui sincera.

Todos guardamos silencio, un silencio sepulcral que se instaló en la habitación, un silencio que mostraba que no eran la respuesta que querían escuchar.

- Después de saber que había publicado el libro he de confesar que me enfadé - proseguí - Después de compartir tantos secretos desaparece y no me dice nada del libro, nada... Me planteé todas nuestras conversaciones...

- ¿No has hablado con él del libro? - era de nuevo Ana la que me interrogaba.

Negué con la cabeza.

- Nada - dije -. De hecho hace un tiempo que no sé nada de él.

- Quizás lo del libro no pudiera decirlo - se aventuró Pablo -, en mi editorial se firman acuerdos de confidencialidad para evitar que puedan salir a la luz noticias que la editorial no quiere.

Lo miré con asombro, en esa opción no había pensado.

- Es cierto lo que dice mi hermano - continuó María -, deberías de hablar con él antes de precipitarte.

Ahora era yo la que callaba, la que tenía que pensar en lo que ellos me habían dicho.

- ¿Que sientes por él Lucía? - me preguntó Pablo sin apartar la vista de mí.

No pude contestar, un pequeño nudo se instaló en mí garganta sin dejar pasar una palabra.

- ¿Estas enamorada? – insistió.

- No lo sé - respondí casi como un susurro, apenas audible.

Pablo no dejaba de mirarme, con tal intensidad que parecía querer atravesar mi alma, pero por más que insistiera yo no sabía lo que sentía. Seguí callada, sin decir nada, con un silencio ensordecedor instalado en toda la sala. Agaché la mirada hacia mi copa de vino, ya casi vacía, pero pese a

ello seguía sintiendo los ojos de todos ellos sobre mí.

- Cariño- fueron las palabras de Ana que rompieron el silencio -, debes aclararte, debes aclarar lo que sientes y, sobre todo, tener mucho cuidado, no sabes quién es.

- No sé cómo se llama Ana - dije con firmeza alzando la vista - pero si sé quién es, sé cómo es.

- ¿Y si es todo mentira pequeña? - me volvió a decir - Tú lo has dicho, no te ha contado lo del libro, no lo sabes todo, y si es un personaje que se ha querido reír de ti, de tu inocencia.

La miré con rabia, él no era así, nuestras conversaciones no habían sido mentira, no, él podía haberme ocultado lo del libro, pero todo, en todo lo demás fue sincero.

- Yo - comencé a balbucear - yo... creo que te equivocas.

- Creo que vamos a tener la oportunidad de comprobarlo - dijo María muy entusiasmada.

La miramos todo con asombro, y vimos como no despegaba ojo de su pantalla de móvil.

- Mirad - comentó girando su móvil para que todos pudiéramos verlo.

La editorial que publicaba el libro de @ristoteles había sacado un concurso donde invitaba a participar a todo el mundo bajo la pregunta ¿Quién es @ristoteles? El ganador podría entrevistarle personalmente.

- ¿Te atreves? - me dijo María.

- Si tanto lo conoces - soltó Ana -, es tu oportunidad de ganar así sabrás si todo ha sido una falsa o es real.

Tras la cena con ellos, cuando llegué a casa tenía mucho en lo que pensar. Cogí el libro que me había dado María y volví a leer la dedicatoria.

*Sólo quien ama vuela y tú me has enseñado a volar. Por ti y para ti Lucía.
Gracias*

Entré a mi perfil de *Facebook* y cambié mi estado: *Alzando el vuelo*. Había tomado una decisión. Había llegado el momento de conocerlo. Encendí mi *tablet* y comencé a escribir, me esperaba una noche muy larga si quería ganar ese concurso.

¿Quién es @ristoteles? @ristoteles es...

Quién es @ristóteles

No sé tu nombre... no conozco tu rostro... no me importa... porque sé quién eres.

Eres la persona que me ha enseñado a luchar por lo que creo porque veo cómo lo haces tú a diario en tus artículos.

Eres la persona que ha derribado el muro de mis miedos, has conseguido que tenga ganas de descubrir que hay más allá de ellos.

Eres la persona que ha devuelto la paz a mi corazón pero antes lo has sacudido, puesto patas arriba y has hecho que me cuestione todo aquello en lo que creo.

Eres la persona que ha conseguido que crea de nuevo en el destino, en la magia, en aquello que hace que la vida sea especial y maravillosa.

Eres la persona que ha logrado que me ría de mis defectos, que los ame, que disfrute de ellos... que aprenda que tener defectos no me hace imperfecta... me hace humana.

Eres la persona en la que confío plenamente porque sé que siempre has estado y estarás ahí.

Eres la persona a quien le dedico siempre mi primer pensamiento del día y el último de la noche, con la que tengo ganas de reír, de llorar... con la que deseo hablar todos los días sobre cualquier tema... ¿Sabes las veces que en mi cabeza he compartido un libro, un pensamiento contigo?

Eres la persona con la que quiero vivir hoy, mañana y siempre.

Eres la persona que siempre he buscado sin saberlo...has llegado sin esperarte y espero que te quedes sin necesidad de pedírtelo.

Eres valiente, generoso, honesto, sincero... eres un soñador que me ha contagiado la ilusión... eres paciente, respetuoso... eres una persona noble...

Y podría seguir enumerando cada una de tus cualidades, pero me basta con decirte que eres la persona que hace que mis ojos sonrían, mi rostro brille y mi alma se calme.

No conozco tu nombre, ni el color de tus ojos, ni tu risa... no conozco nada de eso, pero sé quién eres... sé quién eres porque conozco tu interior.

Cuando terminé de escribirlo eran bien entrada la madrugada. Dudé un instante antes de enviarlo y participar en el concurso, pero era cierto, era mi oportunidad para conocer a la persona de la que, sinceramente, me había enamorado.

¿Puede una estar enamorada de una persona que no conoce físicamente? Me sentía estúpida y si Ana tenía razón y todo era una gran mentira. Ya era tarde, mi corazón había sucumbido a sus charlas y todo mi ser reclamaba conocerlo.

Pulsé la tecla de enviar. Allí estaba, yo, Lucía, participando en un concurso para conocer a @ristoteles, ¡la suerte estaba echada!

Cogí el móvil y en el grupo de las chicas escribí.

Yo: *Lo he hecho*

María: *¿Qué haces despierta a estas horas?*

Yo: *Escribir y ¿tú?*

María: *Acabo de tener buen sexo*

Ana: *Por favor, y ahora vendrás y no lo contarás*

María: *Y ¿tú? ¿También levantada?*

Ana: *Si, la pequeña acaba de despertarse con una pesadilla, le pasa desde que lo dejamos su padre y yo*

Yo: *Pero ¿está bien?*

Ana: *Sí, no es nada que muchos abrazos no puedan curar, pero ¿qué es lo que has hecho para avisarnos a estas horas?*

Yo: He participado en el concurso de [@ristoteles](#)

María: Me alegro

Ana: Espero que no te desilusiones

María: ¿Por qué se va a desilusionar? que tú te divorciarás no quiere decir que el mundo esté lleno de cabrones. Deja que la muchacha encuentre a su propio cabrón

Ana: Eso ha sido duro María

María: Lo siento, pero no sabemos qué va a pasar. No hay por qué tener miedo.

Yo: Ya lo he hecho. Me he dado cuenta de una cosa

Ana: ¿Qué?

Yo: Creo que me he enamorado de él

María: Cariño, eso ya lo sabíamos todos solo con la forma en la que hoy nos has hablado de él.

Yo: Y si Ana tiene razón

María: Ves lo que has conseguido con tus inseguridades, meterle miedo a la niña

Ana: Lo siento. María lleva razón, que yo me haya divorciado no significa que a todo el mundo le tenga que ir mal

Yo: A mí ya me fue mal

María: Cariño que una vez te vaya mal en el amor, no quiere decir que no te pueda ir mal dos veces

Yo: Ya

Ana: ¿Ahora quién es la que da ánimos?

María: No te preocupes, esta vez has hecho lo correcto

Yo: ¿Cómo lo sabes?

María: porque cuando se está enamorada como tú lo estás lo mejor es arriesgarse y vivir lo que tengas que vivir.

Yo: Eso también lo dice la Yaya y mamá

María: Que no se diga que no has luchado por lo que sientes

Ana: Y ¿si no ganas?

María: Vamos, ya está otra vez Mis Felicidad

Ana: Joder ¡alguien tendrá que poner la razón en esta historia de locos!

María: si no gana ya veremos

Yo: Si no gano... no he pensado que pasará si no gano.

María: Ya lo pensaremos, no te preocupes por eso. Os dejo que mi hombre me reclama. No pienses más, has hecho lo correcto.

Yo: ¿Piensas lo mismo?

Ana: Sí, aunque el final no sea el que te esperas, aunque no consigas un príncipe azul, de alguna manera esta historia tiene que terminar ya

Yo: Pero yo no quiero un príncipe azul, quiero una persona normal y corriente, con sus defectos y sus virtudes

*Ana: espero que la encuentres, de todo corazón espero que la encuentres.
Buenas noches*

Me fui a la cama con un sabor agridulce. Sabía que era lo que tenía que hacer, sabía que era lo correcto escribir esa carta, pero también tenía la certeza como había dicho Ana que éste era el final de una historia y ahora ¿qué pasaría?

El día siguiente transcurrió con normalidad. No volví a saber nada de las chicas tras la charla de la noche anterior, pero cuando volví a casa allí estaban al completo todas las mujeres de mi familia esperándome.

- ¿Qué hacéis? – pregunté.

- Venir a verte - me contestó Alicia - ¿Es que no podemos?

- Si, pero ¿las tres?

- Que desagradecida que eres niña - respondió la Yaya-, anda abre la puerta que se me enfría el bizcocho.

Obedecí como una autómatas, me sorprendió que estuvieran allí, pero me iba a enterar de lo que querían muy pronto. Preparé café para acompañar el bizcocho.

- ¿Me vais a decir ya lo que queréis? - les dije -, o vamos a tener que terminar todo el bizcocho.

Mamá sonrió y miró a Alicia. Ésta se levantó de su silla, se dirigió a mí y soltó:

- Vas a ser tita.

- ¡Ya! - grité emocionada, corrí para abrazarla.

- ¿Cuándo, cómo? - comencé a preguntar nerviosa - Pero si me dijiste que estabas intentándolo hace nada .

- Tenía mis sospechas - me contestó -, pero me dio apuro decirte.

- ¿Por qué? - le pregunté.

- Pues de todo lo que ha pasado con Julián, pues yo, no sé, me daba vergüenza decirte lo feliz que era y, sobre todo... me daba miedo, por si no podías compartir esa felicidad conmigo.

Diciendo eso una lágrima calló por su rostro.

- No seas tonta - le dije mientras volvía abrazarla -, claro que soy feliz, como no voy a serlo. Qué sepas que lo voy o la voy a mimar como se merece.

- ¡No! - gritó la Yaya - eso me toca a mí - diciendo eso se dirigió a la barriga de mi hermana y comenzó a acariciarla - Seguro que va a ser una niña, lo presiento.

- No empieces Yaya - protestó Alicia.

Sonreí de ver la escena. Esa eran mis chicas.

- ¿Estás bien? - me preguntó mamá, sin que nadie más se percatase.

Asentí con la cabeza.

- ¿Seguro? - me replicó - mira que te conozco.

Encogí los hombros y agaché la mirada.

- He hecho algo que no sé si está bien - le dije.

Justo en ese momento Alicia y la Yaya había terminado su discusión y por muy bajo que lo pronuncié mi frase fue audible para ellas.

- ¿Qué has hecho? - preguntó la Yaya.

Les conté todo, les conté las noches en vela charlando con él, les conté que había participado en el concurso y les leí mi carta. Cuando terminé, levanté la vista esperando su desaprobación pero me encontré tres pares de ojos repletos de lágrimas.

- ¿Qué sucede? - dije asustada - ¿Tan grave es lo que he hecho?

- No - me dijo mi madre, acercándose a mí para abrazarme -, es tan valiente. Me siento muy orgullosa de ti.

Sonríe, yo también me sentí orgullosa de mis acciones, hacía mucho tiempo que no me sentía así.

Pasamos toda la tarde de charla haciendo planes sobre el futuro hijo de Alicia y deseando que el tiempo pasara rápido para conocer pronto la solución del concurso y saber si mi extraña historia tendría un final feliz.

Solo tres teclas

- ¿Sabes algo? - me acababa de preguntar la Yaya cuando subía a mi apartamento.

En los últimos cinco días había escuchado esa frase infinidad de veces y la respuesta era siempre la misma. No, no había sabido nada del concurso en todo este tiempo, ni de @ristoteles.

- Ya sabrás - me respondió la Yaya.

- Hoy es el plazo, si no dicen nada - no llegué a terminar la frase.

- Sabrás - replicó- tu tranquila, todavía queda día...

Cuando llegué al apartamento me tumbé en el sofá con una sensación de derrota, enseguida mi móvil empezó a vibrar.

María: ¿Estás en casa?

Yo: Si

María: ¿Has sabido algo?

Yo: No me lo preguntes otra vez, por favor. Me siento tonta.

María: no te sientas tonta. ya verás como todo va bien

Yo: Espero que tengas razón

De pronto llamaron a la puerta.

Yo: Llaman a la puerta, luego seguimos hablando.

Me levanté a abrir y cuando lo hice allí me encontré a María.

No pensaba que te iba a dejar sola- me dijo cuando la vi - ¿Quieres que nos vayamos de comprar para pasar el rato?

Negué con la cabeza, no era de las personas aficionadas a las compras.

- Pablo tiene un acto de promoción - prosiguió - ¿te apetece?

Asentí.

Cogí una chaqueta y salimos. Tardamos unos 20 minutos en llegar a una pequeña librería situada en un barrio no muy cercano al nuestro. Era un sitio realmente acogedor. En las nubes se llamaba, decorado todo con nubes hechas de materiales diferentes, algodón, lana, papel, pintadas... a cualquier sitio que miraras siempre encontrabas una nube. La librería estaba al completo, llena de familias con niños. Me sorprendió mucho el acto. Al fondo pude ver un gran caracol de cartón y en un rincón, sentado en el suelo, se encontraba Pablo, leyendo su último libro, el que estaba dedicado a la Yaya y a mí. Nos situamos estratégicamente al fondo de la habitación, y allí pudimos ver como recitaba el cuento para los niños que lo miraban atentamente. No sé percató de nuestra presencia lo que me permitió observar cada gesto que hacía, cada palabra que leía con detalle. Vi el amor con el que contaba la historia, la ternura con la que trataba a los niños...

- No mires a mi hermano así - me sacó María de golpe de mis pensamientos.

- ¿Cómo? - le dije sorprendida.

- Como si te lo quisieras comer - respondió entre risas - si no estuvieras coladita por otro diría que...

Me sonroje, ¿de verdad miraba a Pablo como si me lo quisiera comer?

- ¿Quieres un caramelo? - dijo María mientras se sacaba un caramelo *Wheter's Original* del bolso.

Negué con la cabeza.

- Menos mal - me replicó - son los favoritos de mi hermano y solo me queda uno.

Seguí atenta a la lectura de Pablo, intenté no mirarlo como antes y mi vista iba de un lado hacia otro de la librería... Un niño inquieto que no cesaba de levantarse, una madre limpiando mocos detrás un pequeño que jugaba con un tren... Un gran caracol con el hombre de Otto... María jugando con el papel

de un caramelo... Otto, repetí, Otto... Un palíndromo y sonreí... Desde que conocí a @aristoteles todo eran palíndromos... Mientras pensaba en ello alcé la vista y tropecé con los ojos color miel de Pablo que por fin nos había descubierto. Me sonrió levemente y continuó con su historia. Seguí mirando aquí y allá la librería... Una nube... una niña tirando a su hermana del pelo... Las manos de María sobre el móvil... Otto... La dueña de la librería sirviendo más café... Y los ojos de Pablo, que no dejaban de cruzarse con los míos...

Cuando la lectura terminó Pablo saludó a los niños y firmó algunos libros que habían adquirido. Mientras María y yo nos dimos una vuelta por la librería. Me encantaba cada detalle de aquel sitio.

- ¿Sabes que Pablo hace aquí siempre la primera presentación de su libro infantil? - me comentó María mientras parábamos.

- ¿Y eso? - pregunté intrigada.

- La dueña es compañera suya de la facultad y cuando Pablo comenzó fue la única que se ofreció para ayudarlo. Desde entonces él siempre presenta sus libros aquí.

Cuando María terminó de contarme la historia Pablo llegó hasta donde nos encontrábamos.

- ¿Qué hacéis aquí? - nos preguntó sorprendido.

- ¿Qué pasa? No puedo venir a las presentaciones de mi hermano - replicó mi amiga

- María, que nos conocemos - contestó Pablo.

- Anda toma un caramelo, que te lo he guardado.

María sacó el último caramelo que le quedaba y lo extendió antes de que Pablo pudiera decir nada, la dueña de la librería lo llamó. Mientras Pablo terminaba de hablar con ella, María y yo continuamos recorriendo el local. Terminé ojeando de nuevo el cuento de Home, con el protagonista Otto, sonreí al darme cuenta que el número de páginas que tenía era de 22. ¡Qué curioso un número capicúa! Otra coincidencia más que lo relacionaba con @aristoteles. Con toda esta actividad había olvidado por completo el

concurso, revisé el bolso e hice el intento de mirar mi correo, mis redes, simplemente mi buzón, pero María rápidamente llegó a mí.

- Mejor cariño céntrate en esto que es real, y cuando llegues a casa ya ves lo que pasa con el concurso.

Guardé el móvil. Tendría que esperar un poco más.

Pablo se unió a nosotras enseguida, María tomó la iniciativa, como venía siendo habitual y nos llevó a una nueva cervecería que había abierto para celebrar el éxito de su hermano.

Nos sentamos en una pequeña mesa, en una acogedora terraza situada en una plaza emblemática.

- ¿Entonces? ¿Te vas a ir de gira con tu libro de Home? - preguntó María para romper el silencio que se había instalado en la mesa tras la llegada de nuestras bebidas.

- Estoy agotado de tanto trabajo, me apetece desconectar un poco - respondió él, reclinándose en su silla – la he aplazado un mes.

- ¿Eso significa entonces que pierdo mi segundo empleo? - le pregunté sorprendida.

- No - me dijo -, significa que al menos durante un mes vamos a descansar.

Mi móvil comenzó a sonar. Antes de sacarlo del bolso miré fijamente a María. Ella asintió. Vi reflejado en la pantalla el teléfono de Ana, descolgué. La conversación fue sencilla. Me dio la enhorabuena por ser tita y me preguntó por el concurso, le indiqué donde estábamos, pero no le apetecía desplazarse, sobre todo teniendo a los pequeños.

- ¿Y eso de la enhorabuena? - preguntó Pablo nada más descolgar.

- Voy a ser tía - les dije sonriendo.

- Perri - me gritó María - esas noticias se dan nada más vernos.

- Pensé que lo sabías - contesté - Alicia se ha encargado de gritarlo por

todos lados.

- Últimamente no escucho nada - soltó -, sólo los gemidos de placer de Carlos.

- ¡María! - gritó Pablo.

-¡Hermano! - le replicó - ¡Qué tu no gimes!

Sentí una carcajada enorme en mi garganta que no pude reprimir. Era única María para hacerme sonreír. Así entre bromas y piques de hermanos me hicieron pasar una tarde agradable, olvidándome por completo de cualquier otra cosa que no fueran Pablo y María, María y Pablo.

Antes de dejarme en casa María me dijo una frase que todavía resonaba en mi mente cuando llegué a la soledad de mi salón:

- A veces no es tan fácil ver lo evidente, abre los ojos chiquilla.

Me senté el sofá agotada, ¿qué era tan evidente que no estaba viendo? Sobre la mesa estaban la *tablet* y el último libro de Pablo. Cogí la *tablet* y comencé a chequear para saber si tenía alguna novedad y encontré... ¡una notificación en el mail!

Asunto: Resolución Concurso ¿Quién es @ristóteles?

Estimada Lucía Fernández, nos es grato comunicarle que ha sido la ganadora del concurso ¿Quién es @@ristóteles? Dicho concurso le otorga el premio de una entrevista personal con el autor del blog. Nos pondremos en contacto con usted a la mayor brevedad posible para hacerle llegar todas las condiciones.

¡Enhorabuena de nuevo!

Salté, grité, lloré de felicidad ¡había ganado!

Rápidamente llamé a mamá, que estaba junto a la Yaya, las escuché gritar de alegría, también se lo dije a Alicia, me quedaban las chicas.

Yo: ¡He ganado!

María: *lo sabía pendón*

Ana: Me alegro, me alegro mucho

María: cuando eches tu primer polvo con él nos lo dedicas por tantas horas de ánimos

Ana: eso mientras no sea un viejo verde o un adolescente imberbe

María: vamos a tener que hacer algo contigo Ana para que mejores la perspectiva de la vida

Yo: Hay que celebrarlo

María: por supuesto que sí, pero primero conócelo y disfruta

Encendí mi *tablet* más relajada. Vi una actualización en su perfil:

“El amor está compuesto de una sola alma que habita en dos cuerpos”
(Aristóteles)

Hice clic en Me gusta.

Segundos después la luz verde de su chat se encendió:

Hola rubia

Hola moreno

Te he extrañado

Guardé silencio. Yo también lo había extrañado enormemente.

Has ganado el concurso

Lo sé

Gracias

¿Por?

Pensar eso sobre mí

Sonreí, ¿había alguien en el mundo con tanta ternura?

¿Sabes dónde encontrarme?

Guardé silencio. Seguí mirando la pantalla de la *tablet* sin saber que decir. Mi vista se apartó para depositarla nuevamente sobre el libro de Home, que seguía en la mesa, recordé el caracol Otto... Recordé la historia....Recordé cada detalle de aquella tarde... Recordé la frase de María... ¿Podría ser, de verdad, que no hubiera visto nada de lo que ahora claramente se mostraba ante mis ojos?

Y, sólo tres teclas, tres teclas, me separaban de él. Escribí en mi *tablet*: Sí y le di a enviar. Sabía dónde encontrarlo.

Y ahora ¿qué?

Me detuve delante de la puerta de su casa, la que en los últimos meses se había convertido en un oasis para mí. Sonreí. Sentía en mi estómago mil mariposas aletear cuando toqué el timbre. La puerta se abrió casi al instante. Ahí estaba él, Pablo, parado mirándome y sonriendo como siempre hacía. Nos quedamos así durante un tiempo, los dos, en silencio, sin decir una palabra, mirándonos simplemente a los ojos. Se acercó a mí lentamente, sujetó mi rostro entre sus manos y me besó. Fue un beso cálido y suave. Sus labios sobre los míos y mi cuerpo explotando de emoción, sólo con un beso, noté como las mil mariposas de mi estómago se expandían por todo mi ser, llegando a cada rincón, todo con un beso, sólo con un beso.

Cuando se apartó la sonrisa de su rostro era tal que no pude evitar reír.

- Estás preciosa cuando ríes así - me dijo apoyando su frente sobre la mía.

- ¿Cómo he reído? - quise saber.

- Con los ojos - me respondió -, pasa si no quieres que demos un espectáculo en la calle.

Esta vez reí a carcajadas. Cogió mi mano entre sus manos y me guió por una casa que ya conocía casi a la perfección. Se detuvo en la cocina para coger dos copas y una botella de vino para luego proseguir nuestro camino hacia el lugar que más me gustaba. Antes de llegar se detuvo.

- Cierra los ojos - me dijo.

- ¿Y eso? - lo miré con extrañeza.

- Te he preparado una sorpresa.

Sonreí de nuevo. Cerré los ojos obedientemente. Volví a sentir su mano entrelazada a la mía, era como si hubieran estado así toda la vida, junto a la de él. Era más difícil andar con los ojos cerrados, pero gracias a su ayuda todo parecía más sencillo. De pronto se detuvo, me detuve.

- Ahora te voy a soltar y cuando te diga ya los abres.

Noté como nuestras manos se separaban y ya añoraba su calor. Permanecí allí parada con los ojos cerrados durante unos segundos hasta que escuché como gritaba ¡Ya!. Entonces abrí los ojos.

- He tenido ayuda - me dijo.

El lugar estaba precioso. De una de las paredes colgaba una hilera de pequeñas bombillas simulando una cascada de luz. Junto a ella una mesa de madera con una vela, las dos copas, la botella del vino y dos sillas. En el sitio donde estaban las mejores vistas había preparado un gran sofá, muy cómodo, decorado con grandes cojines. Todo el lugar invadido de pequeñitas velas que le daban una luz muy cálida y pequeños ramos de unas flores que ya eran conocidas por los dos: No me olvides.

- Donde quieras me dijo - señalando entre la mesa y el sofá.

Me dirigí al sofá. Al llegar vi con detalle que la tela de los cojines eran series de número capicúas.

- Nada más verlos pensé en ti.

Me sentí especial, no sólo por las palabras que decía, sino porque a cada lado que mirara había un detalle que formaba parte de nuestras conversaciones, de nosotros dos. Había diseñado esa habitación pensando en mí. Sentí un calor inmenso en el pecho. Me senté en el sofá, abrazando uno de los cojines, pude comprobar lo cómodo que era, se convertía en el sitio ideal para disfrutar de la belleza de las vistas. Él se dirigió hacia la mesa.

- Siempre me gustó este sitio - le dije.

- Lo sé - me respondió - está pensado para ti.

Guardó silencio unos segundos mientras me contemplaba para continuar diciendo:

- Podemos cambiar lo que quieras.

- Está perfecto así - le dije.

Parece que mi respuesta lo tranquilizó. Llenó las copas de vino, se acercó hacia donde estaba sentada, ofreciéndome una, se sentó a mi lado.

- ¿Quién te ayudó? - le pregunté intrigada.

- María - me respondió.

- ¿Tu hermana sabía todo? - en mi voz se notaba la sorpresa.

Asintió.

- Pero no la mates – soltó con su sonrisa pícaro -. Cuando se enteró la obligué a mantener el secreto.

Al día siguiente tendría una charla con María. Los dos guardamos silencio por unos minutos. Se estaba tan bien allí, junto a él, en aquel lugar. Sentía su cuerpo cada vez más pegado al mío, su calor tan cerca de mí, que noté mi rostro sonrojarse de los pensamientos que acudían a mi mente.

- Debí de parecer tonta por no saber quién eras - me atreví a decir.

- ¿Por qué? - me dijo él sorprendido - Nunca he pensado eso, espero no habértelo dado a entender

- No... yo – balbuceé.

- Ya te he dicho mil veces lo maravillosa que me pareces pero si hace falta te lo repito todas las veces que sea necesario, no me voy a cansar de hacerlo.

Guardé silencio, noté como pasaba uno de sus brazos por mi espalda, aproveché la ocasión para aproximarme a él y terminar apoyando mi cabeza sobre su pecho. Con cada uno de sus toques mi cuerpo vibraba y desataba de nuevo el vuelo de las mil mariposas. Sonreí. Me sentía como una niña pequeña con zapatos nuevos o como el primer día de feria.

- ¿Y si no gano el concurso, cómo hubieras hecho para decirme quien eras? - pregunté intrigada.

- El concurso fue idea de María también - me dijo, noté en su voz un tono de disculpa - No sabía cómo decírtelo. Cada vez que te veía me moría de ganas de tocarte, de besarte, de gritarte quien era... Pero siempre había

alguien o pasaba algo... ¿Sabes lo tonto que me veía esperando que te conectaras a *Facebook* para hablar contigo? ... ¿Sabes la de veces que temía decir algo que le habías dicho sólo a @ristóteles? ... Me moría por besarte.

Bajó su rostro buscando mis labios para darme un nuevo beso. De nuevo las mariposas, de nuevo temblando de emoción... Tendría que hablar con María y darle las gracias por tantas cosas.

- Fue muy bonito lo que escribiste sobre mí, rubia - dijo mientras se separaba de mi - ¿Sabes la de veces que me he tenido que contener para no llamarte rubia, mi rubia?

La sonrisa que comenzó a aparecer en mi rostro fue interrumpida por un nuevo beso.

- He de reconocer que ya me sentía atraída hacia ti antes de saber quién eras realmente. Pero si te soy sincera cuando te volví a ver después de tantos años pensé que no eras mi tipo.

- Ya lo vi - me respondió.

- Yo... lo siento ... lo de Víctor - comencé a decir.

- No tienes que sentir nada... Las cosas llegan cuando tienen que llegar... Ese no era nuestro momento.

- ¿Siempre eres así de profundo?

- Soy tan profundo como tú quieras - me dijo con la voz ronca.

Comenzó a darme suaves besos por el cuello. Se sentía tan bien.

- He de confesarte que siempre me intrigaste - soltó - La hermana pequeña de Alicia, la chica de la biblioteca...

Sin que pudiera responder tenía sus labios puestos de nuevo sobre los míos. Pero esta vez el beso fue más intenso y mi cuerpo comenzó a querer más, más besos, más caricias, más de él...así que cuando el beso finalizó me levanté del sofá.

- ¿Dónde vas? - noté la inquietud en su voz.

- A tener mejores vistas.

Me senté sobre sus rodillas, así estábamos frente a frente, mirándonos a los ojos como siempre hacíamos.

- Ay rubia - suspiró -, así claro que mejoran.

Sujeté su rostro entre mis manos como él hizo antes conmigo y lo besé. Sentí sus labios responder a los míos con tanta pasión como la que yo demandaba. El calor comenzó a invadir mi cuerpo.

Se separó de mí dulcemente.

- Si me besas así otra vez no sé cómo va a terminar esto- me dijo.

- ¿Siempre tienes que saber cómo termina todo? - lo reté - Creo que toca dejarse llevar - lo último fue casi un susurro.

Guardó silencio. Sin apartar la mirada de sus ojos volví a coger su rostro entre mis manos y acerqué mis labios a los suyos. Me sentí valiente, audaz, poderosa... Lo besé. Me respondió y cómo me respondió. Sentí sus manos aferradas a mis caderas y sus labios sobre los míos presionándolos cada vez más fuertes obligándome a abrir mi boca. Su lengua entró rápidamente, explorando el terreno, acariciando mi lengua y cada rincón de mi boca. Sus manos abandonaron las caderas para recorrer suavemente mi espalda... y mi cuerpo seguía pidiendo más. Mis manos se aferraron a su pelo, jugando con él. Quería tocar cada centímetro de su cuerpo, quería que él sintiera el mismo fuego que yo sentía cada vez que él me acariciaba. Cuando logramos separarnos me dijo con la voz rota por el deseo:

- Vamos

Me ayudó a incorporarme y acto seguido él se levantó también. Buscó mi mano y me guió de nuevo por la casa.

Llegamos a su dormitorio. Era muy sencillo como él. Ahí estábamos los dos de nuevo, frente a frente, fue hermoso porque ambos comenzamos a hacernos el amor.

Fuimos desnudando nuestros cuerpos a base de caricias, caricias que despertaban mil y una sensación. Quería corresponder a cada uno de sus

toques porque cada uno de ellos era una manifestación de amor, quería que él sintiera lo mismo, quería que él supiera todo lo que yo lo amaba... ¡Se pueden decir tantas cosas con el cuerpo!

Con cada uno de sus gestos... Con cada uno de sus movimientos... Pablo me decía confía en mi... te respeto.... Te amo... Sentía la necesidad de que él percibiera lo mismo.

Sin darnos cuenta estábamos tumbados en la cama uno junto al otro, desnudos, en silencio, sudorosos y ansiosos por sentirnos dentro.

El comienzo fue dulce y tierno, como es él. Sentía sus embestidas, sus manos agarradas a mi cadera, sus movimientos suaves dentro de mí, sus ojos puestos en los míos. Mi cuerpo se acompasó a su ritmo sosegado, mis caderas buscaban sus manos, su pelvis, ni un momento separados. Poco a poco nuestras respiraciones se fueron intensificando, nuestro deseo fue en aumento y el ritmo de nuestras caderas también, al compás, sin decir palabra, sólo hablaban nuestros cuerpos y nuestros ojos. Llegó el climax. Sentí como explotaba en mi interior, lo vi en su mirada y, acto seguido, mi cuerpo se entregué a la cima del máximo placer. Nunca había sentido tanto, nunca había sentido nada parecido, nunca nadie había hecho el amor conmigo.

Pegados como estábamos, nos abrazamos y nos dejamos llevar por el sueño. Un sueño cálido y placentero.

A la mañana siguiente cuando abrí los ojos, ahí estaba él, a mi lado mirándome. Sonreí. Me dio un ligero beso de buenos días y me dedicó una de sus mejores sonrisas. Se incorporó de la cama y se fue a la ducha. A los pocos minutos apareció con el pelo mojado y unos boxer negros que le quedaban bien ajustados, sólo de mirarlo el deseo llegó a mi cuerpo. Recordé a María y su teoría sobre la ropa interior. Como bien decía ella, Pablo cumplía esa regla.

- No me mires así - me dijo con picardía - que vuelvo a la cama.

Volví a sonreír, con este hombre no se me agotaban las sonrisas.

Se acercó a la cama y se sentó junto a mí, plantó un beso en mis labios.

- Y ahora ¿qué? - le dije.

Se aproximó de nuevo, sujetó mi rostro entre sus manos, y si apartar la mirada me respondió.

- Ahora todo lo que tú quieras.

Pues lo que quería era a él y se lo hice saber y sin darnos cuenta nuestros cuerpos estaban de nuevo expresando todo el amor que nos teníamos.

El amor es sencillo

Varios meses después...

Llegaba ya tarde a la cita con las chicas, seguro que alguna bronca me caería. Acababa de entregar un trabajo para la editorial de Pablo y me disponía a pasar la tarde con mis amigas y mi hermana que estaba a punto de explotar y hacerme tita por primera vez. Desde que Pablo y yo habíamos comenzado a salir me ayudó mucho con mi carrera y ahora me dedicaba a trabajar de *freelance* escribiendo, no sólo para su editorial sino para otras marcas, me había convertido en una *copywriter*... vamos estaba encantada de la vida.

Cuando llegué al café me encontré a las tres ya allí. Sonreí al verlas, qué bien nos sentaban esas tardes de parloteo.

- Hija, desde que tienes sexo con mi hermano hay que ver como tienes la piel - me saludó María nada más llegar.

- María - saltó Ana.

- Pero mira su cutis, por favor - dijo María señalando mi cara - y que sepas que ese cutis me lo debes a mí.

- ¿Quieres dejar a mi hermana y a su vida sexual en paz? - gritó mi hermana como una histérica.

Reí a carcajadas.

- No pasa nada - les dije-, he de reconocer que el cutis lo tengo mejor - le guiñe un ojo a María - pero yo lo llamaría felicidad.

- Si vais a babear avisadme - respondió Ana - no me he traído babero.

Todas reímos. Una vez más tranquilas y con nuestros café sobre la mesa les pregunté:

- ¿Qué es eso tan importante que nos tenías que decir? - le dije a María, que era la que había convocado la reunión.

María agachó la cabeza y miró fijamente su taza de café. Intuí que la noticia no iba a ser muy positiva.

- Carlos - comenzó a decir con la voz entrecortada.

- ¿Qué te ha hecho ese cabrón? - saltó Ana sin darle tiempo a continuar.

- No, no me ha hecho nada - continuó María.

Levantó la cabeza y vimos lágrimas en sus ojos. Extendí mi mano para agarrar la suya.

- Le ha salido una oferta de trabajo en el extranjero y se marcha unos días - se atrevió por fin a decir.

- ¿Qué vais a hacer? - dije sin soltar su mano.

- Nada- replicó ella - no vamos a hacer nada.

-¿No te vas con él? - preguntó Alicia sorprendida.

María negó con la cabeza y continuó diciendo.

- A mí me han ascendido. Tengo una carrera profesional espectacular aquí... No puedo irme. Él no encuentra un trabajo decente... Se va a trabajar de lo suyo... Así que lo entiendo... Entiendo que tenga que irse.

- ¿Cómo estás? - le pregunté.

- Un poco asustada - continuó mi amiga - Hemos decidido seguir a distancia. Va a ser duro, pero lo queremos intentar.

- Vamos a estar aquí para lo que necesites - saltó Ana.

Nos levantamos todas para abrazarla. Esas eran mis amigas, a la que cada día quería más y de las que me sentía tremendamente orgullosa.

- Gracias - dijo María cuando nos sentamos - pero no más abrazos ni muestras de cariño en público que me avergüenzo.

Reímos, María nunca cambiaría aunque Carlos había conseguido verdaderos milagros y por eso tenía la certeza de que les iría bien. No sería

fácil, pero les iría bien.

- A ver cuando nos dices tú que tienes a alguien en tu vida - dijo Alicia, mientras apoyaba su mano en el brazo de Ana.

- Ya tengo a alguien en mi vida - respondió ésta.

Todas la miramos sorprendidas..

- ¿Y no has dicho nada, guarra? - dijo María

- Me tengo a mí y a mis hijos - contestó Ana llena de orgullo - ¿no es suficiente?

- Decimos a alguien que te quiera - alegó Alicia.

- Mis hijos me quieren y yo también me quiero, he aprendido a quererme y es lo mejor que me ha pasado en la vida - habló Ana con resolución.

- Joder, Ana, ya nos entiendes - resopló María.

- Ahora mismo estoy muy bien como estoy - volvió a decir Ana - necesitaba este tiempo para mí y mis hijos.

Miré a mi amiga y era cierto, hacía tiempo que no se le veía tan bien como era. Había recuperado esa luz que irradiaba cuando éramos adolescentes. Había comenzado con nuevos proyectos que le permitían disfrutar al máximo de su vida familiar. Me gustaba la mujer que estaba comenzando a brillar en Ana, con seguridad algún día llegaría el amor que tanto se merecía.

Cambiamos de tema rápidamente, Alicia y los preparativos para el bebé acapararon toda la tarde. Mi hermana era la personificación de la felicidad. Me alegraba tanto por ella. Había madurado tanto en los últimos meses, ese bebé era el mejor regalo al amor que ellos se tenían como pareja. Iba a ser una niña muy afortunada, al final la Yaya tenía razón y otra mujer iba a venir al clan Fernández. Le deseaba la misma fortuna que a todas las mujeres de nuestra familia.

Me despedí de las chicas, dejándolas todavía allí terminando de asustar a Alicia con anécdotas horribles de partos. Había quedado en el apartamento con Pablo y ansiaba por verlo. Cuando llegué me encontré con una escena

que casi se había convertido en habitual. La Yaya lo había dejado pasar y ambos preparaban la cena.

- Le has echado mucha leche a esa bechamel - se quejaba la Yaya mientras intentaba añadir un poco más.

- Es ahora cuando tiene mucha leche - le replicaba Pablo amablemente y añadía harina a la sartén.

- Como sigas así no terminamos el pastel este con nombre raro que quieres hacer.

- Si no se metiera donde no debe.

- Hijo mío, si no me metiera donde no debo tu no estarías con mi nieta - le dio una cachetada en el trasero a Pablo, que saltó al recibirla.

- ¡Yaya! - le dije.

- Hija mía - me contestó - tu novio tiene un trasero muy duro.

Reí y miré a Pablo que tenía la vista puesta en la sartén pero en sus labios pude ver la carcajada que trataba de evitar. Me dirigí a él y le di un beso. Me gustaba verlos allí, juntos, y llevándose tan bien.

- Le estaba diciendo a Pablo que deberías de mudarte con él - soltó la Yaya - así me puedo quedar con el apartamento para mí sola.

-¡Yaya ! - le dije un tanto ofendida - No puedes planificar nuestras vidas.

- No es para que te pongas así - me contestó ella con toda calma - él está de acuerdo - terminó señalando a Pablo.

Lo miré y lo vi asentir con la cabeza.

- ¿Os habéis puesto de acuerdo para esta encerrona? - les dije.

- Sinceramente, yo quería que te propusiera matrimonio - replicó la Yaya.

- ¡¿Qué?! - grité sorprendida - Yaya, llevamos poco tiempo.

- El tiempo no es motivo - contestó esta vez Pablo - yo ya sé que me

quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Lo miré y me sonroje, ¿cómo me decía eso delante de la Yaya?

- ¿Entonces por qué no le propones matrimonio? - le preguntó la Yaya mientras le daba una colleja.

Entonces vi como Pablo cogía un trozo de masa con la que estaba preparando su famosa *quiche* y fabricaba un anillo. Se acercó a mí y mientras lo ponía en mi dedo me dijo:

- ¿Quieres casarte conmigo?

Lo miré sorprendida, sin saber qué decir.

- Hija, cierra la boca, que te va a entrar una mosca, y di si- saltó la Yaya - aunque con la mala proposición que le has hecho y ese anillo no sé cómo quieras que conteste.

Entonces vi como Pablo se ponía de rodillas en el suelo, sin soltar mi mano y mirándome a los ojos dijo:

- Lucía deseo abrir los ojos por la mañana y encontrarte siempre a mi lado... que el calor de tu cuerpo sea lo último que sienta por las noches antes de dormir... anhelo discutir con la Yaya el color de ojos que tendrán nuestros hijos... ser parte de tu familia, ser tu familia... Lucía quiero amarte todos los días de mi vida... ¿Quieres dejarme hacerlo?

Entonces se metió la mano al pantalón del que sacó una pequeña caja. Al abrirla había un anillo, un anillo sencillo pero de una gran belleza.

Asentí con lágrimas en los ojos, mientras se levantaba y me besaba escuché gritar detrás a la Yaya una y otra vez

- Ha dicho que sí... Ha dicho que sí... Ha dicho que sí

Cómo iba a negarme, Pablo me había enseñado lo que era el verdadero amor. No hacía falta fuegos artificiales, ni grandes artificios... El amor era todo lo contrario... Era tan sencillo... Pero a la vez tan maravilloso. Cuando estás con la persona adecuada todo encaja como si se tratase del engranaje de un reloj... No hacía falta dar saltos malabares, ni nada más, sólo ser tú misma,

amar y dejarte amar. Eso era justo lo que iba a hacer ahora y el resto de mi vida amar y dejarme amar.

Cuando conseguimos despegar nuestros labios sólo pude decirle Te quiero, para que de nuevo volviera a besarme y hacer que miles de mariposas recorrieran mi cuerpo como hacía con cada uno de sus besos.

- ¡Anda deja de besuquear a mi nieta; - escuché decir a la Yaya - que tenemos una boda que organizar

Reí, imaginé todo lo que me esperaba con ellos dos y reí de nuevo, no podía ser más feliz

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, lector, por dedicar tiempo en leer esta historia. Espero que nuestros caminos vuelvan a encontrarse.

Si te ha gustado la historia no olvides en dejar un comentario, es importante para mí, para seguir creciendo y continuando con este camino que acabo de empezar.

Si quieres saber más sobre mí puedes seguir mi perfil en Instagram:
[@joanknotty](#)

¡Gracias!

[\[i\]](#) Blade Runner (1982) Dirección: Ridley Scott Producción: Warner Bros. Ladd Company. Shaw Brothers.

[\[ii\]](#) Canción: Saudade de Você de Felipe Cordeiro. Fecha de Lanzamiento 2013

[\[iii\]](#) Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 31-13, 13

[\[iv\]](#) Hugo, Víctor, (2002) Antología Poética, SA Bosch

[\[v\]](#) Canción: Algo Contigo de Chico Novarro. 1976